

**Jonathan Franzen**

---

Zona fría

---



se

En los ensayos autobiográficos que componen *Zona fría*, Jonathan Franzen explora el pasado con una mirada cálida y sarcástica para revivir su infancia y adolescencia en el marco de una familia de clase media en los turbulentos años sesenta y setenta. Una intensa historia personal de aquellas décadas en las que Estados Unidos dejó atrás su idealismo para convertirse en una sociedad más polarizada.

Tanto si escribe sobre el descubrimiento de Kafka, como sobre sus problemas con las mujeres o la extraña relación entre el calentamiento global y su fracasado matrimonio, Jonathan Franzen ofrece sin excepción una lectura fascinante. Aquel niño que temía las arañas y los bailes de estudiantes hace hoy un retrato magistral de la dolorosa experiencia de crecer.

Jonathan Franzen está considerado «uno de los veinte autores capitales del siglo XXI» por *The New Yorker* y uno de los «mejores jóvenes novelistas norteamericanos» por *Granta*. Su novela *Las correcciones* obtuvo el National Book Award y ha sido calificada de verdadera obra maestra; *Zona fría* hace gala de la misma habilidad narrativa, y constituye un paso más en la trayectoria de un autor imprescindible.



Jonathan Franzen

# **Zona fría**

**Una historia personal**

ePub r1.1

Titivillus 27.02.16

Título original: *The Discomfort Zone*  
Jonathan Franzen, 2006  
Traducción: Jaime Zulaika

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2



A Bob y a Tom

## CASA EN VENTA

Aquella noche había habido una tormenta en St. Louis. El agua se remansaba en charcos negros humeantes sobre la acera delante del aeropuerto, y desde el asiento trasero del taxi vi ramas de roble que se mecían contra nubes urbanas que colgaban bajas. Las carreteras de la noche de sábado estaban saturadas de una sensación de hora tardía, de hora posterior: la lluvia no caía, ya había caído.

La casa de mi madre, en Webster Groves, estaba a oscuras, salvo por una lámpara con temporizador del cuarto de estar. Una vez dentro de casa, fui derecho a la repisa de bebidas y me serví el pelotazo que me había estado prometiendo desde el primero de mis dos vuelos. Tenía la sensación de propiedad que tendría un vikingo sobre todas las provisiones que pudiese arramplar. Iba a cumplir los cuarenta y mis hermanos mayores me habían encomendado la misión de viajar a Missouri y contratar a un agente inmobiliario para que vendiese la casa. Durante todo el tiempo que estuviese allí, trabajando en beneficio de Webster Groves, el bar sería mío. ¡Mío! Idem el aire acondicionado, que puse muy bajo, ídem el congelador de la cocina, que juzgué necesario abrir de inmediato para meter la mano hasta el fondo con la esperanza de encontrar salchichas para el desayuno, un estofado de buey casero o algo graso y sabroso que calentar y comer antes de acostarme. Mi madre había sido experta en etiquetar comida con la fecha en que la había congelado. Debajo de numerosas bolsas de arándanos descubrí un paquete de róbalo de boca pequeña que un vecino pescador había cogido hacía tres años. Debajo del róbalo había un pecho de buey que databa de nueve años atrás.

Recorrí la casa recogiendo de cada habitación las fotos de familia. Había previsto esta tarea casi con tanta impaciencia como la bebida. El gran apego que tenía mi madre a la formalidad del cuarto de estar y del comedor le había impedido atiborrarlos de fotos, pero por lo demás en cada alféizar y cada superficie plana se había acumulado un remolino de fotos en marcos baratos. Llené una bolsa de la compra con el botín reunido encima del mueble del televisor. Llené otra bolsa con lo recogido de una pared del cuarto de estar, como si recogiera fruta de una espaldera. Muchas de las fotos eran de nietos, pero yo también figuraba en ellas: en una, esbozando una sonrisa de anuncio de dentífrico en una playa de Florida; en otra, con aire de sufrir una resaca en mi graduación universitaria, o encogiéndome de hombros el día infortunado de mi boda, o a un metro de distancia del resto de mi familia durante unas vacaciones en Alaska para las que mi madre, hacia el final, había estado ahorrando buena parte de su vida. La foto de Alaska era tan halagadora para nueve de nosotros que ella había aplicado un rotulador azul a los ojos del décimo familiar, una nuera que había pestañeado al sacar la foto y que ahora, con los ojos deformados por un trazo de tinta, parecía silenciosamente monstruosa o lunática.

Me dije que estaba realizando una labor importante al despersonalizar la casa antes de que viniera a verla un agente inmobiliario. Pero si alguien me hubiera

preguntado qué necesidad había, aquella misma noche, de amontonar las cien y pico fotos encima de una mesa del sótano y arrancar o sacar, desalojar o despegar cada una de su marco y después guardarlos en bolsas y meterlas en armarios y meter, a su vez, las fotos en un sobre para que nadie las viese; si alguien me hubiese señalado la semejanza de mi conducta con la de un conquistador que quema las iglesias del enemigo y destroza sus iconos, yo habría tenido que admitir que estaba disfrutando de mi condición de propietario de la casa.

Yo era el único de la familia que había vivido allí toda la infancia. De adolescente, cuando mis padres salían, yo contaba los segundos hasta que podía tomar plena posesión provisional de la casa, y mientras estaban fuera me apenaba que fueran a volver. En los decenios que siguieron, observaba con rencor la acumulación esclerótica de fotos de familia y me irritaba la usurpación que hacía mi madre de mi cajón y mi espacio en el armario, y cuando ella me pedía que desalojase mis viejas cajas de libros y papeles, yo reaccionaba como un gato doméstico al que ella intentaba inocular un espíritu comunitario. Era como si ella pensase que era la dueña del lugar.

Y lo era, por supuesto. Era la casa adonde, cinco días al mes durante diez meses, mientras mis hermanos y yo vivíamos nuestra vida en la costa, ella volvía sola después de la quimioterapia para guardar cama. La casa desde donde, un año después de esto, a principios de junio, me había llamado a Nueva York para decirme que había vuelto al hospital para una cirugía más exploratoria y luego se había echado a llorar y se había disculpado por decepcionar a todo el mundo y darnos tan malas noticias. La casa donde, una semana después de que el cirujano hubiese movido la cabeza con amargura y le hubiera recosido otra vez el abdomen, había atormentado a su nuera de mayor confianza sobre la idea de una vida después de la muerte, y mi cuñada había confesado que, en términos de pura logística, le había parecido un concepto exagerado, y mi madre, conviniendo con ella, había puesto un veto, por así decirlo, a la cuestión «Decidir sobre la vida después de la muerte», y continuado su lista de cosas por hacer, con su pragmatismo habitual, abordando otras tareas que su decisión había vuelto más urgentes que nunca, como «invitar a casa uno por uno a los mejores amigos y despedirse de ellos para siempre». Era la casa desde la que, una mañana de sábado de julio, mi hermano Bob la había llevado a su peluquero, que era vietnamita y asequible y que la recibió con las palabras «Oh, señora Fran, señora Fran, qué mala cara», y al que había vuelto una hora después para terminar de acicalarse, porque estaba gastando sus millas de viajero frecuente, largo tiempo acumuladas, en dos billetes de primera clase, y un vuelo en primera era una ocasión para emperifollarse, lo cual también se traducía en sentirse mejor que nunca; bajó de su dormitorio vestida para la primera clase, dijo adiós a su hermana, que había viajado desde Nueva York para garantizar que la casa no estuviera vacía cuando mi madre la abandonase —que alguien se quedaría al cuidado—, y se fue al aeropuerto con mi hermano y voló al noroeste del Pacífico para el resto de su vida. Su casa,

siendo una casa, tardó en agonizar lo suficiente para que mi madre, que necesitaba algo más grande que ella a lo que aferrarse, pero que no creía en seres sobrenaturales, la considerase un lugar de consuelo. Su casa era el pesado (pero no infinitamente) y sólido (pero no eternamente) Dios al que ella había amado y que la había sostenido, y mi tía había hecho algo muy inteligente al venir cuando vino.

Pero ahora necesitábamos poner la casa en venta rápidamente. Ya estábamos en la primera semana de agosto y el punto fuerte para la venta de la casa, lo que compensaba sus muchos defectos (su cocina minúscula, su traspatio desdeñable, el pequeñísimo cuarto de baño del piso de arriba) era su emplazamiento en el barrio escolar católico adosado a la Iglesia de Mary, reina de la paz. En vista de la calidad de las escuelas públicas de Webster Groves, yo no entendía por qué una familia pagaría más por vivir en este barrio con el fin de pagar luego una suma adicional por la enseñanza que impartían las monjas, pero había un montón de cosas que yo no comprendía sobre los católicos. Según mi madre, padres católicos de todo St. Louis aguardaban ansiosos su entrada en el barrio, y se sabía de familias de Webster Groves que habían levantado postes y los habían desplazado una o dos manzanas para entrar dentro de sus límites.

Por desgracia, en cuanto comenzara el año escolar, tres semanas más tarde, los jóvenes padres no estarían tan ansiosos. Yo sufría la presión adicional de ayudar a mi hermano Tom, el albacea, a terminar su tarea rápidamente. Sufría otra clase de presión de mi otro hermano, Bob, que me había apremiado a recordar que estábamos hablando de dinero de verdad. («La gente baja de 782.000 dólares a 770.000 cuando negocian, creen que es en realidad la misma suma», me había dicho. «Pues no, de hecho son doce mil dólares menos. No sé tú, pero a mí se me ocurren cantidad de cosas que hacer con doce mil dólares antes que dárselos al desconocido que me compra la casa»). Pero la presión realmente curiosa procedía de mi madre, que, antes de morir, había dejado claro que el mejor modo de honrar su recuerdo y validar los últimos decenios de su vida era vender la casa por una suma escandalosa.

Las cuentas siempre habían sido un consuelo para ella. No coleccionaba nada más que loza danesa navideña y planchas originales de sellos norteamericanos, pero conservaba listas de cada viaje que había hecho en su vida, cada país que había pisado, cada uno de los «Maravillosos (*Excepcionales*) restaurantes europeos» en los que había comido, de cada operación quirúrgica que había sufrido y de cada objeto asegurable que había en su casa y en su caja de caudales. Era miembro fundadora de un club de inversiones de poca monta llamado «Las magnates», la evolución de cuya cartera vigilaba meticulosamente. En los dos últimos años de su vida, a medida que empeoraba su pronóstico, había prestado una atención especial al precio de venta de otras casas del vecindario, y había apuntado su emplazamiento y su superficie. En una hoja de papel titulada «Guía inmobiliaria para las fincas registradas en el número 83 de Webster Woods», había confeccionado un anuncio de muestra a la manera en que otra persona hubiese redactado su propia necrológica:



Sólida casa solariega colonial céntrica de ladrillo con dos plantas y tres dormitorios en un solar sombreado de un callejón sin salida en una calle privada. Tiene tres dormitorios, cuarto de estar, comedor con ventana salediza, estudio en la planta baja, cocina con rincón comedor y lavaplatos G.E. nuevo, etc. Hay dos porches con mampara, dos chimeneas de leña, un garaje para dos coches, alarma antirrobo y de incendios, todos los suelos de madera noble y un sótano compartimentado.

Al pie de la página, debajo de una lista de electrodomésticos nuevos y de reparaciones caseras recientes, figuraba su cálculo definitivo sobre el valor de la casa: «1999: valor del inmueble 350.000,00 dólares +.» Esta cifra era diez veces superior a la que ella y mi padre habían pagado por la vivienda en 1965. La casa no sólo constituía el grueso de su patrimonio, sino que era de lejos la inversión más rentable que había hecho en su vida. Yo no era una persona diez veces más feliz que mi padre, los nietos de mi madre no estaban diez veces mejor educados que ella. ¿Qué otra cosa en su vida le había deparado siquiera la mitad de provecho que su propiedad?

«¡Esto venderá la casa!», había exclamado mi padre después de construir un semicuarto de baño pequeño en el sótano. «¡Esto venderá la casa!», había dicho mi madre después de pagar a un contratista por rehacer con ladrillo el sendero de entrada. Repitió la frase tantas veces que mi padre perdió los estribos y empezó a enumerar las muchas mejoras que él había hecho, entre otras el baño del sótano, que ella a todas luces consideraba que no vendería la casa; él se preguntó en voz alta por qué se molestaba en trabajar todos los fines de semana durante tantos años ¡cuando lo único que hacía falta para «vender la casa» era comprar un sendero nuevo de ladrillo! Se negó a tener el menor trato con aquel camino y dejó que mi madre restregara el musgo de los ladrillos y desprendiese con suavidad el hielo en invierno. Pero después de haberse pasado la mitad de los domingos de un mes instalando molduras decorativas en el comedor, haciendo ingletes, tapando agujeros y pintando, él y ella se quedaron admirando el trabajo concluido y una y otra vez, con gran satisfacción, dijeron: «Esto venderá la casa».

«Venderá la casa».

«Venderá la casa».

Mucho después de medianoche, apagué las luces de la planta baja y subí a mi dormitorio, que Tom y yo habíamos compartido hasta que él se fue a la universidad. Mi tía había hecho una pequeña limpieza antes de volverse a Nueva York, y ahora que yo había quitado todas las fotos de familia el dormitorio parecía listo para enseñarlo a los compradores. Las superficies del tocador y del escritorio estaban limpias; el aspirador pasado por mi tía había festoneado las vetas de las alfombras; las camas gemelas tenían un aire de recién hechas. Y por eso me sorprendí tanto cuando al levantar la colcha encontré algo en el colchón junto a la almohada. Era un paquete de sellos en sobrecitos de papel encerado: la antigua colección de planchas

de mi madre.

El paquete estaba tan radiantemente fuera de lugar allí que empezó a cosquillearme la nuca, como si al darme la vuelta fuese a ver a mi madre aún apostada en la puerta. Era sin duda la persona que había escondido los sellos. Debí de hacerlo en julio, cuando se disponía a abandonar la casa por última vez. Unos años antes, cuando le pregunté si podría quedarme con sus viejas planchas postales, me dijo que hiciese lo que quisiera cuando ella muriese. Y posiblemente tenía miedo de que Bob, que coleccionaba sellos, se apropiase del conjunto, o quizá ella sólo estuviera eliminando puntos de su lista de cosas por hacer. Pero había sacado los sobres de un cajón del comedor y los había subido al piso de arriba, al único lugar donde yo sería la siguiente persona más probable a la que molestar. ¡Qué presciencia microgerencial! El mensaje privado que encarnaban los sellos, el guiño cómplice que ella me dirigía al pasar delante de Bob, la señal que llegaba cuando su emisora estaba muerta: no era la mirada íntima que Faye Dunaway y Warren Beatty intercambian en *Bonnie and Clyde* un instante antes de morir acribillados a balazos, pero sí lo más cercano a intimar que mi madre y yo podíamos llegar. Encontrar aquel paquete era como oírle decir: «Me estoy ocupando de mis detalles. ¿Te ocupas tú de los tuyos?».

Los tres agentes inmobiliarios a los que entrevisté al día siguiente eran tan distintos como tres pretendientes en un cuento de hadas. El primero era una mujer de pelo pajizo y piel reluciente de Century 21, a la que parecía costarle trabajo decir algo agradable de la casa. Cada habitación le causaba una nueva decepción a ella y a su acompañante intensamente perfumado con agua de colonia; conferenciaban en voz baja sobre «potencial» y «añadidos». Mi madre era hija de un barman y no terminó la universidad, y su gusto era lo que a ella le gustaba llamar «tradicional», pero me parecía improbable que las otras viviendas de la lista de Century 21 estuviesen decoradas con un gusto notablemente mejor. Me disgustó que no les cautivaran las acuarelas parisinas de mi madre. Sin embargo, la agente estaba comparando nuestra pequeña cocina pintoresca con los espacios como hangares de casas más nuevas. Me sugirió que si quería que me incluyese en su catálogo pidiera entre 340.000 y 360.000 dólares.

La segunda agente, una mujer guapa llamada Pat, que llevaba un elegante traje de verano, era amiga de un buen amigo de nuestra familia y nos había sido muy recomendada. La acompañaba su hija, Kim, que trabajaba con ella. Mientras las dos recorrían las habitaciones, deteniéndose a admirar precisamente los detalles de los que mi madre más se enorgullecía, me parecieron dos avatares de la domesticidad de Webster Groves. Era como si Pat estuviese pensando en comprar la casa para Kim; como si Kim fuese a tener pronto la edad de Pat y, al igual que ésta, quisiera una casa donde todo estuviera silencioso y las telas y muebles fueran los adecuados. El hijo que sustituye al padre, la familia que sucede a la familia, el ciclo de la vida de la clase media. Nos sentamos juntos en el cuarto de estar.

—Es una casa preciosa, preciosa —dijo Pat—. Tu madre la conservó de

maravilla. Y creo que podremos conseguir un buen precio, pero tenemos que darnos prisa. Propongo que la anunciemos a trescientos cincuenta mil en el periódico el martes y que recibamos las visitas el fin de semana próximo.

—¿Y su comisión?

—Seis por ciento —dijo ella, sin apartar la mirada—. Conozco a varias personas que estarían muy interesadas ahora mismo.

Le dije que le informaría al final del día.

La tercera agente irrumpió en la casa una hora después. Se llamaba Mike y era una rubia bonita y de pelo corto, más o menos de mi edad, llevaba unos tejanos excelentes. Me dijo con una voz ronca que no daba abasto, venía de visitar su tercera casa, pero después de haberle telefoneado yo el viernes se había acercado a ver la mía y se había enamorado de ella desde la calle, la atracción del bordillo era fantástico, sabía que tenía que verla por dentro y, guau, tal como había sospechado —pasaba vorazmente de una habitación a otra— era adorable, desbordaba encanto, le gustaba aún más por dentro, y estaría encantada, encantadísima de ser la que la vendiera, de hecho si el cuarto de baño de arriba no fuera tan pequeño podría incluso pedir hasta 405.000 dólares, pues era un vecindario tan chic —yo sabía ya lo del distrito escolar de María, reina de la paz, ¿no?—, pero aun con el baño problemático y el traspatio lamentablemente minúsculo no le extrañaría que la casa se vendiera por los trescientos noventa, amén de otras cosas en que ella podía serme útil, su comisión básica era del cinco y medio por ciento, pero si el agente del comprador pertenecía a su grupo podría bajarla a cinco, y si ella misma era la agente del comprador la rebajaría directamente a cuatro, Dios mío, adoraba lo que mi madre había hecho, se había percatado en cuanto la vio desde la calle, quería aquella casa con toda su alma —«Jon, estoy loca por venderla», dijo, mirándome a los ojos—, y por cierto, dicho sea de paso, no era por jactarse, en serio, pero llevaba tres años seguidos siendo la número uno en inmobiliaria residencial en Webster Groves y Kirkwood.

Mike me excitó. El frente de su blusa humedecida de sudor, la manera en que se movía con vaqueros. Coqueteaba conmigo abiertamente, admirando la magnitud de mis ambiciones y comparándolas favorablemente con las suyas (aunque las suyas no eran inmateriales), me sostenía la mirada y hablaba sin parar con su deliciosa voz ronca. Dijo que entendía perfectamente por qué yo quería vivir en Nueva York. Dijo que rara vez conocía a alguien que entendiese, como yo claramente entendía, de deseo, de hambre. Dijo que valoraría la vivienda entre 380.000 y 385.000 dólares y que confiaba en iniciar una guerra de pujas. Sentado allí, contemplando su borboteo, me sentía como un vikingo.

No debería haber sido tan difícil llamar a Pat, pero lo fue. Era como si fuese una mamá a la que decepcionar, una mamá en el camino, una conciencia rezongona. Era como si supiese cosas de mí y de la casa —cosas realistas— que yo no deseaba que supiera. La mirada que me había dirigido al declarar su comisión fue apreciativa y escéptica, como si cualquier adulto responsable viera que ella y su hija eran sin duda

las mejores agentes, pero ella no estuviera segura de que también yo lo veía.

Aguardé hasta las 9:30, el último minuto posible, antes de llamarla. Tal como me había temido, no ocultó su sorpresa y desagrado. ¿Me importaba decirle quién era la otra agente?

Tuve conciencia del sabor y la forma del nombre de Mike saliendo de mi boca.

—Oh —dijo Pat, cansinamente—. Vale.

Mike tampoco habría sido el tipo de mi madre, ni por asomo. Le dije a Pat que la decisión había sido muy ardua, una elección realmente difícil, y que le agradecía que hubiera acudido y lamentaba que ella y yo no fuéramos a...

—Bueno, buena suerte —dijo.

Después tuve que hacer la llamada divertida, la llamada de Sí, estoy libre el viernes por la noche. Mike, en su casa, me confesó en voz baja, como para que no la oyera su marido: «Jon, sabía que te quedarías conmigo. Noté enseguida que conectábamos». La única leve complicación, dijo, era que desde hacía mucho tenía proyectadas unas vacaciones con su marido y sus hijos. Se marchaba el viernes y no empezaría a enseñar mi casa hasta el mismísimo fin de mes. «Pero no te preocupes», dijo.

Crecí en el centro del país en mitad de la edad de oro de la clase media norteamericana. Mis padres eran oriundos de Minnesota, pero se trasladaron a Chicago, donde yo nací, y por último se afincaron en Missouri, el eje del centro cartográfico. De niño yo concedía una gran importancia al hecho de que ningún otro estado del país limite con más estados que Missouri (está empatado con Tennessee a ocho fronteras), y que sus vecinos lindan con estados tan remotos como Georgia y Wyoming. El «centro de población» nacional —el maizal o cruce de carreteras de un condado que el censo más reciente haya definido como el centro de gravedad demográfico de Estados Unidos— estaba a sólo un trayecto de pocas horas en coche de donde vivíamos. Nuestros inviernos eran más templados que los de Minnesota, nuestros veranos mejores que los de Florida. Y nuestra ciudad, Webster Groves, estaba en medio de este centro. No era un barrio tan rico como Ladue o Clayton; no está tan cerca del centro urbano como Maplewood ni tan lejos como Des Peres; alrededor del siete por ciento de la población era de clase media y negra. A mi madre le gustaba decir, haciéndose eco de Goldilocks, que Webster Groves estaba «bien, sin más».

Ella y mi padre se habían conocido en una clase de filosofía vespertina de la Universidad de Minnesota. Mi padre trabajaba para el Gran Ferrocarril del Norte y asistía a clase por diversión. Mi madre era recepcionista a tiempo completo en la consulta de un médico y estaba acumulando poco a poco créditos para una licenciatura en desarrollo infantil. En una de sus redacciones, titulada «Mi filosofía», comenzaba describiéndose como «una chica americana normal; normal, me refiero,

en que tengo intereses, dudas, emociones y gustos parecidos a los de toda chica de mi edad en una ciudad americana». Pero después confesaba albergar serias dudas sobre religión («Creo firmemente en las enseñanzas de Cristo, en todo lo que Él representaba, pero no estoy segura de lo sobrenatural») que revelaban que su afirmación de «normalidad» era más bien algo cercano a un deseo. «No veo estas dudas en el mundo en general», escribió. «Hay una clara necesidad de religión en la vida de los hombres. Digo que está bien para la humanidad, pero para mí no lo sé». Sin poder adherirse a Dios, el cielo y la resurrección, e insegura sobre un sistema económico que había producido la Gran Depresión, concluía su texto mencionando la única cosa de la que no dudaba: «Soy una firme creyente en la vida de familia. Creo que el hogar es el cimiento de la auténtica felicidad en Estados Unidos; mucho más de lo que nunca podrán ser la iglesia o la escuela».

Toda su vida detestó el no pertenecer a algo. Cualquier cosa que tendiera a separarnos del resto de la comunidad (su descreimiento, el sentimiento de superioridad de mi padre) tenía que ser contrarrestada con algún principio que nos volviera a arrimar al centro y nos ayudara a encajar en él. Siempre que me hablaba de mi futuro, hacía hincapié en que el carácter de una persona importaba más que sus logros, y que cuantas más capacidades tenía alguien, tanto más debía a la sociedad. La gente que la impresionaba era siempre «sumamente capaz», nunca «inteligente» o «talentosa» ni tampoco «muy trabajadora», porque quienes se consideraban «inteligentes» podían ser vanidosos, egoístas o arrogantes, mientras que a las que se consideraban «capaces» se les recordaba continuamente su deuda con la sociedad.

Ideales similares moldeaban la sociedad norteamericana de mi infancia. A escala nacional, la distribución de la renta nunca había sido más equitativa y nunca volvería a serlo; típicamente, los presidentes de empresas se llevaban a casa sólo cuarenta veces más que su trabajador peor pagado. En 1965, cerca del apogeo de su carrera, mi padre ganaba 17.000 dólares al año (sólo más del doble del ingreso medio nacional) y tenía tres hijos en la escuela pública; poseíamos un Dodge de tamaño mediano y un televisor en blanco y negro de veinte pulgadas; mi paga semanal era de veinticinco centavos, pagaderos el domingo por la mañana; las emociones del fin de semana podían consistir en el alquiler de una máquina de vapor para arrancar el empapelado viejo. Para los liberales, la de mediados de siglo fue una época de materialismo no analizado en casa, un imperialismo imperturbable en el extranjero, la denegación de oportunidades a las mujeres y las minorías, la violación del medio ambiente y la maligna hegemonía del complejo militar-industrial. Para los conservadores fue una era de tradiciones culturales que se derrumban, de excesivo gobierno federal, impuestos confiscatorios, prestaciones sociales socialistas y planes de pensiones. En el centro del centro, no obstante, cuando yo observaba cómo se desprendía el viejo papel pintado en franjas gruesas, como tiras de piel olorosas a cola, que se volvían a pegar a las botas de trabajo de mi padre, no había nada más que la familia, el hogar, el vecindario, la iglesia, la escuela y el trabajo. Yo vivía envuelto en una

crisálida a su vez envuelta en otras. Fui el hijo tardío al que mi padre, que me leía todas las noches entre semana, confesó el amor que profesaba al burro depresivo Eeyore de A. A. Milne, y al que mi madre, a la hora de acostarme, cantaba una nana personal que ella había compuesto para celebrar mi nacimiento. Mis padres eran adversarios y mis hermanos eran rivales, y cada uno de ellos se me quejaba de los demás, pero todos coincidían en encontrarme divertido, y en ellos no había nada que no fuera amable.

¿Necesito añadir que no duró? A medida que mis padres envejecían y mis hermanos y yo huíamos del centro geográfico para instalarnos en las costas, el conjunto del país había desertado del centro económico y acabado en un sistema en el que el uno por ciento más rico de la población recibe ahora el dieciséis por ciento de los ingresos totales (desde el ocho por ciento en 1975). El actual es un gran momento para ser un ejecutivo jefe norteamericano y una mala época para ser su trabajador peor pagado. Un gran momento para ser Wal-Mart, uno malo para interponerse en el camino de Wal-Mart; una gran época para ser el extremista de turno, una mala para ser un competidor moderado. Fabulosa para un contratista de Defensa, un tiempo de mierda para un reservista; uno excelente para ocupar un puesto en Princeton y penoso para ser adjunto en el Queens College; extraordinario para gestionar un fondo de pensiones, pésimo para confiar en uno de ellos; mejor que nunca para ser un superventas, más arduo que nunca para estar en la mitad de la lista de libros más vendidos; fantástico para ganar un torneo de póquer Texas Hold'Em, un coñazo para ser un adicto al vídeo-póquer.

Una tarde de agosto, seis años después de la muerte de mi madre, mientras un huracán destruía una importante ciudad de Estados Unidos, fui a jugar al golf con mi cuñado a un pequeño y chic campo montañoso al norte de California. Era un mal momento para estar en Nueva Orleans y un tiempo estupendo para estar en el oeste, donde el clima era perfecto y el Oakland A's, un equipo mal pagado del que yo era seguidor, iba el primero en su gira anual de finales de verano. Mis mayores preocupaciones del día eran si debía sentirme culpable por haber abandonado el trabajo a las tres y si mi tienda predilecta de alimentos orgánicos tendría limones Meyer para los margaritas que pensaba preparar *aprés* el golf. A diferencia del compinche de George Bush, Michael Brown, que estaba pensando en su manicura y en las cenas programadas de aquella semana, yo tenía la excusa de que no era el director de la Agencia Federal de Control de Emergencias. A cada pelota que yo lanzaba al bosque o introducía en una trampa de agua, mi cuñado bromeaba: «Por lo menos no estás sentado en un tejado sin agua potable, esperando a que te recoja un helicóptero». Dos días después, en el vuelo de regreso a Nueva York, me inquietó que las secuelas del Katrina pudiesen originar turbulencias, pero el viaje fue insólitamente apacible y el clima en el este caluroso y despejado.

Las cosas me habían ido bien en los años transcurridos desde la muerte de mi madre. En vez de estar endeudado y vivir a la merced de las leyes municipales de

control de alquileres, ahora era propietario de un bonito apartamento en la calle 81 este. Al cruzar la puerta de entrada, al cabo de dos meses en California, tuve la sensación de entrar en una vivienda ajena. El tío que vivía allí era al parecer un próspero manhattaniano de mediana edad, con el estilo de vida que yo a mis treinta años había envidiado a distancia, vagamente desdeñoso, y al final había sido derrotado en mis intentos de imaginar cómo llevarla. Qué extraño que ahora yo tuviese las llaves del piso de aquel tío.

Mi asistenta había dejado el apartamento limpio y ordenado. Yo siempre había sido partidario de suelos desnudos y mobiliario mínimo —ya había tenido en mi infancia suficiente ración «tradicional»—, y había cogido muy pocas cosas de la casa de mi madre después de su muerte. Artículos de cocina, álbumes de fotos, algunas almohadas. Un arcón de herramientas que había fabricado mi bisabuelo. Un cuadro de un barco que podría haber sido el *Dawn Treader*. Un revoltijo de pequeños objetos a los que me apegaba por lealtad a mi madre: un plátano de ónice, una bandeja de golosinas de Wedgwood, un apagavelas de peltre, un abridor de cartas con el mango nielado, con tijeras a juego en una funda de piel verde.

Como había tan pocas cosas en mi apartamento, no tardé mucho en advertir que una de ellas —el par de tijeras de la funda— había desaparecido durante mi estancia en California. Mi reacción fue como la del dragón Smaug en *El hobbit*, cuando descubre que falta la copa de oro de su montaña de objetos preciosos. Revoloteé por el apartamento, expulsando humo por las ventanillas nasales. Cuando interrogué a la asistenta, que dijo que no había visto las tijeras, tuve que contenerme para no arrancarle la cabeza de un mordisco. Registré el lugar de arriba abajo y revolví dos veces cada cajón y cada armario. Me enfurecía que de todas las cosas que podrían haber desaparecido hubiera sido algo de mi madre.

También me encolerizaban las repercusiones del Katrina. Durante una temporada, aquel mes de septiembre no pude conectar internet, abrir un periódico o incluso sacar dinero de un cajero automático sin encontrar peticiones de ayuda a las víctimas sin techo del huracán. El dispositivo de recaudación de fondos tenía tan gran alcance y estaba tan bien orquestado que parecía semioficial, como las cintas con el «Apoya a nuestras tropas» que habían aparecido de la noche a la mañana en la mitad de los coches del país. Pero yo consideraba que incumbía al gobierno, y no a mí, la ayuda a las víctimas del Katrina. Yo siempre había votado por candidatos que querían subirme los impuestos, porque a mi entender pagarlos era patriótico y porque mi idea de que me dejaran en paz —¡mi idea libertaria!— era un gobierno central bien financiado y bien gestionado que me ahorrara el tener que tomar cien decisiones de gasto diferentes todas las semanas. Como, por ejemplo, ¿había sido el Katrina tan malo como el terremoto en Paquistán? ¿Tan malo como el cáncer de mama? ¿Tan malo como el sida en África? ¿No tanto? ¿Cuánto menos malo? Quería que mi gobierno resolviera estas cuestiones.

Era verdad que la reducción de impuestos de Bush me había puesto en los

bolsillos algún dinero adicional, y que incluso quienes no habíamos votado por unos Estados Unidos privatizados seguíamos estando obligados a ser buenos ciudadanos. Pero con un gobierno que no asumía tantas de sus responsabilidades anteriores había centenares de nuevas causas que apoyar. Bush no sólo había descuidado la gestión de emergencias y el control de inundaciones; aparte de Irak, no había muchas cosas que *no* hubiese descuidado. ¿Por qué tenía yo que apoquinar por aquel desastre concreto? ¿Y por qué prestar apoyo político a personas que yo consideraba que estaba arruinando al país? ¡Si tan opuestos eran los republicanos a un gobierno grande, que pidiesen a sus donantes que aflojaran la pasta! Era posible, además, que los multimillonarios antiimpuestos y los propietarios antiimpuestos de pequeños negocios que votaban para el Congreso a representantes antiimpuestos estuviesen haciendo generosas donaciones al esfuerzo de socorro, pero parecía igualmente probable que aquella gente cuya idea de la injusticia era tener que conservar sólo 2 millones de dólares de sus ingresos anuales de 2,8 millones, en vez de la suma entera, estuviesen secretamente confiando en la decencia de los norteamericanos corrientes para ayudar a los damnificados del Katrina: nos tomaban por imbéciles. Cuando las donaciones privadas sustituían al desembolso federal, ya no sabías quién se estaba llenando los bolsillos y quién cargaba con el doble de su peso.

Todo lo cual para decir esto: mi impulso hacia el acto caritativo estaba ahora plenamente supeditado a mi enfado político. Y no es que estuviese muy contento de sentirme tan polarizado. *Quería* poder rellenar un cheque porque quería alejar de mi pensamiento a las víctimas del Katrina y seguir disfrutando de la vida, porque, como neoyorquino, sentía que tenía derecho a disfrutar de la vida, porque estaba viviendo en el objetivo terrorista número uno del hemisferio occidental, el destino preferido de cada lunático futuro con un artefacto nuclear portátil o expendedor de viruela, y porque la vida en Nueva York podía pasar de espléndida a fantasmal incluso más rápido que en Nueva Orleans. Cabía decir que yo ya estaba acarreado mi peso como ciudadano por el simple hecho de vivir con las numerosas dianas que Bush me había pintado en la espalda —y en la de todos los demás neoyorquinos— al iniciar una guerra en Irak imposible de ganar, despilfarrar cientos de miles de millones de dólares que podrían haberse invertido en combatir a los verdaderos terroristas, galvanizar a una nueva generación de norteamericanos que odiaban a los jihadistas y agravando nuestra dependencia del petróleo extranjero. La vergüenza y el peligro de ser ciudadano de un país al que el resto del mundo identificaba con Bush: ¿no era ya suficiente fardo?

Llevaba en la ciudad dos semanas, pensando cosas así, cuando recibí un e-mail colectivo de un pastor protestante llamado Chip Jahn. Conocía a Jahn y a su mujer desde los años setenta, y más recientemente les había visitado en su vicaría rural al sur de Indiana, donde me enseñaron sus dos iglesias y su mujer me dejó montar su caballo. El asunto del correo electrónico era «Misión de Louisiana», lo que me indujo a temer que se tratase de otra petición de un donativo. Pero Jahn se limitaba a



informar de los camiones con remolque que sus feligreses habían llenado con suministros y transportado a Louisiana:

Un par de feligresas dijeron que tendríamos que enviar un camión al sur para ayudar a las víctimas del huracán. Los Foertsch estaban dispuestos a donar un camión y Lynn Winkler y Winkler Foods querían ayudar a reunir comida y agua...

Nuestros planes crecieron a medida que llegaban promesas. (Más de 35.000 dólares en promesas y donativos. Más del 12.000 procedentes de St. Peter y Trinity). Rápidamente nos pusimos a buscar otro camión y conductores. Resultó más difícil encontrar camioneros que recaudar el dinero. Larry y Mary Ann Wetzel estaban preparados con su camión. Phil Liebering sería su segundo conductor...

El camión de Foertsch tenía el remolque más pesado pero más corto, que fue cargado de agua. El camión de Larry llevaba los paquetes de alimentos y los artículos para bebés. Compramos 500 dólares de toallas y toallitas y 100 colchonetas de gomaespuma en el último minuto, gracias a la gran respuesta de los donantes. Ambas cosas estaban en la lista de deseos de Thibodaux. Se alegraron de vernos. La descarga se hizo rápidamente y preguntaron si podían utilizar el semirremolque de Wetzel para trasladar las ropas a otro almacén, lo que significaba que podrían moverlo con una carretilla elevadora en lugar de con la mano...

Al leer el e-mail de Jahn deseé, lo que normalmente nunca habría hecho, pertenecer a una iglesia en el sur de Indiana para haber podido viajar en uno de aquellos camiones. Habría sido incómodo, por supuesto, sentarme todos los domingos en una iglesia y cantar himnos a un Dios en el que no creía. Y, no obstante: ¿no era lo que habían hecho mis padres cada domingo de su vida adulta? Me pregunté cómo había llegado desde su mundo al apartamento de una persona a la que ni siquiera reconocía como yo mismo. A lo largo del otoño, cada vez que mis ojos se posaban en la funda de piel semivacía, la falta de las tijeras me daba otra punzada. No lograba creer que hubiesen desaparecido. Meses después de mi regreso, seguía desvalijando cajones y estanterías que ya había registrado tres veces.

La otra casa de mi infancia, con fachada de cristal y seis dormitorios, era el refugio espacioso de un rico en una vasta playa de arena blanca en el Panhandle de Florida. Además de la panorámica privada sobre el golfo, la casa tenía un campo de golf local y gratuito, privilegios de pesca en alta mar y un barril de cerveza refrigerado del que se instaba a los invitados a hacer un uso ilimitado; había un número de teléfono al que llamar si el barril se quedaba alguna vez vacío. Pasamos

las vacaciones allí, viviendo como ricos, durante seis agostos consecutivos, porque el ferrocarril para el que mi padre trabajaba compraba en ocasiones equipo de mantenimiento al dueño de aquella casa. Sin informarle, mis padres también se tomaron la libertad de invitar a nuestros buenos amigos Kirby y Ellie, a su hijo David y, un año, a su sobrino Paul. Que había algo que no estaba del todo bien en aquellas invitaciones lo evidenciaban los recordatorios que mis padres hacían todos los años a Kirby y Ellie de que era *extremadamente importante* que no llegaran a la casa temprano, no fueran a tropezar con el dueño o el agente del dueño.

En 1974, después de haber pasado allí las vacaciones cinco años seguidos, mi padre decidió que teníamos que dejar de aceptar la hospitalidad del propietario. Mi padre hacía cada vez más pedidos a un competidor del dueño, un fabricante austríaco cuyo equipo mi padre consideraba superior a todo lo que se fabricaba en Estados Unidos. A finales de los años sesenta, había ayudado a los austríacos a introducirse en el mercado norteamericano, y su gratitud hacia mi padre había sido inmediata y total. En el otoño de 1970, a invitación de la empresa, él y mi madre habían hecho su primer viaje a Europa y visitado Austria y los Alpes durante una semana y pasado otra en Suecia e Inglaterra. Nunca supe si la empresa lo pagó absolutamente todo, incluido el vuelo, o si sólo les pagó las comidas y las noches de alojamiento en hoteles de lujo como el Imperial de Viena y el Ritz de París, y el Lincoln Continental y su chófer, Johann, que llevó a mis padres por tres países y les ayudó a hacer las compras, ninguna de las cuales habrían podido costearse solos. Sus acompañantes en el viaje fueron el director de operaciones americanas de la empresa y su mujer, Ilse, que, todos los días, a partir de mediodía, les enseñaban a comer y a beber como europeos. Mi madre estaba en la gloria. Llevó un diario de restaurantes y hoteles y lugares atractivos:

Almuerzo en el «Berchtesgaden» del hotel Geiger: una comida *maravillosa* y atmósfera espectacular; Schnapps, salchicha (como beicon crudo), pan integral en lo alto de una montaña...

y si conocía determinados hechos históricos relacionados con el paraje, tales como las frecuentes visitas de Hitler al Berchtesgaden en escapadas recreativas, ella no los mencionaba.

Mi padre había albergado serios escrúpulos respecto a si aceptar tan fastuosa hospitalidad de los austríacos, pero mi madre le había atosigado hasta el punto de que él accedió a preguntarle a su jefe, el señor German, si debía declinar la invitación. (German había respondido, en síntesis: «¿Es una broma?»). En 1974, cuando mi padre dudaba de si volver a Florida, mi madre volvió a acosarle. Le recordó que Kirby y Ellie estaban esperando nuestra invitación, y no paró de repetir que «Sólo este último año» hasta que por fin, a regañadientes, mi padre optó por hacer lo de otros años.

Kirby y Ellie eran buenos jugadores de bridge, y habría sido aburrido para mis padres contar sólo con mi compañía. Yo era un viajero silencioso y retraído en el asiento trasero durante el trayecto de dos días a través de Cabo Girardeau, Memphis, Hattiesburg y Gulfport. Cuando nos acercábamos por la carretera a la casa en la playa, una tarde nublada a la que oscurecía aún más una hilera de urbanizaciones de muchas plantas que avanzaban desde el este, me sorprendió lo poco que me emocionaba llegar allí aquel año. Acababa de cumplir quince años y me interesaban más mis libros y mis discos que cualquier cosa que hubiese en la playa.

Avistábamos ya la entrada de la casa cuando mi madre exclamó: «¡Oh, no! ¡No!». Mi padre gritó: «¡Joder!», y dio un brusco viraje y paró detrás de una duna baja sembrada de hierbas. Él y mi madre —yo no había visto nunca nada parecido— se acurrucaron en el asiento de delante y atisbaron por encima del salpicadero.

«¡Joder!», repitió mi padre, furioso.

Y entonces mi madre lo dijo también: «¡Joder!».

Era la primera y fue la última vez en que les oí maldecir. Más adelante, en la carretera, junto al sendero de entrada, vi a Kirby de pie junto a la puerta del sedán suyo y de Ellie. Charlaba afablemente con un hombre que, como entendí sin que me lo dijeran, era el dueño de la casa.

—¡Joder! —dijo mi padre.

—¡Joder! —dijo mi madre.

—¡Joder! ¡Joder!

Les habían pillado.

Exactamente veinticinco años más tarde, la agente inmobiliaria Mike y mi hermano Tom convinieron un precio inicial de 382.000 dólares por la casa. El fin de semana del Día del Trabajo, cuando todos nos reunimos en St. Louis para una ceremonia conmemorativa de mi madre, Mike se dejó caer brevemente. Parecía haber olvidado el ardor de nuestro primer encuentro —apenas me dirigió la palabra ahora— y estuvo apagada y deferente con mis hermanos. Finalmente había enseñado la casa pocos días antes, y de los dos compradores eventuales que habían mostrado algún interés ninguno había hecho una oferta.

En los días siguientes a la ceremonia, mientras mis hermanos y yo recorriamos atareados las habitaciones, se me ocurrió que la casa había sido la novela de mi madre, la historia concreta que se había contado a sí misma. Había empezado con el hervidor barato y feo que compró en 1944 en unos grandes almacenes. Había añadido y sustituido diversos pasajes a medida que se lo permitían los fondos, había retapizado sofás y butacas, acumulado ilustraciones cada vez menos espantosas que los grabados que había elegido a los veintitrés años, y había abandonado sus gamas de color arbitrarias de entonces al descubrir y refinar los auténticos colores interiores que ella llevaba dentro como un destino. Meditaba la ubicación de unos cuadros en

una pared como un escritor medita las comas. Año tras año se sentaba en las habitaciones y se preguntaba qué podría encajar aún mejor. Lo que quería era que entraras y te sintieras envuelto y encantado por lo que ella había hecho; se mostraba a sí misma como una prueba de hospitalidad; quería que tuvieras ganas de quedarte.

Aunque el mobiliario finalmente elegido por mi madre era macizo y de buena factura, de buen cerezo y arce, mis hermanos y yo no pudimos decidirnos a querer lo que no queríamos; yo no logré preferir la mesilla de arce a la caja de vino rescatada de la basura que tenía junto a mi cama en Nueva York. Y, sin embargo, marcharme y dejar la casa tan totalmente amueblada, tan similar a como ella quería que estuviera, me produjo el mismo sentimiento aterrado de *desperdicio* que había sentido dos meses antes, cuando dejé el cuerpo aún completo de mi madre, con sus manos y sus ojos y sus labios y su piel tan perfectamente intactos y hasta hacía poco operativos, para que los empleados de la funeraria se lo llevaran a incinerar.

En octubre contratamos a una liquidadora de bienes para que pusiera una etiqueta con el precio a todo lo que dejamos en la casa. A final de mes, la gente vino a comprar y Tom recibió un cheque de quince mil dólares y la liquidadora hizo desaparecer todo lo que no había vendido y yo procuré no pensar en los tristes precios irrisorios que habían alcanzado las pertenencias terrenales de mi madre.

En cuanto a la casa, hicimos lo posible por venderla mientras seguía amueblada. Iniciado ya el curso escolar, y sin que jóvenes padres católicos nos bombardearan con ofertas ansiosas, bajamos el precio a 369.000 dólares. Un mes después, como la venta de bienes se avecinaba y estaban saliendo las hojas de los robles, rebajamos el precio otra vez hasta 359.000. A sugerencia de Mike, pusimos también un anuncio en la prensa que mostraba la casa bajo un manto de nieve navideño, el aspecto que más le había gustado a mi madre, junto con una nueva coletilla (asimismo sugerencia de Mike): HOGAR DE VACACIONES. Nadie se decidió. La casa siguió vacía a lo largo de todo noviembre. No vendió la casa ninguna de las cosas que mis padres pensaron que la vendería. A principios de diciembre, una pareja joven se presentó y ofreció unos compasivos 310.000 dólares.

Para entonces yo ya estaba convencido de que la agente Pat habría vendido la casa a mediados de agosto por el precio que mi madre había propuesto. A mi madre le habría escandalizado saber cuánto menos obtuvimos: habría considerado esta rebaja una frustración de sus esperanzas, un rechazo de su trabajo creativo y una indeseada indicación de su mediocridad personal. Pero no fue la peor forma en que yo la defraudaría. Al fin y al cabo, estaba muerta. Estaba a salvo de sobresaltos. Lo que sobrevivió —en mí— fue el malestar por lo lejos que quedaba la novela en la que había yo vivido tan feliz en otro tiempo, y lo poco que me importó incluso el precio definitivo de la venta.

Resultó que nuestro amigo Kirby había cautivado al dueño de la casa de Florida y que

el barril de cerveza estaba totalmente operativo, y así nuestra última semana de vivir como ricos transcurrió amigablemente. Pasé solo un montón de tiempo malsano y delicioso, movido por esa especie de instinto hormonal que me figuro que impulsa a los gatos a comer hierba. Las torres de apartamentos a medio acabar se alzaban hacia el este para devorar nuestro idilio, aun si hubiéramos querido volver otro año, pero la transformación de una playa apacible, frecuentada por andarríos, en un centro densamente poblado fue una novedad tal para nosotros que ni siquiera teníamos una categoría para clasificar aquella pérdida. Yo examinaba el esqueleto de las edificaciones del mismo modo que estudiaba el mal tiempo.

Al final de la semana, mis padres y yo nos internamos más en Florida para que pudieran llevarme a Disney World. Mi padre se empeñaba en ser imparcial y como mis hermanos habían pasado un día en Disneylandia, muchos años atrás, era impensable que yo no recibiese el regalo equivalente de un día en Disney World, fuera o no demasiado mayor para ello y con independencia de si yo quería o no ir. Quizá no me habría importado ir con mi amigo Manley, o con mi no-novia Hoener, y burlarme del sitio y subvertirlo para disfrutarlo de aquel modo. Pero burlarme y subvertir en presencia de mis padres estaba totalmente fuera de lugar.

En nuestra habitación de hotel en Orlando, supliqué a mi madre que me dejara poner para la visita mis vaqueros cortos y una camiseta, pero ella ganó la discusión y llegué a Disney World con unos pantalones cortos ordinarios y una camisa deportiva a lo Bing Crosby. Vestido así e infelizmente cohibido, movía los pies sólo cuando me ordenaban directamente hacerlo. Lo único que me apetecía era leer sentado en el coche. Delante de cada atracción temática, mi madre me preguntaba si no parecía divertidísima, pero yo veía a los otros adolescentes esperando en la cola y sentía sus ojos puestos en mi ropa y en mis padres, y me dolía la garganta y dije que era una cola demasiado larga. Mi madre intentó engatusarme, pero mi padre la cortó en seco:

—Irene, no quiero montar en esto.

Caminamos penosamente, bajo el sol difuso y abrasador de Florida, hasta la siguiente atracción concurrida. Y allí, la misma historia.

—Tienes que montar en *algo* —dijo mi padre al final, después del almuerzo.

Estábamos al abrigo de un restaurante mientras un tropel de chicas con las piernas bronceadas se dirigía hacia los juegos de agua. Mi mirada descubrió un tiovivo en el que sólo había unos niños pequeños.

—Montaré en eso —dije, con voz apagada.

Durante los veinte minutos siguientes, los tres subimos y volvimos a subir al deprimente tiovivo, para que los tickets no se perdieran. Clavé la mirada en el suelo metálico y ribeteado del carrusel e irradié vergüenza, vomitando mentalmente el regalo que habían querido hacerme. Mi madre, la viajera perfecta, sacó fotos de mi padre y de mí montando los incómodos caballitos, pero debajo de su alegría convincente estaba enfadada conmigo, porque sabía que yo me estaba vengando a causa de nuestra riña por la ropa. Mi padre, aferrando sin fuerza un poste metálico

que empalaba a un caballo, miraba a la distancia con una cara de resignación que resumía su vida. No sé cómo los dos aguantaron aquello. Yo había sido su hijo feliz y tardío, y ahora lo que más quería era alejarme de ellos. Mi madre me parecía horrendamente conformista y obsesionada sin remedio por el dinero y las apariencias; mi padre me parecía alérgico a toda clase de diversión. Yo no quería las mismas cosas que ellos. No valoraba lo que ellos valoraban. Y los tres lamentábamos por igual estar montados en el tiovivo y los tres no habríamos sabido explicar lo que nos había sucedido.

## DOS PONIS

En mayo de 1970, pocas noches después de que Guardias Nacionales mataran a cuatro estudiantes que se manifestaban en la universidad de Kent State, mi padre y mi hermano Tom, que tenía diecinueve años, empezaron a pelearse. No se peleaban por la guerra de Vietnam, que los dos desaprobaban. La riña fue seguramente por cantidad de cosas diferentes a la vez. Pero la causa inmediata fue el empleo veraniego de Tom. Era un buen artista, con un carácter meticuloso, y mi padre le había alentado (hasta cabría decir forzado) a elegir una facultad entre una breve lista de universidades con programas intensivos de arquitectura. Tom había elegido adrede la facultad más lejana, Rice University, y acababa de volver de su segundo año en Houston, donde sus aventuras en la cultura juvenil de fines de los sesenta le empujaban a especializarse en estudios cinematográficos, no en arquitectura. Mi padre, sin embargo, le había encontrado un chollo de empleo estival en Sverdrup & Parcel, la gran empresa de ingeniería de St. Louis, cuyo socio mayoritario, el general Leif Sverdrup, había sido un héroe del cuerpo de ingenieros del ejército estadounidense en Filipinas. Debió de ser un mal trago para mi padre, que era tímido y un hombre de principios hasta un punto enfermizo, tirar de los hilos necesarios en Sverdrup. Pero en la filosofía laboral de la empresa primaba la mano dura y el pelo cortado al rape, y se mostraba hostil a las licenciaturas en cine izquierdas y a los pantalones de campana; y Tom no quiso trabajar allí.

En el dormitorio que él y yo compartíamos, las ventanas estaban abiertas y el aire enrarecido por el olor a casa de madera que emanaba cada primavera. Yo prefería la pretendida cualidad inodora del aire acondicionado, pero mi madre, cuya experiencia subjetiva de la temperatura era notablemente coherente con las facturas bajas de gas y electricidad, aseguraba que era una ferviente partidaria del «aire fresco», y las ventanas a menudo permanecían abiertas hasta el Memorial Day.

En mi mesilla de noche estaba el *Tesoro Peanuts*, una antología grande y gruesa, de tapa dura, de las historietas cómicas diarias y dominicales de Charles M. Schulz. Mi madre me la había regalado la Navidad anterior, y yo la releía desde entonces a la hora de acostarme. Como la mayoría de mis compatriotas de diez años, yo mantenía una intensa relación privada con Snoopy, el perro sabueso de la historieta. Era un animal no animalesco y solitario que vivía entre criaturas más grandes de una especie distinta, lo cual era más o menos lo que yo sentía en mi casa. Mis hermanos, que son nueve y doce años mayores que yo, más que hermanos eran un divertido par adicional de cuasi-padres. Aunque yo tenía amigos y era un lobato scout de cierto prestigio, pasaba mucho tiempo hablando a solas con animales. Releía como un obseso las novelas de A. A. Milne, los Narnia y el Doctor Dolittle, y mi idilio con mi colección de animales disecados estaba a punto de convertirse en algo impropio de mi edad. Era otra de mis afinidades con Snoopy, al que también le gustaban los juegos con animales. Se hacía pasar por tigres, buitres y pumas, tiburones, monstruos marinos,

pitones, vacas, pirañas, pingüinos y murciélagos vampiros. Era el perfecto egoísta risueño, que protagonizaba sus ridículas fantasías y se regodeaba con la atención de los demás. En una tira cómica llena de niños, el perro era el personaje que yo identificaba como niño.

Tom y mi padre estaban hablando en el cuarto de estar cuando yo subí a acostarme. A una hora tardía y con el aire aún más cargado, cuando yo ya había dejado el *Tesoro Peanuts* y me había quedado dormido, Tom irrumpió en el dormitorio. Gritaba con áspero sarcasmo.

—¡Ya se os pasará! ¡Ya me olvidaréis! ¡Será mucho más fácil! ¡Ya se os pasará!

Mi padre estaba fuera de escena en algún sitio, emitiendo grandes sonidos abstractos. Mi madre estaba justo detrás de Tom, sollozando en su hombro, y le suplicaba que se detuviese, por favor. Él estaba abriendo cajones de la cómoda y llenando las bolsas que había vaciado hacía poco.

—Creéis que me queréis aquí —dijo—, pero ya se os pasará.

—¿Y qué pasa conmigo? —rogaba mi madre—. ¿Y con Jon?

—¡Ya se os pasará!

Yo era una persona menuda y esencialmente ridícula. Aunque me hubiera atrevido a incorporarme en la cama, ¿qué podría haber dicho? ¿«Perdonad, estoy intentando dormir»? Me quedé quieto y seguí la escena con los ojos entreabiertos. Hubo más idas y venidas dramáticas, en alguna de las cuales quizá, de hecho, me quedé dormido. Al final, oí el estruendo de los pies de Tom en la escalera, seguido por los gritos terribles de mi madre, que ya eran casi aullidos. «¡Tom! ¡Tom! ¡Tom! ¡Por favor, Tom!». Y luego sonó un portazo en la entrada.

Cosas así nunca habían sucedido en nuestra casa. La peor pelea que yo había presenciado fue una entre Tom y nuestro hermano mayor, Bob, a propósito de Frank Zappa, cuya música Tom admiraba y que Bob menospreció un día con un desdén tan paternalista que Tom empezó a burlarse del grupo favorito de Bob, las Supremes, lo cual exacerbó las hostilidades. Pero una escena nocturna de portazos y gemidos auténticos quedaba por completo fuera del mapa. Cuando desperté a la mañana siguiente, me pareció que desde el recuerdo de la víspera habían transcurrido ya diez años y que era a medias un sueño y algo que no se podía mencionar.

Mi padre se había ido al trabajo y mi madre me sirvió el desayuno sin hacer comentarios. La comida en la mesa, las tonadillas publicitarias en la radio y el trayecto a la escuela no tuvieron nada de notable; no obstante, todo lo de aquel día estuvo impregnado de miedo. Aquella semana, en la escuela, en la clase de la señorita Niblack, estábamos ensayando la obra de teatro de quinto curso. El guión, que yo había escrito, tenía un gran número de papeles ínfimos y uno muy generoso que yo había creado teniendo presentes mis habilidades para memorizar. La acción transcurría en un barco, hablaba de un malo taciturno que se llamaba Scuba y carecía de la comedia más rudimentaria, de sentido o de moraleja. Ni siquiera yo, que era el que más hablaba, disfrutaba de la obra. Su escasa calidad —el hecho de que yo fuese



el responsable de ella— pasó a formar parte de la sensación de miedo de aquel día.

Había algo temible en la primavera. El motín de la biología, el zumbido del *Señor de las Moscas*, el barro pululando. Después de la escuela, en vez de quedarme jugando en la calle, fui a casa guiado por el miedo y arrinconé a mi madre en el comedor. La interrogué sobre la próxima función de teatro escolar. ¿Estaría papá? ¿Y Bob? ¿No habría vuelto todavía de la universidad? ¿Y Tom? ¿Vendría también Tom? Este interrogatorio inocente era muy verosímil —yo era un pequeño acaparador de atención, que continuamente desviaba las conversaciones hacia el tema de mí mismo— y, durante un rato, mi madre me dio respuestas verosímiles e inocentes. Luego se desplomó en una silla, se tapó la cara con las manos y rompió a llorar.

—¿Oíste algo anoche? —dijo.

—No.

—¿No oíste gritar a Tom y a papá? ¿No oíste portazos?

—¡No!

Me estrechó en sus brazos, que seguramente era lo que yo más había temido. Permanecí rígido mientras me abrazaba.

—Tom y papá tuvieron una pelea tremenda —dijo—. Después de haberte acostado. Tuvieron una pelea tremenda y Tom cogió sus cosas y se marchó, y no sabemos adónde ha ido.

—Oh.

—Creí que hoy tendríamos noticias de él, pero no ha llamado y estoy histérica sin saber dónde está. ¡Histérica!

Me escurrí un poco de su abrazo.

—Pero eso no tiene nada que ver contigo —dijo ella—. Es entre Tom y papá, y tú no tienes nada que ver. Seguro que Tom siente no estar aquí para ver tu obra. O quizá, quién sabe, el viernes ya haya vuelto y la verá.

—Vale.

—Pero hasta que sepamos dónde está no quiero que le digas a nadie que se ha ido. Dime que no se lo dirás a nadie.

—Vale —dije, zafándome de sus brazos—. ¿Podemos poner el aire acondicionado?

Yo no lo sabía, pero había estallado una epidemia en todo el país. Adolescentes tardíos en barrios de clase media como el nuestro habían enloquecido de repente y huido a otras ciudades para practicar el sexo y hacer novillos en la universidad, se tragaban todas las sustancias que pillaban y no sólo chocaban con sus padres, sino que los rechazaban y destruían todas las cosas relacionadas con ellos. Durante una temporada, los padres estuvieron tan asustados, perplejos y avergonzados que cada familia, en especial la mía, se sometió a cuarentena y la sufrió a solas.

Cuando subí, mi dormitorio era como una habitación de enfermo sobrecalentada. El vestigio más claro que quedaba de Tom era el póster de Dorit Look Back que había pegado a la pared lateral de su cómoda, donde el peinado psicodélico de Dylan

siempre atraía la mirada censuradora de mi madre. La cama de Tom, pulcramente hecha, era la de un niño al que se lo había llevado una epidemia.

En aquella estación agitada, mientras la llamada generación *gap* desgarraba el paisaje cultural, la obra de Schultz era casi la única que todo el mundo amaba. Cincuenta y cinco millones de norteamericanos habían visto *Una Navidad de Charlie Brown* en el diciembre anterior, con una cuota de audiencia Nielsen de más del cincuenta por ciento. El musical *Eres un buen hombre, Charlie Brown* estaba en su segundo año de entradas agotadas en Broadway. Los astronautas del Apolo X, en su ensayo general para el primer alunizaje, habían bautizado *Charlie Brown* y *Snoopy* a las naves con que entraron en órbita y alunizaron. Los periódicos que publicaban «Peanuts» alcanzaron más de 150 millones de lectores, las colecciones de «Peanuts» figuraban en todas las listas de los superventas y, si mis propios amigos servían de baremo, apenas había en Estados Unidos un dormitorio de niño sin una papelera «Peanuts», una sábana «Peanuts» o un tapiz «Peanuts». Schulz, por un margen fabuloso, era el artista vivo más famoso del planeta.

Para la mente contracultural, un perro sabueso que pilota con gafas de aviador una caseta de perro y al que abate de un tiro el Barón Rojo era algo parecido a un *yossarian* remando en un bote hacia Suecia. Lo único cuadrículado allí era la cuadrícula de la viñeta. ¿No estaba el país más a gusto escuchando a Linus Van Pelt que a Robert McNamara? Era la época no de los adultos, sino de los niños con flores. Pero la historieta atraía también a ciudadanos mayores. Era intachablemente inofensiva (Snoopy nunca levantaba una pata) y estaba situada en un barrio residencial atractivo donde los críos, excepto Pigpen, cuya imagen había adoptado adrede Ron McKernan, de los Grateful Dead, presentaban un aspecto y un lenguaje limpios y vestían de un modo conservador. Hippies y astronautas, el Pentágono y el movimiento antibélico, los niños que rechazaban y los adultos rechazados estaban todos de acuerdo en esto.

Una excepción era mi familia. Que yo sepa, mi padre no leyó una tira cómica en su vida, y el interés de mi madre por ellas se limitaba a una viñeta titulada «The Girls», matronas típicas de mediana edad, cuyos problemas de peso, tacañería, torpeza conduciendo coches y debilidad por las gangas de los grandes almacenes eran facetas que mi madre encontraba inagotablemente divertidas.

Yo no compraba cómics y ni siquiera leía la revista *Mad*, pero rendía culto a los altares de los dibujos animados de la Warner Bros, y a la sección de humor del *Post-Dispatch* de St. Louis. Primero leía la página en blanco y negro de la sección, luego pasaba a las columnas dramáticas, como «Steve Roper» y «Juliet Jones», y echaba un vistazo a «Li'l Abner» sólo para cerciorarme de que seguía siendo una porquería repulsiva. En la última página, a todo color, leía las tiras por estricto orden inverso de preferencia, procurando que me divirtieran los refrigerios que tomaba Dagwood

Bumstead a medianoche y esforzándome en hacer caso omiso del hecho de que Tiger y Punkinhead fueran el tipo de chavales zarrapastrosos e irreflexivos que me disgustaban en la vida real, antes de regalarme con mi historieta favorita, «B.C.». Obra de Johnny Hart, era un humor troglodita. Hart escribió cientos de chistes sobre la amistad de un pájaro que no volaba y una tortuga sufrida que no cesaba en intentar proezas de flexibilidad y agilidad impropias de quelonios. Las deudas siempre se pagaban con almejas; la cena era siempre una pata asada de algo. Cuando terminaba de leer «B.C.», para mí ya se había acabado el periódico.

La sección de humor del otro que había en St. Louis, el *Globe-Democrat*, que mis padres no compraban, me parecía inhóspita y ajena. «Broom Hilda» y «Animal Crackers» y «The Family Circus» me dejaban igual de frío que aquel niño en cuyos calzoncillos, visibles en parte, que tenían en la pretina escrito a mano el nombre de CUTTAIR, fijé la mirada durante todo el recorrido que mi familia hizo por el parlamento canadiense. Aunque «The Family Circus» no tenía la más mínima chispa, sus viñetas a todas luces se basaban en la vida real de una familia y se dirigían a un público que reconocía esa vida, lo cual me indujo a aceptar la existencia de una subespecie completa de humanidad que consideraba divertidísima esta historieta.

Sabía muy bien, por supuesto, por qué la sección cómica del *Globe-Democrat* era tan floja: el periódico que publicaba «Peanuts» no *necesitaba* otras tiras buenas. En efecto, yo hubiera cambiado el *Post-Dispatch* entero por una dosis diaria de Schulz. Sólo «Peanuts», la historieta que no comprábamos, trataba de asuntos realmente importantes. Ni por un minuto creí que los niños que aparecían en «Peanuts» fuesen niños de verdad —eran muchísimo más enérgicos y más reales como personajes de cómic que cualquiera de mi barrio—, pero aun así yo entendía que aquellas historias eran mensajes llegados de un universo infantil que era en cierto modo más enjundioso y convincente que el mío. En vez de jugar a la pelota y a las cuatro esquinas, como yo y mis amigos hacíamos, los chicos de «Peanuts» tenían auténticos equipos de béisbol, pertrechos reales para jugar al fútbol, peleas de verdad a puñetazos. Sus relaciones con Snoopy eran mucho más complejas que las persecuciones y mordiscos que constituían mis relaciones con los perros del vecindario. A aquéllos les acontecían todos los días desastres menores pero increíbles, que a menudo entrañaban palabras de un nuevo vocabulario. A Lucy la «ninguneaban los Bluebirds». Golpeaba tan fuerte la pelota de croquet de Charlie Brown que éste tenía que llamar a los otros jugadores desde una cabina de teléfonos. Le entregaba a Charlie un documento firmado en el que ella juraba no escamotearle el balón de fútbol cuando él intentase darle un puntapié, pero «lo singular de este documento», como Lucy comentaba en la última viñeta, era que «no lo había legalizado un notario». Cuando Lucy destrozaba el busto de Beethoven sobre el piano de juguete de Schroeder, me pareció extraño y gracioso que Schroeder tuviese un armario lleno de bustos de repuesto idénticos, pero lo acepté como humanamente posible, porque lo había dibujado Schulz.

Al *Tesoro Peanuts* pronto añadí otras dos sólidas antologías en tapa dura, *El*

*Regreso de Peanuts y los Clásicos Peanuts.* Un pariente, guiado por la buena intención, me regaló también un ejemplar del superventas nacional de Robert Short, *El Evangelio según Peanuts*, pero no me despertó el menor interés. «Peanuts» no era un pórtico al Evangelio. Era mi evangelio.

Capítulo 1, versículos 1-4, de lo que yo sabía sobre desilusiones: Charlie Brown pasa por delante de la pequeña pelirroja, objeto de sus ansias eternas e infructuosas. Se sienta con Snoopy y dice: «Ojalá tuviera dos ponis». Se imagina que le regala uno de ellos a la pequeña pelirroja, que a lomos de sendos ponis recorren juntos el campo y que se sienta con ella al pie de un árbol. De repente, empieza a regañar a Snoopy y le pregunta: «¿Por qué no eres dos ponis?». Snoopy pone los ojos en blanco y piensa: «Sabía que llegaríamos a esto».

O los versículos 26-32 del capítulo 1 de lo que yo sabía sobre los misterios de la etiqueta: Linus está enseñando su reloj de pulsera nuevo a todo el mundo en el vecindario. «¡Reloj nuevo!», le dice orgulloso a Snoopy, que, tras un titubeo, lo lame. A Linus se le ponen los pelos de punta, «¡ME HAS LAMIDO EL RELOJ! —exclama—. ¡Se va a oxidar! ¡Se pondrá verde! ¡Lo has estropeado!». Snoopy adopta una expresión un poco perpleja y piensa: «Creí que sería de mala educación no probarlo».

O el capítulo 2, versículos 6-12, de lo que yo sabía sobre la narrativa: Linus está chinchando a Lucy, la camela y le suplica que le lea un cuento. Para que se calle, ella coge un libro, lo abre al azar y dice: «Un hombre nació, vivió y murió. ¡Fin!». Tira el libro y Linus lo coge con reverencia. «Qué historia más fascinante —dice—. Casi te dan ganas de haber conocido al protagonista».

La perfecta estupidez de cosas como éstas, su cariz indescifrable, al estilo de las paradojas budistas, me extasiaban incluso a los diez años. Pero muchas de las secuencias más complicadas, sobre todo las de la humillación y soledad de Charlie Brown, sólo me causaban una impresión indefinida. En un concurso escolar de ortografía, que Charlie Brown había aguardado con impaciencia, la primera palabra que le piden que deletree es «maya». Con una sonrisa satisfecha, deletrea «M-A-L-L-A». La clase suelta una carcajada. Él vuelve a su pupitre y aprieta la cara contra la mesa, y cuando la maestra le pregunta qué le pasa él le chilla y acaba en el despacho del director. «Peanuts» participaba de la conciencia de Schulz de que, en un concurso, por cada ganador tiene que haber alguien que pierde, cuando no veinte o dos mil, pero a mí personalmente me gustaba ganar y no veía por qué había que armar tanto jaleo con los perdedores.

En la primavera de 1970, la clase de la señorita Niblack estaba estudiando homónimos para preparar lo que ella llamaba el deletreo de homónimos. Hice sobre ellos algunos ejercicios desganados con mi madre, recitando de corrido «*sleigh*» para «*slay*» y «*slough*» para «*slew*», <sup>[1]</sup> al igual que otros niños atrapaban la pelota en el centro del campo. Para mí, la única pregunta interesante a medias en aquel concurso era quién iba a quedar el segundo. Aquel año había ingresado en nuestra clase un chico nuevo, Chris Toczko, un renacuajo moreno y empollón al que se le había

metido en la cabeza que él y yo éramos rivales académicos. Yo era bastante buen chico, siempre y cuando no me hicieran la competencia en mi terreno. Era un fastidio que Toczko ignorase que yo, no él, era por derecho natural el mejor alumno de la clase. El día del concurso hasta llegó a hostigarme. ¡Dijo que había estudiado un montón y que iba a ganarme! Bajé la mirada hacia aquel fastidio y no supe qué decir. Era evidente que a él le importaba mucho más que a mí.

En el torneo, todos nos colocábamos al lado de la pizarra, la señorita Niblack pronunciaba un nombre de una pareja de homónimos y mis condiscípulos se iban sentando a medida que fallaban. Toczko estaba pálido y temblaba, pero se sabía los homónimos. Fue el último que seguía de pie, a mi lado, cuando la señorita dijo la palabra «*liar*». Toczko tembló y probó «L... i...». Y yo vi que le había ganado. Aguardé impaciente mientras él, con no poca angustia, extraía dos letras más de su mollera: «¿E... R...?».

—Lo siento, no es esa palabra —dijo la señorita Niblack.

Con una aguda risa de victoria, sin siquiera esperar a que Toczko se sentara, di un paso adelante y clamé «¡*L-Y-R-E!*» <sup>[2]</sup> Lira. Es un instrumento de cuerda.

En realidad yo no había dudado de que ganaría, pero Toczko me había picado con aquella bravata y se me había calentado la sangre. Fui la última persona en clase que se percató de que Toczko estaba sufriendo un cataclismo. Se puso colorado y empezó a llorar, insistiendo con rabia en que «*Alier*» *sí era* una palabra.

A mí me daba igual que lo fuera o no. Conocía mis derechos. Las lágrimas de Toczko me molestaron y decepcionaron, como puse de manifiesto echando mano del diccionario de la clase y mostrándole que no figuraba «*liar*». Así fue cómo Toczko y yo acabamos en el despacho del director.

Era la primera vez que me mandaban allí. Hice el interesante descubrimiento de que el director, el señor Barnett, tenía en su despacho un Webster internacional no abreviado. Toczko, que apenas pesaba más que el diccionario, lo abrió con las dos manos y las necesitó para pasar las páginas hasta el epígrafe de la L. Vi por encima de su hombro adonde apuntaba el índice diminuto y tembloroso: *liar*, nombre, se aplica al que acecha tumbado (en una emboscada). El señor Barnett nos declaró de inmediato ganadores *ex aequo* del concurso: una transacción que a mí no me pareció del todo justa, puesto que yo habría aniquilado a Toczko si hubiera habido otra ronda. Pero su arrebato me había asustado y decidí que podía estar bien, por una vez, dejar que ganara otro.

Unos meses después del concurso, recién comenzadas las vacaciones de verano, Toczko cruzó corriendo la Grant Road y murió atropellado por un coche. Lo que yo sabía por entonces sobre la maldad del mundo lo había aprendido sobre todo en una acampada, unos años antes, en que arrojé una rana a un fuego de campamento y observé cómo se arrugaba y caía rodando por la cara plana de un leño. Mi recuerdo de aquella escena era *sui generis*, distinto de mis otros recuerdos. Era en mi fuero interno como un átomo de reprimenda corrosivo y que me daba náuseas. Sentí una

reprensión similar cuando mi madre, que no sabía nada de la rivalidad de Toczko conmigo, me informó de que había muerto. Lloraba como había llorado por la desaparición de Tom semanas antes. Me hizo sentarme a escribir una carta de pésame a la madre de Toczko. No estaba nada acostumbrado a considerar el estado de ánimo de personas ajenas a mí, pero era imposible no pensar en el de la señora de Toczko. Aunque no llegué a conocerla, en las semanas siguientes me la imaginé sufriendo de un modo tan incesante e intenso que casi podía verla: una mujer minúscula, pulcra, morena, que lloraba como su hijo.

«Me siento culpable de todo lo que hago», dice Charlie Brown. Está en la playa y acaba de tirar un guijarro al agua y Linus ha comentado: «Muy bonito... A esa china le ha costado cuatro mil años llegar a la orilla y ahora tú la mandas de vuelta».

Me sentía culpable a causa de Toczko. Me sentía culpable por la ranita. Culpable por rehuir los abrazos de mi madre cuando parecía que ella más los necesitaba. Culpable por las toallitas en el fondo de la pila en el armario de la ropa blanca, las toallitas más viejas y delgadas que rara vez utilizábamos. Culpable de preferir mis mejores canicas, una ágata de un rojo macizo y otra de un amarillo macizo, mi rey y mi reina, a canicas inferiores en mi rígida jerarquía de canicas. Culpable por los juegos de mesa a los que no me gustaba jugar —Tío Wiggily, Elecciones Presidenciales, Juego de los Estados—, y a veces, cuando mis amigos no estaban, abría las cajas y examinaba las piezas con la esperanza de que los juegos se sintieran menos olvidados. Culpable de no hacer caso al Don Oso de extremidades tiasas y cuero rasposo, que no tenía voz y no encajaba bien con mis otros animales de peluche. Además, para no sentirme culpable con ellos, dormía con uno cada noche, según un estricto orden semanal.

Nos reímos de los perros salchicha porque se nos enroscan en la pierna, pero las ocurrencias de nuestra especie son aún más egocéntricas. No hay objeto tan «ajeno» al que no podamos *antropomorfizar* y obligar a entablar conversación con nosotros. Sin embargo, hay objetos más dóciles que otros. El problema con Don Oso era que poseía una animalidad más realista que otros animales. Era un personaje definido, severo, salvaje; a diferencia de nuestras toallitas anónimas, era resueltamente Otro. No era de extrañar que yo no pudiese hablar con él. Es más fácil dotar de una personalidad cómica a un zapato viejo, pongamos, que a una fotografía de Cary Grant. Cuando más vacía está la pizarra, tanto más fácil llenarla con nuestra propia imagen.

Nuestros córtex visuales se conectan enseguida para reconocer rostros y extraer luego de ellos rápidos detalles, ajustando la mira sobre el mensaje esencial: ¿esta persona es feliz? ¿Está enfadada? ¿Tiene miedo? Las caras individuales pueden variar mucho, pero una sonrisita cómplice es muy similar a otra. Las sonrisitas son conceptuales, no gráficas. Nuestro cerebro es como un dibujante de cómics; y los

dibujantes de humor son como nuestro cerebro, pues simplifican y exageran, subordinan el detalle facial para abstraer conceptos cómicos.

Scott McCloud, en su tratado sobre las tiras humorísticas, *Understanding Comics* [Entender los cómics], razona que la imagen que uno tiene de sí mismo cuando está conversando es muy distinta de la imagen que tiene de la persona con la que está conversando. Tu interlocutor quizá esboce sonrisas universales y frunza el ceño como todo el mundo, lo cual puede ayudar a que te identifiques con él emocionalmente, pero también posee una nariz y una piel y un pelo particulares que te recuerdan en todo momento que es Otro. En cambio, la imagen que uno tiene de su propia cara es muy «de historieta». Cuando notas que sonríes, te imaginas un dibujo de sonrisa, no todo el conjunto de piel, nariz y pelo. Son precisamente la simplicidad y la universalidad de las caras de cómic, la ausencia de detalles «ajenos», las que nos invitan a amarlas como a nosotros mismos. Las caras más amadas (y rentables) del mundo moderno suelen ser tiras cómicas sumamente básicas y abstractas: Mickey Mouse, los Simpson, Tintín y, el más simple de todos —poco más que un círculo, dos puntos y una raya horizontal—, Charlie Brown.

Lo único que Schulz quiso ser en su vida fue dibujante de cómics. Nació en St. Paul en 1922, hijo único de un padre alemán y una mujer de ascendencia noruega. Mucha de la literatura schulziana existente trata de los traumas de Charlie Brown en sus primeros años de vida: su flacura y sus granos, su impopularidad con las niñas en la escuela, el incomprensible rechazo de una serie de dibujos suyos para el anuario de su instituto y, años después, el rechazo de la propuesta de matrimonio que le hizo a la pequeña pelirroja de la vida real, Donna Mae Johnson. El propio Schulz hablaba de su juventud en un tono próximo a la rabia. «Me costó mucho tiempo convertirme en un ser humano», dijo en una entrevista en 1987.

Muchos me consideraban una especie de nena, y me dolía porque en realidad no era un mariquita. No era un tipo duro, pero... Era bueno en los deportes en que lanzas cosas, las golpeas, las atrapas o cosas así. Odiaba nadar, dar volteretas y esa clase de ejercicios, así que no era una nena. [Pero] los profesores de gimnasia eran muy intolerantes y no había programas para todos nosotros. Así que nunca tuve un gran concepto de mí mismo ni nunca me creí guapo ni salí nunca con una chica del instituto, porque pensaba ¿quién va a salir conmigo? Así que me daba igual.

A Schulz también «le dio igual» no estudiar Bellas Artes: dijo que estar con gente que dibujaba mejor que él sólo habría servido para desalentarle.

La víspera del día en que partió al servicio militar, su madre murió de cáncer. Más tarde Schulz describió la pérdida como una catástrofe de la que casi no se recuperó

nunca. Hizo la instrucción deprimido, ausente, acongojado. A la larga, sin embargo, el paso por el ejército le fue provechoso. Entró en el servicio, recordó más tarde, como un «don nadie» y salió de sargento primero, a cargo de un escuadrón de ametralladoras. «Pensé que, caray, si aquello no era ser hombre, entonces no sabía qué lo era —dijo—. Y me sentí bien conmigo mismo y aquello duró unos ocho minutos y luego volví adonde estoy ahora».

Después de la guerra, Schulz volvió al barrio de su infancia, vivió con su padre, participó intensamente en las actividades de un grupo juvenil cristiano y aprendió a dibujar niños. Durante el resto de su vida prácticamente no dibujó adultos. Evitó los vicios adultos —no bebía, no fumaba, no decía palabrotas— y, en su trabajo, pasaba cada vez más tiempo en los patios y solares imaginarios de su infancia. También era pueril en la rotundidad de sus escrúpulos e inhibiciones. Incluso después de hacerse famoso y poderoso, se mostraba reacio a exigir un diseño más flexible para «Peanuts», porque no le parecía honesto con los periódicos que habían sido sus leales clientes. Tampoco consideraba legítimo dibujar caricaturas. «Si alguien tiene una narizota —dijo—, seguro que lamenta el hecho de tenerla, ¿y quién soy yo para recalcarlo con una burda caricatura?». Su rencor contra el nombre «Peanuts», con que los editores habían bautizado la historieta en 1950, seguía vivo al final de su vida. «Etiquetar algo que iba a ser la obra de una vida con un nombre como “Peanuts” era un verdadero insulto»,<sup>[3]</sup> dijo en una entrevista en 1987. Cuando le sugirieron que treinta y siete años quizá hubiesen suavizado la injuria, Schulz contestó: «No, no. Les guardo rencor, chico».

¿Fue el genio cómico de Schulz el producto de sus heridas psíquicas? Desde luego, el artista en su madurez era una madeja de rencores y fobias que parecían imputables, a su vez, a traumas tempranos. Era cada vez más propenso a accesos de depresión y a una soledad amarga («La mención de un hotel basta para darme frío», dijo a su biógrafo), y cuando finalmente abandonó su Minnesota natal se dedicó a reproducir sus comodidades en California, donde construyó una pista de hielo cuyo bar se llamó Cachorro tierno. En los años setenta, era renuente incluso a subir a un avión si no le acompañaba algún familiar. Se diría que esto es un caso clásico de la patología que produce el gran arte: herido en su adolescencia, nuestro héroe encontró un refugio permanente en el mundo infantil de «Peanuts».

Pero ¿y si Schulz hubiera optado por ser un vendedor de juguetes en vez de un artista? ¿Habría vivido también una vida retraída y emocionalmente turbulenta? Sospecho que no. Sospecho que el vendedor Schulz habría sobrellevado una vida normal del mismo modo que había apechugado con el servicio militar. Habría hecho lo que fuera necesario para mantener a su familia: suplicado una receta de valium a su médico, tomado unas copas en el bar del hotel.

Schulz no era artista porque sufría. Sufría porque era un artista. Obstinarle en elegir el arte en vez de las comodidades de una vida normal —currarse una tira cómica todos los días durante cincuenta años; pagar por ello el muy peliagudo precio



psíquico— es lo contrario de estar grillado. Es el tipo de elección que sólo puede hacer una torre de fortaleza y cordura. El que las tristezas tempranas de Schulz parezcan las «fuentes» de su brillantez posterior se debe a que tenía talento y capacidad de encaje para encontrar humor en ellas. Casi todos los niños se sienten tristes. Lo distintivo de la infancia de Schulz no es su sufrimiento, sino el hecho de que amaba los cómics desde una tierna edad, tenía dotes para el dibujo y disfrutaba de la atención constante y el amor de sus padres.

Cada mes de febrero, Schulz dibujaba una tira sobre el fracaso de Charlie Brown en conseguir tarjetas de San Valentín. En un episodio, Schroeder regaña a Violet por tratar de endilgarle una tarjeta desechada a Charlie Brown varios días después de San Valentín, y Charlie Brown aparta a Schroeder con las palabras: «¡No te metas! ¡Me quedo con la tarjeta!». Pero era muy distinta la historia que Schulz nos contaba de su experiencia infantil con las tarjetas de enamorados. Dijo que cuando estaba en primaria, su madre le ayudó a hacer una tarjeta para cada compañera de clase, a fin de que nadie se ofendiese si no recibía ninguna, pero la timidez le impidió meterlas en la caja que había en la parte delantera del aula, y volvió con todas ellas a casa. A primera vista, este pasaje recuerda una historieta de 1957 en la que Charlie Brown mira por encima de una valla una piscina llena de niños felices y luego se arrastra a casa solo y se sienta dentro de un cubo de agua. Pero Schulz, a diferencia de Charlie Brown, tenía una madre solícita, una madre a la que optó por darle la cesta entera. Un niño profundamente lastimado por no recibir tarjetas de San Valentín probablemente, al hacerse mayor, no habría dibujado tiras encantadoras sobre la pena de no recibir tarjetas. Un niño así —uno piensa en R. Crumb— quizá, en cambio, hubiera dibujado una caja de tarjetas que se transforma en una vulva que devora las tarjetas y luego le devora asimismo a él.

Con esto no pretendo decir que el depresivo y siempre frustrado Charlie Brown, la egoísta y sádica Lucy, el raro y filosófico Linus y el obsesivo Schroeder (cuyas ambiciones beethovenescas se realizan en un piano de juguete de una octava) no sean avatares de Schulz. Pero su claro alter ego es Snoopy: el embaucador proteico cuya libertad se basa en su certeza de que en el fondo es adorable, el artista de rápida mutación que, por pura diversión, se convierte en un helicóptero o un jugador de hockey o Head Beagle y de nuevo, en un santiamén, antes de que su virtuosismo tenga oportunidad de alienarte o disminuirte, ser el ansioso perrito que sólo quiere comer.

Nunca oí a mi padre contar un chiste. A veces rememoraba a un colega del trabajo que pidió un «Whisky con Coca-Cola» y un pez *espalda* en una cena en Dallas en julio, y sabía reírse de sus propios bochornos, sus comentarios poco diplomáticos en la oficina y los disparates que cometía en proyectos de reformas domésticas, pero no tenía un pelo de tonto. Reaccionaba a los chistes ajenos con un gesto de disgusto o

una muñeca. De niño le conté una historia que yo había inventado sobre una empresa de recogida de basuras denunciada por «violaciones *fragantes*». Él movió la cabeza, con la cara pétrea, y dijo: «No es verosímil».

En otra arquetípica tira de «Peanuts», Violet y Patty insultan a Charlie Brown con una malévolamente cantinela: «¡VETE A TU CASA!, ¡NO TE QUEREMOS VER POR AQUÍ!». Cuando él se aleja, mirando al suelo, Violet comenta: «Hay algo raro en Charlie Brown. Casi nunca se le ve reír».

Las pocas veces en que llegó a practicar béisbol conmigo, mi padre lanzaba la pelota como algo de lo que quisiera deshacerse, una fruta podrida, y apresaba mis devoluciones con un movimiento torpe, como un manoseo. Nunca le vi tocar un balón de fútbol ni un *frisbee*. Sus dos esparcimientos principales eran el golf y el bridge, y el placer de ambos consistía en una confirmación perpetua de que era un inútil en uno y tenía mala suerte en el otro.

Lo único que quiso mi padre en su vida fue dejar de ser un niño. Sus padres eran una pareja de escandinavos del siglo XIX atrapados en una lucha hobbesiana por imponerse en los pantanos del norte y centro de Minnesota. Su popular y carismático hermano mayor se ahogó en un accidente de caza siendo todavía joven. Su hermana pequeña, chiflada, bonita y mimada, tuvo una hija única que murió en un accidente de tráfico cuando tenía veintidós años. Los padres de mi padre también murieron en un accidente de coche, pero sólo después de haberle agasajado con prohibiciones, exigencias y críticas durante cincuenta años. Nunca dijo una palabra áspera contra ellos. Tampoco ninguna agradable.

Las pocas historias de infancia que contaba eran sobre su perro, *Spider*, y su panda de amigos en una ciudad provinciana, de nombre poco apetecible, Palisade, que su padre y tíos habían construido entre los pantanos. El instituto local estaba a unos trece kilómetros de Palisade. Para asistir a clase, mi padre vivió en una pensión un año, y más tarde iba al instituto en el Modelo A de su padre. Era un cero a la izquierda en la vida social, invisible después de clase. Se daba por supuesto que la alumna más popular de su curso, Romelle Erickson, leería el discurso de graduación en el instituto, y mi padre me contó muchas veces que la «sociedad» escolar se quedó escandalizada cuando resultó que «el chico del campo», «Earl Algo», reclamó este privilegio.

En 1933, cuando se matriculó en la universidad de Minnesota, su padre le acompañó y anunció, en el encabezamiento del impreso de matrícula: «Va a ser ingeniero de caminos». Mi padre pasó inquieto el resto de su vida. En la treintena, le devoraban las dudas sobre si estudiar medicina; cuarentón, le ofrecieron ser socio de una empresa de construcción pero, para sempiterna decepción de mi madre, no tuvo arrestos para aceptar; a sus cincuenta y sesenta años me exhortó a no malgastar mi vida trabajando para una empresa. Al final, sin embargo, pasó cincuenta años haciendo exactamente lo que su padre le había dicho que hiciera.

Después de su muerte, encontré unas cuantas cajas con papeles suyos. La mayoría

me desilusionaron de puro anodinos, y de cuando era niño sólo quedaba un sobre marrón, que él había guardado, con un grueso fajo de tarjetas de San Valentín. Algunas eran endebles y estaban sin firmar, pero había otras más trabajadas, con papel crepé o páginas desplegadas, y unas pocas de «Margaret» estaban dentro de sobres; el estilo variaba desde Victoriano de provincias a *art déco* de los años veinte. Las firmas —casi todas de chicos y chicas de su edad, varias de sus primos, una de su hermana— estaban trazadas con una letra tosca de parvulario. Las efusiones más intensas eran las de su amigo íntimo, Walter Anderson. Pero en ninguna de las cajas había tarjetas de sus padres ni postales u otras muestras de su amor por él.

Mi madre le llamaba hipersensible. Quería decir que era fácil herir sus sentimientos, pero su sensibilidad era también física. Cuando era joven, un médico le hizo un test de alergia que mostró que era alérgico a «casi todo», entre otras cosas el trigo, la leche y los tomates. Otro médico, que tenía la consulta en lo alto de cinco largos tramos de escalera, le recibió tomándole la tensión arterial y de inmediato le declaró inútil para luchar contra los nazis. O eso me dijo mi padre, encogiéndose de hombros y con una extraña sonrisa (como diciendo: «¿Qué podía hacer yo?»), cuando le pregunté por qué no había ido a la guerra. Incluso de adolescente, intuí que el no haber combatido le agravaba la torpeza social y la sensibilidad. No obstante, provenía de una familia de suecos pacifistas, y estaba muy contento de no haber sido soldado. Se alegró de que mis hermanos tuvieran prórrogas universitarias y buena suerte en el sorteo de reclutas. Entre sus colegas patrióticos y los maridos, veteranos de guerra, de las amigas de mi madre, estaba tan desplazado que no se atrevía a hablar del tema de Vietnam. En casa, en privado, declaraba agresivamente que si Tom hubiera sacado un mal número, él mismo le habría llevado a Canadá.

Tom, su segundo hijo, estaba cortado por el mismo patrón. Tuvo una urticaria tan virulenta que parecía sarampión. Cumplía años a mediados de octubre y era perennemente el alumno más joven de su clase. En la única cita que tuvo con una chica del instituto, estaba tan nervioso que se olvidó las entradas para el béisbol y dejó el coche en marcha en la calle mientras entraba corriendo a buscarlas; el coche bajó solo la cuesta, saltó un bordillo y atravesó dos parterres escalonados antes de posarse sobre el césped del jardín de un vecino.

Para mí, que el coche aún pudiera circular y que incluso no hubiera sufrido el menor daño, era algo que resaltaba la mística de Tom. Ni él ni Bob podían hacer algo mal. Eran expertos en silbidos y en ajedrez, manejaban de una forma fantástica las herramientas y los lápices y eran los proveedores exclusivos de las anécdotas y datos culturales con los que yo impresionaba a mis amigos. En los márgenes de su ejemplar de *Retrato del artista adolescente*, Tom dibujó a lo largo de doscientas páginas una animación, que había que pasar a toda velocidad con el dedo, de un monigote que saltaba una valla con una pértiga y se caía de cabeza al otro lado, y al que se llevaban en una camilla unos monigotes que representaban a unos sanitarios; aquello me parecía una obra maestra de arte y ciencia fílmicas. Pero mi padre le había dicho a

Tom: «Serías un buen arquitecto, aquí tienes tres facultades a elegir». Y le dijo: «Vas a trabajar en Sverdrup».

Tom tardó cinco días en dar noticias de su paradero. Llamó un domingo, después de misa. Estábamos sentados en el porche protegido por un mosquitero y mi madre tuvo que recorrer toda la casa para responder al teléfono. Estaba tan exultante de alivio que me produjo vergüenza ajena. Tom había hecho autostop hasta Houston y estaba trabajando de freidor en un Fried Chicken de una iglesia, con la intención de ahorrar lo suficiente para reunirse con su mejor amigo en Colorado. Mi madre insistió en preguntarle cuándo volvería a casa, y le aseguró que sería bien recibido y que no tendría que trabajar en Sverdrup; pero sin oír siquiera las respuestas de Tom, supe que ya no quería saber nada de nosotros.

El propósito de una tira cómica, le gustaba decir a Schulz, era vender periódicos y hacer reír a la gente. Aunque esta formulación puede parecer, a primera vista, autodespectiva, de hecho es un juramento de lealtad. Cuando I. B. Singer, en su discurso de recepción del Nobel, declaró que la primera responsabilidad de un novelista es contar historias, no dijo «sólo contar historias», y Schulz no dijo «sólo hacer reír a la gente». Era leal al lector que quería algo divertido de las páginas de humor. Casi cualquier cosa —protestar contra el hambre en el mundo, reírse de expresiones como «echar un polvo», dar sabios consejos, morir— es más fácil que la auténtica comedia.

Schulz nunca cejó en su intento de ser divertido. Pero alrededor de 1970 empezó a alejarse del humor agresivo y a sumirse en un ensueño melancólico. A Snoopylandia llegaron muchas divagaciones tediosas con el nada gracioso pájaro Woodstock y el insulso sabueso Spike. Algunos recursos plomizos, como la insistencia de Marcie en llamar «señor» a Peppermint Patty, fueron pesadamente reciclados. A finales de los años ochenta, la historieta se había vuelto tan apacible que a mis amigos más jóvenes parecía desconcertarles mi admiración. No mejoró las cosas que las antologías posteriores de «Peanuts» reeditaran tantas tiras de Spike y Marcie. Los volúmenes que exhibían el genio de Schulz, las tres colecciones en tapa dura de los años sesenta, se habían agotado.

Aún más nocivos para la reputación de Schulz fueron sus subproductos kitsch. Incluso en los sesenta tenías que abrirte camino entre la empalagosa parafernalia de Warm Puppy para llegar a la comedia; más adelante, los grados de efectismo de «Peanuts» en especiales de televisión me dejaron hecho un lío. Lo que al principio constituyó la personalidad de «Peanuts» fueron la crueldad y el fracaso, y sin embargo cada tarjeta de felicitación y cada chuchería y zepelín «Peanuts» tenía que ostentar la sonrisa dulce y arrugada de alguien. Todo lo referente a la industria «Peanuts», de mil millones de dólares, que el propio Schulz ayudó a crear, se oponía a que le tomasen en serio como artista. Mucho más que Disney, cuyos estudios

produjeron kitsch desde el principio, Schulz llegó a parecer un icono de la corrupción del arte por el comercio, que tarde o temprano dibuja una risueña cara de vendedor en todo lo que toca. El admirador que quiere ver a un artista ve a un comerciante. ¿Por qué Schulz no es dos ponis?

Pero es difícil repudiar una tira cómica cuando tus recuerdos de ella son más nítidos que los recuerdos de tu propia vida. Cuando Charlie Brown se iba a un campamento de verano, yo le acompañaba en mi imaginación. Le oía tratando de entablar conversación con el compañero de acampada que, sentado en su catre, se negaba a decir algo más que: «Cállate y déjame en paz». Le observaba cuando por fin volvía a casa y le gritaba a Lucy: «¡He vuelto!», y Lucy le dirigía una mirada aburrida y decía: «¿Te habías ido?».

Yo también fui de campamento en el verano de 1970. No obstante, descontando una alarmante situación de higiene personal cuya causa, al parecer, fue haber hecho pis sobre hiedra venenosa y cuya consecuencia fue que, durante días, estuve convencido o bien de que era un tumor mortal o bien la pubertad, mis experiencias de campamento palidecían al lado de las de Charlie Brown. La mejor de todas fue volver a casa y ver el nuevo Karmann Ghia de Bob aguardándome en la Asociación Cristiana de Jóvenes.

Tom también estaba en casa por entonces. Había conseguido llegar hasta la casa de su amigo en Colorado, pero a los padres del amigo no les hizo mucha gracia dar refugio a un hijo fugitivo y lo mandaron de vuelta a St. Louis. Oficialmente me alegraba mucho de que hubiera vuelto. En realidad, me avergonzaba de tenerle cerca. Tenía miedo de que si yo hablaba de su enfermedad y nuestra cuarentena, quizá provocase una recaída. Yo quería vivir en un mundo de «Peanuts» donde la cólera era divertida y la inseguridad digna de amarse. La niña más pequeña en mis libros de «Peanuts», Sally Brown, se hacía mayor durante un rato y chocaba contra un techo de cristal. Quería que todos mis familiares se llevaran bien y que nada cambiara; pero de repente, después de que Tom se hubiera marchado, fue como si los cinco mirásemos alrededor y, al preguntarnos por qué teníamos que pasar el tiempo juntos, no encontrásemos muchas buenas respuestas.

Por primera vez, en los meses siguientes, los conflictos de mis padres se volvieron audibles. Al llegar a casa las noches frías, mi padre se quejaba del «frío» en la casa. Mi madre replicaba que la casa no estaba fría si te pasabas el día *trajinando con las tareas domésticas*. Mi padre entraba en el comedor para ajustar el termostato y señalaba con dramatismo la zona templada, un arco azul claro entre los 22° y los 25,5°. Mi madre decía que estaba asfixiada de *calor*. Y yo decidía, como siempre, no airear mi sospecha de que la zona templada se refería al aire acondicionado en verano más que a la calefacción en invierno. Mi padre ponía la temperatura a 22° y se retiraba a su estudio, que estaba situado directamente encima de la caldera. Había una tregua y después grandes explosiones. Me escondiera en el rincón que me escondiese, oía chillar a mi padre: «¡NO TOQUES EL MALDITO TERMOSTATO!».

—¡Earl, yo no lo he tocado!

—¡Sí lo has tocado! ¡Otra vez!

—No me ha parecido que lo moviese, sólo lo he mirado, no quería cambiarlo.

—¡Otra vez! ¡Otra vez has estado enredando! Lo he puesto en la temperatura que quería. ¡Y tú lo has bajado a veintiún grados!

—Pues si lo he cambiado habrá sido sin querer. Tú también tendrías calor si trabajases todo el día en la cocina.

—Lo único que pido al final de una larga jornada de trabajo es que el termostato esté en la zona templada.

—Earl, hace muchísimo calor en la cocina. No lo sabes porque nunca estás, pero aquí te asas.

—¡La *parte baja* de la zona templada! ¡Ni siquiera la media! ¡La parte baja! ¡No es pedir demasiado!

Me pregunto por qué sigue siendo tan peyorativo decir que algo es «de historieta». Me llevó media vida conseguir ver a mis padres como personajes de tiras cómicas. Y qué gran victoria sería llegar a ser yo mismo más parecido a un cómic.

Al final, mi padre aplicó la tecnología al problema de la temperatura. Compró un calentador para ponerlo detrás de su silla en el comedor, donde en invierno le molestaban las corrientes de aire procedentes de la ventana halconera. Como tantos otros de los aparatos que compraba, el calentador era un chisme barato y lastimoso, un tragón de vatios provisto de un ventilador agónico y de una boca entrebierta anaranjada que atenuaba las luces, ahogaba las conversaciones y producía un olor a quemado cada vez que se ponía en marcha. Cuando yo estaba en el instituto, compró un modelo más silencioso y caro. Una noche, mi madre y yo empezamos a rememorar el modelo antiguo, a caricaturizar la sensibilidad de mi padre a la temperatura, a hacer tiras cómicas de las deficiencias del calentador, del humo y el zumbido, y mi padre se puso como loco y se levantó de la mesa. Pensó que nos habíamos confabulado contra él. Pensó que yo me comportaba de un modo cruel, y era cierto, pero también lo era que le estaba perdonando.

## Y ENTONCES BROTA LA ALEGRÍA<sup>[4]</sup>

Nos reuníamos los domingos, a las cinco y media. Elegíamos un compañero, le vendábamos los ojos y le llevábamos por pasillos vacíos a una velocidad de vértigo, en un experimento sobre la confianza. Hacíamos collages sobre la protección del medio ambiente. Representábamos obras satíricas sobre el modo de afrontar las crisis emocionales de séptimo y octavo curso. Cantábamos mientras los consejeros tocaban canciones de Cat Stevens. Escribíamos haikus sobre el tema de la amistad y luego los leíamos en voz alta:

*Un amigo se queda a tu lado  
incluso cuando estás en apuros  
así que no está tan mal.*

*Un amigo es una persona  
en la que crees que puedes confiar  
y sueles hacerlo.*

Mi aportación a este ejercicio...

*Te cortan el pelo  
la gente normal se ríe  
¿Se ríen los amigos? No.*

... hacía referencia a ciertas realidades en mi instituto, no en el grupo. La gente del grupo, hasta los que yo no consideraba amigos míos, no podían reírse de ti en aquel caso. Fue una de las razones por las que me afilié, para empezar.

El grupo se llamaba Compañerismo —sin artículo determinado, sin calificativo— y lo auspiciaba la Primera Iglesia Congregacionalista, con alguna ayuda de la Evangélica Iglesia de Cristo Unida, al final de la calle. La mayoría de los niños de séptimo y octavo que había en Compañerismo se habían conocido en la escuela dominical de la Primera Iglesia y se trataban casi como primos. Nos habíamos visto unos a otros con chaquetas de deporte en miniatura y corbatas de gancho o pichis escoceses con lazos de terciopelo, y pasábamos un largo rato sentados en bancos y mirando a los indefensos padres respectivos que seguían el oficio, y una mañana, en el sótano de la iglesia, durante un cántico ferviente de *Jesús Loves the Little Children*, todos observamos la dramática escena de una niña que se hizo pis en sus leotardos blancos. Tras haber vivido juntas estas experiencias, habíamos ingresado en Compañerismo con un trauma social mínimo.

El problema empezó en noveno curso. Los de noveno tenían su propio grupo de

Compañerismo, como reconociendo la toxicidad especial de los adolescentes de esta edad, y las primeras reuniones de los de noveno, en septiembre de 1973, atrajo una avalancha de recién llegados que parecían más enrollados y curtidos que la mayoría de nosotros, congregacionistas. Había chicas con nombres que te hacían la boca agua, como Julie Wolfrum y Brenda Pahmeier. Había tíos con barba incipiente y pelo largo hasta los hombros. Había chicas rubias estatuarias que practicaban sin cesar la parte de guitarra de *The Needle and the Damage Done*. Todos aquellos niños levantaban la mano cuando nuestros consejeros preguntaban quién tenía intención de participar en el primer fin de semana de retiro campestre, en octubre.

Yo también levanté la mano. Era un veterano de Compañerismo y me gustaban los retiros. Pero era pequeño y chillón y con mucha más labia que madurez, y desde aquella atalaya estresante el retiro que se avecinaba parecía menos una actividad de Compañerismo que el tipo de fiesta al que no solían invitarme.

Por suerte, mis padres estaban fuera del país. Estaban en mitad de su segundo viaje a Europa, atendidos por sus amigos comerciales austríacos, que corrían con todos los gastos. Yo pasaba las tres últimas semanas de octubre como el pupilo de diversos vecinos, y a una de ellos, Celeste Schwilck, le tocó llevarme a la Primera Congregacionista a última hora de una tarde de viernes. En el asiento del acompañante del Oldsmobile color burdeos de los Schwilck, abrí la carta que mi madre me enviaba desde Londres. Comenzaba con la palabra «Queridísimo», que mi madre no parecía comprender que era más intrusiva y menos simpática que «querido». Aunque me hubiera sentido inclinado a añorarla, lo cual no ocurría, el «queridísimo» me habría recordado por qué no la añoraba. Metí la carta, sin leerla, en la bolsa de papel con la cena que la señora Schwilck me había preparado.

Llevaba vaqueros, botas de monte y un chubasquero, mi conjunto antiestrés. En el aparcamiento de la iglesia, treinta y cinco chicos con pantalones vaqueros estaban lanzando Frisbees y afinando guitarras, fumando tabaco, intercambiando postres y disputándose un puesto en coches conducidos por los consejeros jóvenes más glamourosos íbamos a Shannondale, un campamento en los Ozarks, a tres horas al sur de St. Louis. Para un trayecto tan largo, era imperativo evitar el coche de la «muerte social», que estaba típicamente lleno de chicas con pantalones informes y chicos con un pobre sentido del humor. No tenía nada contra aquellos niños, salvo el miedo mortal a que me tomaran por uno de ellos. Deposité las mías en un montón de bolsas y corrí a asegurarme una plaza en un coche seguro, con un seminarista de bigote y algunos congregacionistas inteligentes y tranquilos a los que les gustaba jugar a Ghost.

Era la estación en Missouri en que anochece sigilosamente. Al volver por mis bolsas no encontré mi cena. Se oían portazos, motores que arrancaban. Corrí de un lado a otro, preguntando a la gente que todavía no se había ido. ¿Alguien había visto mi bolsa de papel? A cinco minutos del retiro estaba ya perdiendo la calma. Y aquello ni siquiera era lo peor, porque era posible que entonces, en uno de los coches



glamourosos, *alguien estuviera leyendo la carta de mi madre*. Me sentía como un oficial de la Fuerza Aérea al que se le ha perdido una cabeza nuclear.

Volví corriendo al coche que había elegido e informé, con un ampuloso asco de mí mismo, de que había perdido mi cena. Pero el seminarista de bigote casi festejó la noticia. Dijo que cada ocupante del vehículo me daría un pedacito de sus provisiones y nadie pasaría hambre y todo el mundo se alimentaría. En la oscuridad creciente, cuando nos dirigíamos al sur de la ciudad, las chicas seguían dándome comida. Sentía sus dedos al cogerla.

En mi único fin de semana como boy scout, dos años atrás, los jefes de la Patrulla Bisonte nos habían dejado a los novatos montar las tiendas bajo una lluvia pertinaz. Los jefes andaban con sus amigos en patrullas mejor organizadas que habían llevado filetes, refrescos, tabletas de parafina para encender el fuego y grandes cantidades de leña seca y curada. Cuando los jóvenes bisontes fuimos allí a calentarnos, los jefes nos ordenaron que volviéramos a nuestro campamento empapado. Más tarde, la misma noche, el jefe scout nos consoló con chistes de Silly Sally<sup>[5]</sup> que los scouts más veteranos ya no querían oír. («Un día en que Silly Sally estaba en el bosque, un viejo le dijo: “¡Silly Sally, quiero que te quites toda la ropa!”, y Silly Sally dijo: “¡Vaya una tontería, porque estoy segura de que no te cabe!”»). Volví del fin de semana mojado, hambriento, cansado, sucio y furioso. Mi padre, que odiaba todo lo militar, me borró de buena gana de los scouts, pero insistió en que participara en alguna actividad, y mi madre propuso el Compañerismo.

En sus campamentos había chicas con shorts vaqueros y camisetas de cuello halter. Cada mes de junio, el grupo de séptimo y octavo curso pasaba cinco días en Shannondale y allí se ocupaba del mantenimiento de la iglesia, con guadañas y rodillos de pintura. El campamento estaba cerca del Current River, un río alimentado por un manantial y cuyo lecho era de grava, donde hacíamos una travesía fluvial todos los años. Mi primer año, después de los desalientos sociales del séptimo curso, quise endurecer mi imagen y volverme más estúpido, y lo intentaba exclamando a todas horas: «¡Hijo de *perra!*!». Esto irritaba a mi compañero de canoa, que cada vez que yo lo decía contestaba, no menos mecánicamente: «Sí, claro que lo eres».

Nuestra canoa te freía los muslos, era un horno reflector de aluminio. Al día siguiente de la excursión yo estaba más rojo que el pelirrojo de séptimo Bean, pero no tanto como el más popular alumno de octavo, Peppel, sobre cuya espalda atrozmente quemada Bean derramó un cuenco entero de sopa de fideos con pollo que acababa de salir del fuego. Era el destino de Bean cometer este tipo de errores. Tenía una voz chillona y la sensibilidad de una regla de cálculo, y lo pasaba muy mal en Compañerismo, donde la ética predominante de honradez y desarrollo personal autorizaba a chicos como Peppel a gritar: «¡Jesucristo! ¡No sólo eres físicamente torpe, sino que también lo eres con los sentimientos de la gente! ¡Tienes que aprender a mirar por otras personas!».

Bean, que también estaba en los boy scouts, abandonó Compañerismo poco

después de aquello, y dejó que yo y mi torpeza pasáramos a ser la diana de la honradez ajena. En Shannondale, el verano siguiente, estaba jugando a las cartas con MacDonald, una chica de séptimo de gestos felinos, cuyas gafas de abuelita y rizos a lo Carole King me atraían y a la vez me ponían nervioso, y en un momento de inspiración a lo Bean decidí que sería una broma divertida echar un vistazo a las cartas de MacDonald mientras ella estaba en el cuarto de baño. Pero ella no le vio la gracia. Tenía una piel tan blanca que cada emoción que experimentaba, por suave que fuese, cristalizaba en alguna variedad de sonrojo. Empezó a llamarme «tramposo», a pesar de que yo insistiera, con una sonrisita culpable, en que no había visto sus cartas. Me llamó «tramposo» durante el resto del viaje. Al partir de Shannondale, todos nos escribimos notas de despedida y la que me escribió MacDonald empezaba *Querido tramposo* y terminaba: *Espero que algún día aprendas que en la vida hay algo más que hacer trampas.*

Cuatro meses más tarde, desde luego no había aprendido esta lección. El bienestar que me proporcionó volver a Shannondale ya como alumno de noveno, llevar vaqueros y corretear por los bosques de noche, lo adquirí sobre todo mediante un engaño. Tenía que fingir que era un chico que con toda naturalidad decía «mierda» a menudo, un chico que no había escrito un informe tan largo como un libro sobre la fisiología vegetal, que no había disfrutado calculando magnitudes estelares absolutas con su calculadora nueva de seis funciones Texas Instruments, pues de lo contrario me vería expuesto, como no hacía mucho en clase de inglés, donde un atleta me había acusado de preferir mi diccionario a cualquier otro libro, y mi viejo amigo Manley, a quien yo había recurrido para refutar esta calumnia devastadora, me había sonreído y confirmado en voz baja: «Tiene razón, Jon». Al irrumpir en el granero de chicos de Shannondale, identificar el equipaje del coche de la «muerte social» y pedir una litera lo más lejos posible de él, confiaba en el hecho de que mis amigos de Compañerismo iban a institutos distintos y no sabían que yo también era un marginado.

Fuera, oí a camarillas cerradas con botas de monte que crujían sobre la grava del Ozark. Junto al centro comunitario de Shannondale, en un grupo de chicas de Compañerismo, con el pelo ondulado de álbum de discos y personalidades tan dulces como pueden serlo las magulladuras en un melocotón, dos bravucones desconocidos, vestidos con guerreras del ejército, llamaban y respondían con voces agudas, femeninas. Uno tenía el pelo lacio y suficientes hormonas para ser un Fumanchú sedoso. Gritó: «¡Queridísimo Jonathan!». El otro, que era tan rubio que parecía no tener cejas ni pestañas, contestó: «¡Oh, queridísimo Jonathan!».

—Je, je, je. Queridísimo Jonathan.

—¡Queridísimo Jonathan!

Giré sobre mis talones, corrí volviendo al bosque, viré hacia el mantillo arbóreo y me acuclillé en la oscuridad. El retiro era ya oficialmente un desastre. Sin embargo, me quedaba el consuelo de que algunos en Compañerismo me llamaban Jon, no Jonathan. Por lo que sabían los dos bravucones, el queridísimo Jonathan podía ser

cualquiera. El queridísimo Jonathan podía estar aún en Webster Groves, buscando su bolsa de papel. Si pudiese evitar de algún modo a los dos ladrones durante todo el fin semana, nunca sabrían de quién era la cena que se habían comido.

Los rateros me facilitaron un poco la tarea, cuando el grupo se reunió en el centro comunitario, quedándose juntos y sentándose fuera del círculo de Compañerismo. Entré en la habitación tarde, con la cabeza gacha, y me puse en la parte diametralmente opuesta del corro, donde tenía amigos.

—Si queréis formar parte de este grupo —les dijo a los ladrones el joven pastor Bob Mutton—, uníos al corro.

A Mutton no le arredaban los bravucones. Llevaba una guerrera castrense y él mismo hablaba como un encabronado tío duro. Si le desafiabas, parecías infantil, no en la onda. Mutton supervisaba toda la operación Compañerismo, con sus doscientos cincuenta críos y varias docenas de consejeros, y tenía una pinta bastante acojonante, como Jesucristo: no el del Renacimiento, con la larga nariz helénica, sino el Jesús más atormentado del gótico septentrional. Mutton tenía los ojos azules y apretados debajo de unas cejas tristemente fruncidas. Tenía una fronda áspera de vello castaño que le asomaba por el cuello y le caía por la frente como una masa escorada; su perilla era un tupido arbusto rojizo en que le gustaba insertar puros Hauptmann. Cuando no estaba fumando o mascando uno, tenía en la mano una revista enrollada o un utensilio de chimenea o un palo o un puntero y se golpeaba con ello la palma opuesta. Cuando hablabas con él nunca sabías si iba a reírse, asentir y estar de acuerdo contigo, o si iba a dejarte clavado con su dicho favorito: «*Eso es... vaya chorrada*».

Puesto que podía calificarse de tal cada palabra que salía de mi boca, procuraba apartarme de Mutton. Compañerismo era una clase en la que yo nunca sería el mejor alumno; me conformaba con sacar notables y aprobados en sinceridad y franqueza. Para el ejercicio de la primera noche, en el que cada uno de nosotros expuso el modo en que esperaba crecer durante el retiro, propuse la meta insípida de «desarrollar nuevas relaciones». (Mi objetivo real era evitar determinadas relaciones nuevas). Después el grupo se dividió en una serie de diadas y grupitos para la formación de la sensibilidad. Los consejeros intentaban mezclarnos, romper las camarillas y forzar la creación de nuevas interacciones, pero yo era un experto en elegir y luego pillar compañeros que no eran marginados ni buenos amigos, y apliqué mis técnicas a la tarea de evitar a los ladrones. Estaba sentado delante del hijo de un profesor, un chico majo con una infortunada tendencia a hablar de Gandalf, y cerré los ojos y le palpé la cara con las yemas de los dedos mientras él me palpaba la mía. Formamos grupos de cinco personas y entrelazamos los cuerpos para crear máquinas. Nos reagrupamos como un todo y nos tumbamos en un círculo zigzagueante, con la cabeza en la tripa del vecino, y nos reímos todos a la vez.

Me alivió ver que los ladrones participaban en estos ejercicios. En cuanto dejabas que un extraño te palpara la cara, aunque lo hicieras con una sonrisita o una mueca

despectiva, te implicabas con el grupo y era menos probable ridiculizarlo el lunes. Yo tenía también el pálpito de que los ejercicios costaban a los ladrones más que a mí: que la gente que robaba bolsas de la cena ocupaban un lugar mucho más infeliz que yo. Aun cuando fueran mis enemigos evidentes, les envidiaba el pelo largo y la ropa rebelde, que yo no estaba autorizado a llevar, y admiraba a medias la pureza de su rabia adolescente, que contrastaba con mi propio embrollo de cohibición, estupidez y poses. En parte, los chicos así me asustaban porque parecían auténticos.

—Sólo para recordaros —dijo Mutton antes de que nos dispersáramos para pasar la noche—. Las tres reglas aquí son: nada de bebida. Ni sexo. Ni drogas. Además, si descubris que *alguien* ha violado una regla, tenéis que venir a decírmelo a mí o a algún consejero. De lo contrario es como si la hubieseis violado vosotros.

Mutton paseó una mirada fulminante por el corro. Los ladrones de cenas parecían divertidísimos.

Ya adulto, cuando digo las palabras «Webster Groves» a gente a la que acabo de conocer, muchas veces me informan de que crecí en una ciudad sofocantemente rica, insular y conformista, con una jerarquía punitiva. Las veinte y pico personas que me han dicho esto a lo largo de los años han pasado conjuntamente, según mis cálculos, unos veinte minutos en Webster Groves, pero todas ellas fueron a la universidad en los años setenta y ochenta, y un epígrafe del programa de estudios de la época era un documental de CBS hecho en 1966 y titulado *16 en Webster Groves*. La película, un temprano experimento de sociología que duraba una hora y se emitía en la franja de máxima audiencia, relataba las actitudes de dieciseisañeros de clase media. He tratado de explicar que el Webster Groves descrito en el documental presenta un parecido mínimo con la amistosa y nada engreída ciudad que conocí en mi infancia. Pero es inútil contradecir a la tele; la gente me mira con suspicacia, hostilidad o compasión, como si yo estuviera profundamente desmentido.

Según el presentador del documental, Charles Kuralt, el instituto de Webster Groves lo dirigía una minúscula élite de «mandarines» que volvían la vida gris y marginada a la gran mayoría de estudiantes que no eran «capitanes de fútbol», «animadoras» o «reinas del baile». Las entrevistas con aquellos matones todopoderosos revelaron que los alumnos estaban obsesionados con diplomas, coches y dinero. La CBS emitía repetidamente imágenes de las casas más grandes de Webster Groves; no había ninguna toma de los varios miles de casas pequeñas y medianas. Sin otro motivo que lo grotesco de la escena, los cineastas incluyeron casi un minuto de rodaje de adultos con esmoquin y trajes de fiesta bailando rock-and-roll en un club social. Con tono desengañado, como para sugerir lo opresiva que era la ciudad, Kuralt informaba de que el número de pendencieros y bebedores en el instituto era «muy bajo», y aunque admitía que «un veinte por ciento minoritario» de chicos de dieciséis años concedían una gran importancia a la inteligencia, se

apresuraba a inyectar una nota de augurio orwelliano: «Este tipo de ideas puede poner en peligro tu posición social en el instituto de Webster».

La película no reflejaba fielmente el centro escolar como era a mediados de los sesenta. Mi hermano Tom, aunque no era uno de los 688 epónimos de dieciséis años (nació un año más tarde), recuerda poco de su paso por el instituto, aparte de acumular grados y navegar en aguas estancadas con todos los que no eran «mandarines»; su pasatiempo principal era circular a toda pastilla con amigos que tenían coche. El documental también se equivocaba sobre el conservadurismo predominante en la ciudad: Barry Goldwater había ganado en Webster Groves en 1964.

El problema con *16* era de tono. Cuando Kuralt, con una mueca desesperada, preguntó a un grupo de padres de Webster Groves si una marcha en pro de los derechos civiles «insuflaría quizá un poco de vida en el ambiente de aquí», los padres se apartaron de él como si fuera un demente; y los cineastas, incapaces de entender que podían ser gente maja y no querer que su hijo de dieciséis años desfilase en una marcha por los derechos civiles, describieron Webster Groves como una pesadilla de control de las mentes y capitalismo sin alma. «Creíamos que los jóvenes sueñan con aventuras —decía la voz en off de Kuralt—. Pero tres cuartas partes de estos adolescentes han enumerado como su meta principal en la vida un empleo bien pagado, dinero y éxito. Y habíamos pensado que a los dieciséis años estás ansioso y descontento. Pero el noventa por ciento dice que les gusta Webster Groves. Casi la mitad dijo que no les importaría quedarse ahí *durante el resto de su vida*». Kuralt puso un acento agorero en este hecho definitivo. La explicación más obvia al respecto —que la CBS había topado con una comunidad insólitamente agradable— no debió de pasársele por la cabeza.

La difusión del documental, el 25 de febrero de 1966, provocó tantas cartas y llamadas telefónicas furiosas de Webster Groves que la cadena realizó una continuación extraordinaria, de una hora de duración, *Webster Groves Revisited*, y la emitió dos meses después. Aquí Kuralt estuvo lo más cerca que pudo de pedir disculpas sin emplear la palabra «perdonen». Presentaba imágenes conciliatorias de mandarines viendo el documental de febrero y llevándose las manos a la cabeza por las pedanterías que decían delante de la cámara; reconoció que niños que crecían en entornos protegidos podrían, con todo, ser aventureros de adultos.

El valor central en Webster Groves, el valor cuya ausencia encolerizó a sus habitantes, fue una especie de bonhomía apolítica. Puede que la gran mayoría de miembros de la Primera Iglesia Congregacionista fuera republicana, pero sistemáticamente contrataba a pastores progresistas. El ministro de la iglesia en el decenio de 1920 había informado a la feligresía de que su trabajo era «clínico», no personal. («El ministro eficiente es un psicoanalista —dijo—. Si esta idea os choca, permitidme que os diga que Jesús fue el psicoanalista maestro de su época. ¿Hay algo mejor para un ministro que seguirle?»). En los años 1930, el pastor principal era un

socialista ferviente que llevaba una boina y fumaba cigarrillos mientras iba y venía de la iglesia en una bicicleta. Su sucesor fue un veterano combatiente del ejército, Ervine Inglis, que predicó el pacifismo a lo largo de la segunda guerra mundial.

Bob Roessel, hijo de un abogado republicano local, se crió yendo a la iglesia regentada por su pastor socialista y pasaba los veranos con un tío en Nuevo México que administraba en el estado el Proyecto Federal de Escritores para la Administración de Proyectos de Obras. Viajando por el suroeste, Roessel se enamoró de la cultura navajo y decidió hacerse misionero, una ambición que sobrevivió hasta que fue al seminario y conoció a los misioneros reales en activo, que hablaban de sacar a los salvajes de la oscuridad y llevarlos a la luz. Roessel fue a preguntar a Ervine Inglis, que tenía tendencias unitarias (por ejemplo, no creía en la eficacia de la oración), si una persona podía ser cristiana y navajo. Inglis le dijo que sí. Roessel abandonó el seminario, se casó con la hija de un curandero navajo y dedicó su vida a servir a su pueblo adoptivo. En sus visitas a Webster Groves para ver a su madre, montaba una mesa en la Primera Congregacionalista y vendía mantas y joyas de plata para recaudar dinero para la tribu. Daba sonadas conferencias sobre la grandeza de los navajos y decía a los feligreses que su mundo del medio oeste, sus céspedes sombreados y buenas escuelas y empleos de cuadros medios en Monsanto serían *el cielo* para su otro pueblo. «Los navajos —decía— no tienen nada. Viven en el desierto sin nada. Pero tienen algo que vosotros no tenéis: los navajos creen en Dios».

En el otoño de 1967, el nuevo ministro auxiliar, Duane Estes, congregó a dieciséis adolescentes y a un seminarista y les hizo una propuesta: ¿qué les parecería formar un grupo que recaudase dinero para ir a Arizona a ayudar a los navajos en las vacaciones de primavera? En la ciudad de Rough Rock, Bob Roessel estaba fundando una «escuela piloto», la primera india en el país, en la que la Oficina de Asuntos Indios cedió el control a una junta escolar india, y necesitaba voluntarios para trabajar en la comunidad. El grupo superior de veteranos de la Primera Congregacionalista, el Compañerismo Peregrino, había conocido últimamente tiempos difíciles (puede que esto tuviera que ver con el sombrero negro de Peregrinos que se esperaba que sus miembros llevaran en sus reuniones). Estes, un excapellán y entrenador de fútbol de secundaria, se deshizo de la palabra «peregrino» (incluidos los sombreros) y propuso otro tipo de peregrinación, una de entrenador de fútbol: ¡Salgamos al mundo a zurrar a alguien! Había previsto que un par de rancheras bastarían para el viaje a Arizona, pero cuando el grupo partió hacia Rough Rock, un día después del asesinato de Martin Luther King, viajaba en un autobús alquilado.

El seminarista solitario, Bob Mutton, iba en él con los pulcros niños de los barrios residenciales, luciendo grandes patillas y con su ceño de forastero. Mutton se había criado en una ciudad obrera a las afueras de Buffalo. Había sido un mal chico en el instituto, un perseguidor de faldas en el descomunal Buick descapotable del 49 que él y su padre, maquinista, habían reparado. Sucedió que una chica a la que él perseguía especialmente pertenecía a un grupo eclesial del lugar y el jefe del grupo se interesó

por él y le instó a que presentara una solicitud para la universidad. Acabó en la de Elmhurst, una facultad asociada a una iglesia a las afueras de Chicago. Durante un par de años mantuvo su conducta antisocial; se juntó con los golfos y le gustaban. Después, en el cuarto año de inmersión en Elmhurst, anunció a sus padres que iba a casarse con una condiscípula, una chica de familia proletaria de Chicago, e ingresar en el seminario. A su padre no le agradó la idea del seminario —¿no podía uno ser cristiano y no obstante estudiar Derecho?—, pero Mutton pensó que tenía vocación y entró en el Edén Theological Seminary en el otoño de 1966.

Era una época en que las escuelas como Edén atraían a estudiantes que codiciaban la clasificación de reclutamiento militar IV-D, que se daba a los seminaristas. Mutton y sus amigos de primer curso organizaban fiestas tumultuosas en el dormitorio y se reían a la cara de los piadosos alumnos de cursos superiores, que se quejaban del ruido. Sin embargo, cuanto más tiempo estuvieron Mutton y su mujer en Webster Groves, menos vida social tuvieron. Webster Groves no era una ciudad de sangre azul, sino que estaba llena de una clase media alta en ascenso, y los Mutton rara vez conocían a parejas con las que estuviesen a gusto. Mutton comía con el tenedor en el puño, como si fuera una pala. Conducía un coche que consumía casi tanto aceite como gasolina. Pagaba sus matrículas universitarias colocando tejas. A la hora de elegir su trabajo de campo, en su segundo año en Edén, fue una de las dos únicas personas que se alistaron para ministros de la juventud. Había advertido la existencia de una enorme población sumergida de adolescentes extraviados, algunos buenos estudiantes, algunos matones, otros simples inadaptados, todos ellos desnutridos por los valores de sus padres y, a diferencia de la CSB, los había considerado llenos de ansia y descontento. Había sido un chaval como ellos. Lo seguía siendo, en el fondo.

En iglesias del tamaño de la Primera Congregacionalista, los grupos de estudiantes de los últimos cursos de instituto solían tener treinta o cuarenta miembros, el número que Compañerismo había atraído en su primer año. En junio de 1970, cuando la Primera contrató a Mutton en sustitución de Duane Estes, el número de miembros había ascendido a ochenta, y en los dos primeros años de ministerio de Mutton, en el apogeo histórico del desencanto norteamericano con la autoridad institucional, volvió a duplicarse. Todos los días laborables, después de clase, los veteranos de la iglesia tenían que abrirse camino entre pies adolescentes calzados con sandalias, playeras y botas de trabajo. Había un puñado de chicas idólatras que prácticamente vivían en el despacho de Mutton, disputándose el espacio en su sofá andrajoso, debajo del póster psicodélico de Cristo. Entre aquel despacho y la sala de reuniones, docenas de alumnos con blusones bordados y camisas vaqueras tocaban a la guitarra compases enfrentados mientras el humo blanco de los cigarrillos llenaba las botellas de refrescos, por cuyo cuello largo se empeñaban en tirar colillas, a pesar de las protestas de la empresa de máquinas expendedoras.

—Le diré al ministro de jóvenes que les diga que no vuelvan a hacerlo —repetía a la empresa, con infinita paciencia, el secretario de la iglesia.

Chicos de otras iglesias se sumaron al grupo para la romántica aventura de Arizona, los maratones de veinticuatro horas de conciertos en directo en que se convirtieron enseguida los viajes en autocar de ida y vuelta, y el público de gente atractiva que acudía a los conciertos acústicos y eléctricos que los músicos de Compañerismo celebraban en la iglesia los viernes por la noche. El gancho principal, de todos modos, era el propio Mutton. Como decía la canción que por entonces sonaba a todas horas, «para cantar blues, tienes que haberlas pasado moradas», y el origen obrero de Mutton y su alergia virulenta a la beatería le erigieron en un dechado de autenticidad para los chicos acicalados de Webster Groves. Trabajar con adolescentes exigía una gran cantidad de tiempo, pero Mutton, que carecía de vida social, lo tenía. Con su hervor a fuego lento, sus pavoneos y sus juramentos, encarnaba la alienación adolescente que nadie por encima de los veinte parecía entender en Webster Groves.

En la cancha de baloncesto, Mutton era un demente de ojos centelleantes y camiseta empapada. Robaba la pelota a los jugadores débiles con la misma velocidad devastadora con que se la birlaba a los fuertes; si no tenías los pies bien plantados cuando tiraba a canasta, te derribaba al suelo y te pasaba por encima. Si eras un navajo anciano y veías llegar a tu tierra a un autocar cargado de chicos con guitarras y pinceles, y si abordabas a Mutton y le preguntabas a qué venía aquel grupo, te daba la única respuesta correcta: «Hemos venido ante todo por nosotros mismos». Si eras miembro de Compañerismo y por casualidad viajabas en el coche de Mutton cuando él se detenía a comprar lo necesario para la comunión, se volvía hacia ti como un igual y te pedía ayuda: «¿Qué clase de vino debería buscar?». Hablaba igual del sexo. Te preguntaba qué opinabas de la idea europea de que las norteamericanas eran pasivas en la cama, y si sabías el chiste del francés que encontraba a una mujer tumbada en la playa y empezaba a hacer el amor con ella, y sus amigos le notificaban que estaba muerta («Ah, perdón, creí que era norteamericana»). Parecía dispuesto a dejarse guiar por tu criterio cuando te preguntaba qué te parecían los milagros del Nuevo Testamento, como el de los panes y los peces. ¿Qué creías que sucedió allí en realidad? Y quizá tú aventurabas que algunas de las cinco mil personas que acudieron a escuchar a Jesús llevaban provisiones escondidas en las túnicas, y que el mensaje de fraternidad de Jesucristo les indujo a compartir la comida acumulada en privado, y la dádiva engendró dádiva, y así fue como se alimentó aquella multitud. «Entonces, ¿una especie de milagro del socialismo? —dijo Mutton—. Para mí ya sería un milagro suficiente».

«¡Padres que se quejan porque sus hijos, alumnos del instituto, pasan un tiempo excesivo en la iglesia!», clamaba el *St. Louis Globe-Democrat* en un artículo a toda página sobre Compañerismo, en noviembre de 1972. «¡Padres que para castigar a su hijo le prohíben ir a la iglesia!». Algunos padres, tanto dentro como fuera de la Primera Iglesia Congregacionista, pensaban que Compañerismo podría ser incluso una secta. Si le veías con poca luz, a Mutton podías confundirle con Charles Manson,



y era inquietante la expectación con que los chicos aguardaban las noches de domingo, reservando su ropa favorita, la más gastada, para la reunión, y les daba un síncope si se perdían una sola. Pero la mayoría de los padres admitía que, dado el estado de las relaciones entre generaciones a principios de los setenta, las cosas podrían haber sido mucho peores. Mutton gozaba de la confianza del ministro principal de la Iglesia, Paul Davis, y el apoyo crucial de varios destacados dirigentes eclesiales que habían hecho los primeros viajes a Arizona y al volver se hicieron adeptos de Compañerismo. Unos cuantos miembros conservadores se quejaron a Davis del estilo de Mutton, de los puros que fumaba y las obscenidades que soltaba, y Davis escuchó las quejas con una comprensión activa, asintiendo, haciendo muecas amistosas y repitiendo, con su voz increíblemente relajante, que entendía su inquietud y les estaba realmente agradecido de que se hubieran tomado la molestia de expresársela. Después cerró su despacho y no tomó ninguna medida al respecto.

Mutton era como un cebo para lubinas arrojado a un estanque donde nadie había pescado en treinta años. No bien se hubo hecho cargo de Compañerismo, se vio asediado por chicos con problemas que no toleraban a sus padres pero aún necesitaban un adulto en sus vidas. Los chicos iban a verle y le decían lo que nunca habían dicho a nadie, que sus padres se emborrachaban y les pegaban. Le contaban sueños para que los interpretara. Hacían cola delante de la puerta de su despacho, a la espera de entrevistas individuales, y sufrían por no ser la única persona afortunada a solas con él detrás de la puerta cerrada, y pensaban que ni siquiera la alegría de entrar por fin en su despacho compensaba el dolor de la espera. Todo quisqui estaba tomando drogas. Los chicos aguaban los licores de casa y tomaban ácido en los baños del instituto, fumaban peladuras de plátano especialmente adulteradas, se tragaban antihistamínicos de los padres y nitroglicerina de los abuelos, consumían nuez moscada en cantidades eméticas, llenaban de cerveza cartones de leche vacíos y la bebían en público, exhalaban humo de maría en extractores de cocina o en el material aislante del techo del sótano, y luego se dirigían a la iglesia. Tres chicos de buena familia fueron sorprendidos fumando marihuana en el propio santuario de la Primera Congregacionista. Mutton se pasó horas sentado tratando de entender las palabras de un miembro fundador de Compañerismo dado de alta hacía poco del psiquiátrico adonde le había conducido una empanada mental de ácido lisérgico. Cuando una chica de Compañerismo informó a Mutton de que se había emborrachado en una fiesta y tenido relaciones sexuales, uno detrás de otro, con tres chicos del mismo grupo, Mutton reunió a los cuatro en su despacho e, imponiendo una especie de prerrogativa patriarcal, hizo que cada chico se disculpara. Otra chica cuyos padres habían encontrado anticonceptivos en su dormitorio se negó a hablar con ellos, a menos que llamaran a Mutton para que actuara como mediador. Era en parte un padrino y en parte un aprendiz de brujo implicado en la vida de cada vez más familias.

En septiembre de 1973, un mes antes del retiro del noveno curso en Shannondale,

un chico con talento de diecisiete años, llamado MacDonald, fue a la oficina de Mutton y le dijo que su vida ya no tenía alicientes. MacDonald era el hermano mayor de la chica a la que tanto había decepcionado que yo hiciera trampas con las cartas. MacDonald estaba a punto de empezar la universidad y Mutton no siguió su pista después de la conversación que mantuvieron; y pocas semanas más tarde MacDonald se ahorcó. Mutton se quedó destrozado. A los veintinueve años se sintió aplastado y deficiente. Decidió que necesitaba una formación de terapeuta y un feligrés de la Congregacionista tuvo la bondad de prestarle cinco mil dólares para que estudiara con un prominente loquero cristiano del lugar.

Tardé años —decenios— en llegar a saber estas cosas. Llegué tarde a Compañerismo del mismo modo que llegué tarde a mi familia. Cuando se confeccionaban listas de cosas que hay que saber, siempre me dejaban al margen. Era como si fuera por la vida con un letrero que decía: MANTENEDLO EN LA OSCURIDAD.

Cuando mi amigo Weidman y yo estábamos hablando de cómo se masturbaba una chica, me pareció que yo me manejaba bastante bien en mi lado de la conversación, pero debí de decir algo incorrecto, porque Weidman me preguntó, con el tono de un profesor amigable: «Sabes lo que es la masturbación, ¿verdad?». Contesté que sí, claro, era lo de sangrar y el período y todo eso. En clase de lenguaje, no preví los castigos sociales que alguien podría pagar por llevar al aula a sus peluches Cangu y Ro para ilustrar su exposición oral sobre la fauna y la flora australianas. En cuanto a las drogas, no pude evitar fijarme en que muchos chicos del colegio se colocaban para sentirse reconfortados en clase. La hierba estudiantil de Missouri en 1973 era una sustancia débil y cutre, y los usuarios tenían que dar tantas caladas que entraban apestando a humo, igual que apestaba la sala de ciencias una vez al año, después de la destilación de la madera. Pero a los catorce años yo no estaba muy al loro. Ni siquiera sabía cómo se llamaba la cosa que fumaban los chicos. La palabra «hierba», entre comillas, me sonaba a madres y profesores fingiéndose más enrollados de lo que eran, lo cual era una descripción ingratamente próxima de mi persona. Estaba decidido a decir «droga» porque era así como la llamaba mi amigo Manley, pero también este término perdía su onda en mi lengua; no estaba absolutamente seguro de que los mariguaneros de verdad llamasen «droga» a la maría, y la larga «o» se arrugaba en mi boca como una uva y la palabra salía sonando como a «doga».

Así que si hubiera sido yo el que cruzó el aparcamiento de Shannondale la noche del sábado y olió a cáñamo quemado, habría mantenido la boca cerrada. El fin de semana estaba resultando menos desastroso de lo que me había temido. Los dos ladrones de cenas se habían esfumado hasta el punto de que se saltaron actividades obligatorias, y yo me había vuelto tan osado que logré que mis viejos amigos de la escuela dominical montaran conmigo un partido de «cuatro esquinas» con una pelota de baloncesto. (En el colegio, el año anterior, Manley y yo habíamos organizado una

reactivación semiirónica de las cuatro esquinas a la hora del almuerzo, replanteando el juego como una mezcla de velocidad e inglés, y aunque Manley era un atleta demasiado bueno para que se burlaran de él, mi risueña defensa de un juego que practicaban las párvulas fue probablemente uno de los motivos por los que a Lunte, mi compañero de laboratorio, le habían preguntado si yo era un marica despreciable y le habían zurrado cuando dijo que no). Yo estaba sentado al sol de Ozark con mi bonita y poética amiga Hoener, hablando de Gregor Mendel y de E. E. Cummings. Más tarde, esa misma noche, había jugado a cartas con una consejera de la que me había prendado, una chica de instituto llamada Kortenhof, mientras algún otro cruzaba el aparcamiento y olía el humo.

A la mañana siguiente, cuando nos reunimos en el centro comunitario para lo que hubiera sido un oficio dominical breve, con música y sin Jesús, todos los consejeros se presentaron juntos, formando una falange de caras adustas. Mutton, que palidecía cuando estaba enfadado, tenía los labios prácticamente azules.

—Anoche —dijo con una voz terrosa— alguien infringió las normas. Alguien consumió drogas. Y ellos saben quiénes fueron y tienen cosas que decimos. Si está aquí alguno de ellos, o si alguien sabe algo y no ha dicho nada, quiero que se levante ahora y que nos cuente lo que ocurrió.

Mutton dio un paso atrás, como un presentador teatral, y seis infractores se levantaron. Dos eran chicas, Hellman y Yanczer, con la cara hincada y sucia de lágrimas; otro era un chico ajeno a Compañerismo que se llamaba Magner; y estaban los dos ladrones, el rubio y el matasiete, Fumanchú, y una chica maliciosa, con la ropa ceñida, que parecía liada con ellos. Los ladrones se mostraban a la vez compungidos y desafiantes. Farfullaron cosas.

—¿Qué? No te he oído —dijo Mutton.

—He dicho que me coloqué en el aparcamiento e infringí las normas —escupió Fumanchú.

Una grieta física se había abierto entre todos nosotros y los delincuentes, que estaban en fila contra una pared del centro, algunos con una mirada agresiva, otros llorando y todos con los pulgares enganchados en los bolsillos de los vaqueros. Me sentí como un niño pequeño que se había pasado el fin de semana haciendo tonterías inocentes (¡las cuatro esquinas!), mientras que en otro lugar se desarrollaba un rollo serio de adultos.

La más afectada era Hellman. Ya en circunstancias normales, tenía los ojos relucientes y un poco saltones, como por efecto de una presión contenida, y ahora le brillaba toda la cara.

—¡Lo siento muchísimo! —le lloriqueaba a Mutton. Lágrimas a presión le brotaron de los ojos, y volvió la cara hacia nosotros—. ¡Lo siento muchísimo!

Yanczer era una chica menuda y de cara redonda que tenía tendencia a hablar por encima del hombro cuando se separaba de ti, como si reconsiderase provisionalmente su decisión de marcharse. Ahora tenía los hombros contra la pared.

—Yo también lo lamento —dijo, mirándonos de soslayo—. Aunque al mismo tiempo pensé que, bueno, no era nada del otro mundo.

—Lo que es especial aquí es que somos una comunidad —dijo Mutton—. Nos permiten jugar limpio porque los padres confían en nosotros. Cuando la gente infringe las normas y socava esa confianza, perjudica a todos los miembros de la comunidad. Es posible que esto haya supuesto el final de este grupo. Este fin de semana.

Los ladrones intercambiaban sonrisas.

—¿Por qué sonreís? —rugió Mutton—. ¿Os parece gracioso?

—No —dijo el rubio, agitando sus mechones casi blancos—. Pero me parece un poco exagerado.

—Nadie os obliga a estar en esta habitación. Podéis salir por la puerta cuando se os antoje. De hecho, ¿por qué no os vais? Los dos. Esa sonrisita no se os ha borrado en todo el fin de semana. Estoy harto.

Los ladrones se consultaron con la mirada y se dirigieron hacia la puerta, seguidos por la chica maliciosa. Se quedaron Hellman, Yanczer y Magner. La cuestión era si se les expulsaba también a ellos tres.

—Si es vuestra forma de tratar al grupo —dijo Mutton—, si es el nivel de confianza que hay aquí, ¿por qué vamos a querer veros la semana que viene? Necesitamos saber por qué pensáis que se os debería permitir formar parte de este grupo.

Hellman nos recorrió con la mirada, con los ojos como platos, suplicante.

Dijo que no podíamos expulsarla. ¡Amaba Compañerismo! ¡Prácticamente le habíamos salvado la vida! El grupo le importaba más que *nada* en el mundo.

Un duendecillo con un peto descolorido replicó:

—Si te importa tanto el grupo, ¿por qué has traído a esos colgados y nos has metido en líos?

—Quería que conocieran Compañerismo —dijo Hellman, retorciéndose las manos—. ¡Pensé que sería bueno para ellos! ¡Lo siento!

—Oye, no puedes controlar lo que hacen tus amigos —dijo Mutton—. Sólo eres responsable de ti misma.

—Pero también yo la he jodido —gimió Hellman.

—Sí, y te haces responsable de tus actos.

—*Pero ¡la ha jodido!* —precisó el duendecillo del peto—. ¿Cómo se hace responsable?

—Levantándose aquí delante de vosotros —respondió Mutton—. No es nada fácil hacerlo. Hacen falta agallas. Al margen de la decisión que toméis, quiero que todos penséis en las agallas que están demostrando estos chicos, sólo con quedarse en esta habitación.

Siguió una hora espantosa en la que, uno por uno, hablamos a los tres bellacos y les dijimos lo que pensábamos. Las chicas se frotaban cenizas en los vaqueros y

toqueteaban sus paquetes de Winston. A los chicos les arrancaba sollozos pensar que el grupo se estaba disolviendo. Fuera, sobre el suelo crujiente de grava, estaban los padres que habían venido en coche a llevar a sus hijos a casa, pero Compañerismo tenía por norma abordar una crisis sin demora y allí seguíamos sentados. Hellman, Yanczer y Magner se disculparon por turnos y nos espetaron: ¿No íbamos a perdonarles? ¿Nosotros no habíamos infringido nunca las normas?

Toda aquella escena me dejó confuso. La confesión de Hellman me grabó en la memoria la impresión de que era una fumeta aterradora y marginal, el tipo de persona marginada que me daba miedo y que yo desdeñaba en clase, y sin embargo actuaba como si fuera a morir si la expulsaban del grupo. A mí también me gustaba Compañerismo, o por lo menos me había gustado hasta aquella mañana; pero desde luego no me veía muriendo si me faltaba. Hellman parecía estar viviendo una experiencia más crucial y auténtica que los miembros obedientes a los que ella había traicionado. ¡Y Mutton hablando de lo valiente que era! Cuando me llegó el turno, dije que temía que mis padres no me dejaran volver a Compañerismo porque eran totalmente opuestos a las drogas, pero que yo no pensaba que hubiera que expulsar a nadie.

Era más de mediodía cuando salimos del centro comunitario, parpadeando ante la luz intensa. Junto a las mesas de picnic, los ladrones expulsados se lanzaban un balón de fútbol y se reían. Habíamos decidido dar una segunda oportunidad a Hellman, Yanczer y Magner, pero Mutton dijo que lo realmente importante era contar a nuestros padres lo ocurrido en cuanto llegáramos a casa.

Cada uno de nosotros tenía que asumir una responsabilidad plena por el grupo.

Es probable que esto fuera muy difícil para Hellman, que amaba Compañerismo tanto más cuanto más la maltrataba su padre, y también para Yanczer. Cuando se enteró la madre de ésta, amenazó con llamar a la policía si Yanczer no iba a ver al director del instituto y se chivaba del amigo que le había agenciado las drogas; el amigo era Magner. Fue un fin de semana de escenas truculentas, pero los tres infractores se las arreglaron para volver a Compañerismo el domingo siguiente.

Sólo yo tenía aún un problema. El problema eran mis padres. De las muchas cosas que me daban miedo en aquella época —las arañas, el insomnio, los anzuelos de pesca, los bailes de estudiantes, el béisbol, las alturas, las abejas, los urinarios, la pubertad, los profesores de música, los perros, la cafetería del instituto, la censura, los chicos más mayores, las medusas, los vestuarios, los bumeráns, las chicas populares, el puenting—, lo que más me asustaba eran mis padres. Mi padre casi nunca me había dado una azotaina, pero cuando me la dio su cólera había sido jupiterina. Mi madre poseía unas garras que cuando yo tenía tres o cuatro años y unos niños del vecindario me untaron el pelo de vaselina para que me pareciese a una especie de Baby Greaser, me atacó repetidas veces el cuero cabelludo entre chorros de agua hirviendo. Sus opiniones eran todavía más afiladas que sus zarpas. No tenías ganas de andar jugando con ella. Por ejemplo, nunca me habría atrevido a aprovechar que ella estaba en el

extranjero para violar las reglas y llevar vaqueros a clase, porque ¿y si se enteraba?

Si hubiera podido hablar con mis padres enseguida, el ímpetu del retiro me habría impulsado. Pero ellos seguían en Europa, y yo estaba cada día más convencido de que me prohibirían ir a Compañerismo —no sólo esto, sino que me gritarían, y no sólo esto, sino que me obligarían a odiar al grupo—, hasta caer en un estado de pavor absoluto, como si hubiera sido yo el infractor de las normas. Poco después, tenía un miedo cerval a confesar el delito colectivo del grupo.

En París, mi madre se arregló el pelo en Elizabeth Arden y habló con la viuda de Pie Traynor, el tercera base del Hall of Fame. En Madrid comió cochinito en Casa Botín entre una muchedumbre de norteamericanos cuya fealdad la deprimió, pero se sintió mejor cuando topó con el matrimonio que era propietario de la ferretería de Webster Groves, que también estaban de vacaciones. El 28 de octubre lo pasó con mi padre en un compartimiento de primera clase del tren a Lisboa, y anotó en su diario de viaje: *Bonito 29 aniversario: juntos los dos todo el día*. En Lisboa recibió una carta por correo aéreo en la que yo no decía una palabra del retiro de Compañerismo.

Mi hermano Bob y yo fuimos a recibirlos al aeropuerto de St. Louis la víspera del día de Todos los Santos. Al bajar del avión, mis padres tenían un aspecto asombrosamente sano, cosmopolita y adorable. Yo no podía parar de sonreír. En teoría iba a ser la noche de mi confesión, pero no parecía en principio muy elegante implicar a Bob en el asunto, y hasta que hubo vuelto a su apartamento en la ciudad no comprendí que sería mucho más difícil encarar a mis padres sin él. Como Bob solía venir a cenar la noche del domingo, y como para el domingo sólo faltaban cuatro días, decidí postergar mi revelación hasta que él volviera. ¿No la había ya pospuesto dos semanas?

La mañana del domingo, mi madre mencionó que Bob tenía otros planes y que no vendría a cenar.

Pensé en no decir nunca nada. Pero no veía cómo volver al grupo y afrontarlo. La angustia en Shannondale había generado el misterioso efecto de sentirme más íntimamente comprometido con Compañerismo, en vez de menos, como si a todos ahora nos uniera la vergüenza, al igual que unos desconocidos que han dormido juntos al despertar quizá se compadecieran de la turbación del otro y se enamorasen por esta causa. Descubrí sorprendido que yo también, como Hellman, amaba al grupo.

Aquella noche, en la cena, sentado entre mis padres, no probé bocado.

—¿No te encuentras bien? —preguntó por fin mi madre.

—Creo que debo contaros algo que ocurrió en Compañerismo —dije, sin levantar los ojos del plato—. En el retiro. Seis chicos allí... fuma un dogo.

—¿Qué hicieron?

—¿Doga? ¿Cómo?

—Fuma un marihuana —dije.

Mi madre frunció el ceño.

—¿Quiénes? ¿Amigos tuyos?

—No, casi todos eran nuevos.

—Oh, ajá.

Y a esto se redujo su reacción: a desinterés y aprobación. Yo estaba tan eufórico que no me pregunté por qué. Podía ser que mis hermanos hubiesen tenido un mal rollo de drogas en los años sesenta, un rollo comparado con el cual mis fechorías, perpetradas por terceros, les pareciesen ridículamente nimias a mis padres. Pero nadie me había dicho nada. Después de cenar, desbordante de alivio, fui flotando a Compañerismo y me enteré de que me habían dado el papel protagonista en la farsa en tres actos *Paparruchas*, que sería el gran negocio lucrativo del grupo en invierno. Hellman hacía el papel de una chica recatada que resulta ser una estranguladora: Magner interpretaba al malvado *swami* Omahandra y yo era Dick, el bisoño, mandón e inquieto estudiante universitario.

El hombre que instruyó a Mutton como terapeuta, George Benson, era el teórico oculto de Compañerismo. En su libro *Then Joy Breaks Through* (Seabury Press, 1972), Benson ridiculizaba la idea de que el renacimiento espiritual era «simplemente un bello milagro para las personas rectas». Insistía en que el «desarrollo personal» era el «único marco de referencia en que la fe cristiana tiene sentido en nuestro mundo moderno». Para sobrevivir en un mundo angustiado y escéptico, el cristianismo tenía que reivindicar el radicalismo del magisterio de Jesús, y el mensaje central de los Evangelios, en la lectura que Benson hizo de ellos, era la importancia de la sinceridad, la confrontación y la lucha. La relación de Jesús con Pedro, en especial, se parecía mucho a la relación psicoanalítica:

La sagacidad no basta. Las garantías de los demás no  
bastan.

La aceptación dentro de una relación continuada que  
rechaza

las palabras tranquilizadoras (que, de todos modos,  
suelen ser

falsas) y, por tanto, da al que sufre la conciencia de que  
tiene

que valorarse y aceptarse: esto produce el cambio.

Benson narraba cómo había tratado a una joven con síntomas graves de hippismo —abuso de drogas, promiscuidad, una desidia increíble en la higiene personal (en un momento dado, emergieron de su bolso unas cucarachas)— y comparó sus progresos con los de Pedro, que al principio ofreció resistencia a Jesús, luego le idealizó de un modo monstruoso, después sucumbió a la desesperación ante la perspectiva del final

y por último se salvó interiorizando la relación.

Mutton había acudido a Benson después de ser nombrado ministro adjunto. De pronto adquirió tanta influencia sobre los adolescentes a su cargo que tuvo miedo de la posibilidad de empezar a fingir, y Benson le dijo que hacía bien en temerlo. Le dijo que nombrase las cosas que estaba tentado de hacer, con objeto de que tuviera menos posibilidades de hacerlas. Era una especie de homeopatía psíquica, y Mutton trasladó el método a las supervisiones que hacía del liderazgo en Compañerismo, donde todas las semanas, a puerta cerrada, en la sala de la iglesia, él y los consejeros se turnaban para molestarse unos a otros, vacunarse contra las tentaciones de hacer un mal uso del poder y ventilar sus propios problemas con el fin de no endilgárselos a los chicos. Entre los consejeros empezaron a circular fotocopias de *Then Joy Breaks Through*. La «relación auténtica», ejemplificada por Jesucristo y Pedro, pasó a ser el grial del grupo: su alternativa a la complicidad pasiva de las comunidades que consumían drogas, y su rechazo a los tradicionales conceptos pastorales de «reconfortante» y «liberador».

En cuanto Mutton empezó a estudiar con Benson, a raíz del suicidio de MacDonald, el espíritu de Compañerismo empezó a cambiar. Parte del cambio era cultural, el eclipse de un momento hippy; parte era el propio desarrollo de Mutton, su necesidad cada vez menor de compinches de diecisiete años, su trato cada vez mayor con clientes externos. Pero después del descalabro de Shannondale no hubo más sistemáticas infracciones de normas y Compañerismo se volvió menos un espectáculo de un solo hombre, menos un suceso improvisado, que una máquina bien engrasada. Para cuando empecé décimo grado, el grupo del instituto pagaba un sueldo mensual a media docena de jóvenes consejeros. Con su presencia me resultaba más fácil esquivar a Mutton, cuya costumbre de llamarme «¡Franzone!» (rimaba con «trombón») me confirmaba de algún modo que la nuestra no era una verdadera relación. Antes habría confiado mis problemas a mis padres que ir a contárselos a Mutton.

Los consejeros, por otro lado, eran como hermanos y hermanas mayores. Mi favorito era Bill Symes, que había sido miembro fundador de Compañerismo en 1967. Ahora tenía poco más de veinte años y estudiaba religión en la Webster University. Tenía unos hombros como una yunta de bueyes, una coleta tan gruesa como la cola de un caballo y unos pies que necesitaban la talla más grande de Earth Shoes<sup>[6]</sup>. Era un buen músico, un rasgueador apasionado de las cuerdas de acero de una guitarra acústica. Le gustaba entrar en un Burger King y pedir en voz alta dos hamburguesas gigantes sin carne. Si estaba perdiendo en una partida de cartas, se cogía una de la mano, decía a los demás jugadores: «¡Jugad este palo!», y después lamía la carta y se la pegaba en la frente con el anverso hacia fuera. En los debates le gustaba invadir el espacio de los demás y gritarles. Decía: «¡Más vale que resuelvas eso!». Decía: «¡A mí me parece que *tienes* un problema del que *no* estás hablando!». Decía: «¿Sabes qué? ¡Creo que no te crees una sola *palabra* de lo que acabas de



decirme!». Decía: «¡Toda resistencia encontrará una respuesta *agresiva!*». Si titubeabas cuando venía a abrazarte, retrocedía, abría los brazos de par en par y te miraba con los ojos desorbitados y las cejas arqueadas, como diciendo: «¿Eh? ¿Vas a abrazarme o qué?». Si no estaba tocando la guitarra estaba leyendo a Jung, y si no leía a Jung estaba observando pájaros, y si no observaba pájaros practicaba el taichi, y si le abordabas durante los ejercicios y le preguntabas cómo se defendería si intentabas atracarle con una pistola, te enseñaba con un etéreo movimiento oriental a extraer una cartera de un bolsillo trasero y a entregarla. Cuando escuchaba la radio en su Volkswagen Escarabajo, de repente podía gritar: «Quiero oír... ¡*La Grange*, de los ZZ Top!», y daba una palmada en el salpicadero. Entonces la radio emitía *La Grange*.

Un fin de semana de 1975, Mutton, Symes y los otros consejeros asistieron a un retiro pastoral patrocinado por la Iglesia de Cristo Unida. Los de Compañerismo irrumpieron como apaches en pie de guerra, con el propósito de escandalizar y educar a los monitores y liberadores anticuados. Realizaron una falsa supervisión, sentados en un carro apretado, mientras unos setenta u ochenta ministros les observaban sentados alrededor. Dentro de aquella pecera, Mutton se volvió hacia Symes y le preguntó:

—¿Cuándo te vas a cortar el pelo?

Symes sabía de antemano que él iba a ser el «voluntario». Pero su coleta era muy importante para él, y el tema era explosivo.

Mutton le preguntó de nuevo:

—¿Cuándo te vas a cortar el pelo?

—¿Por qué tengo que cortármelo?

—¿Cuándo vas a desarrollarte y ser un líder?

Mientras los otros consejeros mantenían la cabeza gacha y el clero de más edad observaba la escena, Mutton empezó a machacar a Symes.

—Tienes un compromiso con la justicia social y el desarrollo personal —dijo—. Son tus valores.

Symes puso cara de idiota.

—Jo. Y también los tuyos.

—Bueno, ¿y quién es el que más necesita oír tu voz? ¿Los que son parecidos a ti o los que no lo son?

—Los dos. Todo el mundo.

—¿Y si tu apego a tu estilo se está convirtiendo en un obstáculo para hacer lo que para ti es más importante? ¿Qué problema hay en cortarte el pelo?

—¡No quiero cortármelo! —exclamó Symes, con la voz entrecortada.

—Eso es *una chorrada* —dijo Mutton—. ¿Dónde quieres librar tus batallas? ¿Quieres luchar por tu camiseta desteñida y tus pantalones de vestir? ¿O quieres luchar por los derechos civiles? ¿Por los derechos de los trabajadores inmigrantes? ¿Por los de las mujeres? ¿Compadecerte por los que han sido privados del derecho a voto? Si estas batallas son las que te importan, ¿cuándo vas a desarrollarte y a

cortarte el pelo?

—No lo sé...

—¿Cuándo vas a desarrollarte y aceptar tu autoridad?

—¡No lo sé, Bob! ¡No lo sé!

Mutton podría haberse hecho a sí mismo las mismas preguntas. Compañerismo llevaba casi una década reuniéndose en una iglesia cristiana, años enteros habían transcurrido sin que se viera una sola Biblia, «Cristo» era lo que uno decía cuando alguien te derramaba sopa en la espalda quemada por el sol, y George Benson, en la supervisión que le hizo a Mutton, quiso saber de qué iba la cosa. ¿Aquél era un grupo cristiano o no? ¿Estaba Mutton dispuesto a arriesgarse y confesar que creía en Dios y en Jesucristo? ¿Dispuesto a reclamar su ministerio? A Mutton le hacían preguntas parecidas algunos de los consejeros. Querían saber de dónde había sacado que la sinceridad y la confrontación fuesen los valores fundamentales del grupo. ¿Lo eran porque él lo decía? ¿Por qué él? ¿Quién era él? Si el grupo quería ser algo más que Mutton y la adoración que le rendía el grupo, ¿en qué autoridad debía basarse?

Para Mutton la respuesta era clara. Si prescindías de la divinidad de Cristo, te quedabas con el «Kumbaya»<sup>[7]</sup>. Te quedabas con el «Unamos las manos y seamos buenos con el prójimo». La autoridad de Jesús como maestro —y cualquier autoridad que Mutton y compañía tuvieran como seguidores de su doctrina— residía en que había tenido los huevos de decir: «Yo soy el cumplimiento de las profecías, soy el don de los judíos a la humanidad, soy el hijo del Hombre», y de dejar que le clavaran a una cruz para sostenerlo. Si no dabas ese paso mentalmente, si no te remitías a la Biblia ni celebrabas la comunión, ¿cómo podías llamarte cristiano?

La pregunta, que Mutton planteó en la supervisión, cabreó muchísimo a Symes. El grupo ya tenía sus ritos y sus liturgias, sus días santos, sus velas, sus canciones de Joni Mitchell, sus retiros y sus viajes de primavera. A Symes le asombraba que a Mutton, con sus estudios de Freud y Jung, no le repelieran el infantilismo y la regresión del ceremonial cristiano.

—¿Cómo podemos llamarnos cristianos? —repitió, mirando a Mutton con los ojos como platos—. Uy, pues... ¿qué tal *si tratamos de vivir como Cristo y seguimos sus enseñanzas*? ¿Para qué necesitamos beber la sangre y comer el cuerpo de alguien? Es algo increíblemente primitivo. Cuando yo quiero sentirme cercano a Dios, no leo las epístolas a los corintios. Salgo a trabajar con los pobres. Me entrego a relaciones de amor. Incluida mi relación *contigo*, Bob.

Era la posición clásica de la religión liberal, y Symes podía permitirse el lujo de adoptarla porque no necesitaba humillarse, no tenía que ser el Jesús de Compañerismo. Mutton era el hijo barbudo de un maquinista, predicaba radicalismo a los jóvenes y a los marginados, andaba con personajes de moralidad dudosa, atraía a una banda de discípulos fervientes, luchaba contra las tentaciones del ego y se había vuelto, a escala local, tremendamente popular. Pronto cumpliría treinta y dos años. No tardaría en marcharse y quería completar el viraje del grupo hacia la religión en

vez de centrarse en él mismo.

Como Symes se comportaba menos como un Pedro tratable que como un Jung desmandado, le tocó a otro seminarista, un antiguo chico malo pelirrojo que se llamaba Chip Jahn, levantarse al final de una reunión una noche de domingo de 1975 y hacer una confesión. Jahn tenía diecinueve años cuando Mutton le puso al mando de un campamento de trabajo en el talón del sureste de Missouri. Había pasado un mes con chicos sólo dos o tres años menores que él, se las había arreglado con un presupuesto para comida reducido a la mitad en el último minuto, había mendigado fanegas de maíz a granjeros locales e intentado cocinarlas en cazuelas, sazonadas con tiras de salchicha pirateadas a almuerzos escolares del suministro estatal. Desde entonces había decidido hacerse clérigo, pero aún conservaba los modales de un marino pendenciero y se apoyaba en las paredes con los brazos cruzados y las mangas remangadas hasta los bíceps; normalmente, cuando hablaba al grupo, le costaba mantener la cara seria, como si nunca hubiera dejado de divertirle el hecho de trabajar en una iglesia. Pero cuando se levantó para hacer su confesión estaba extrañamente serio.

—Quiero hablar de algo que es importante para mí —dijo. Sostenía en la mano un libro que se agitaba como un filete crudo. Cuando el grupo comprendió que era una Biblia, un incómodo silencio se instauró en la habitación. A mí no me habría sorprendido mucho más si hubiera tenido en la mano un número de *Penthouse*—. Esto es importante para mí —dijo Jahn.

Mi sueño como alumno de décimo era ser elegido para el consejo asesor, que era el colectivo de dieciséis chicos que decidían sobre las infracciones de las normas y ayudaban a dirigir a los alumnos mayores de Compañerismo. Dos veces al año, en lo que lisa y llanamente era un concurso de popularidad, el grupo elegía a ocho chicos para un año en el consejo, y yo creía tener alguna posibilidad de ser elegido en la primavera. De un modo algo misterioso —simplemente podía deberse a que mi cara se estaba haciendo conocida en la iglesia—, ya no me sentía como un muerto social en potencia. Intentó que me incluyeran en la obra del otoño, *Any Number Can Die*<sup>[8]</sup> y fui uno de los dos estudiantes que conseguimos un papel. Las noches de domingo, cuando el grupo grande se fragmentaba en diadas para determinados ejercicios, los miembros del consejo asesor cruzaban la sala brincando para emparejarse conmigo. Decían: «¡Franzen! ¡Quiero conocerte mejor, porque pareces una persona realmente interesante!». Decían: «¡Franzen, qué contento estoy de que estés en este grupo!». Decían: «¡Franzen! ¡Llevo semanas intentando que me pongan contigo en algo, pero, tío, eres superpopular!».

Se me subió a la cabeza que se fijaran en mí. En el último retiro del año me presenté candidato al consejo asesor. El grupo entero se reunió la noche del sábado, después de que los votos hubieran sido tabulados en secreto, y nos sentamos

alrededor de una sola vela. Uno por uno, los miembros del consejo asesor en funciones cogían otras velas, las encendían en la que había en el centro y se dirigían hacia los presentes para entregarlas a los recién elegidos. Era como ver fuegos artificiales; la gente exclamaba «¡Oooh!» cada vez que revelaban a un nuevo miembro. Con una sonrisa pegada en la cara, fingí que me alegraba por los ganadores. Pero cuando las velas se acercaban, pasaban por delante de mí y descendían —«¡Oooh!»— hacia otros afortunados, se imponía la evidencia dolorosa de que eran chicos más maduros y populares que yo. Los que obtenían las velas eran los que estaban repantigados por el suelo, abrazados en posturas medio reclinadas o al estilo tobogán, o los que estaban tumbados y apoyaban los pies con calcetines en espaldas y hombros próximos, y que hablaban como si estuvieran trabajando de veras sus relaciones. Eran los que, si había un chico nuevo con pinta de despistado una noche de domingo, salían corriendo para ser el primero en presentarse al recién llegado. Eran los que sabían mirar a un amigo a los ojos y decirle: «Te quiero»; los que podían venirse abajo y llorar delante de todo el grupo; los chicos a los que Mutton se aproximaba por detrás, rodeaba con los brazos y acariciaba como un león a un cachorro; los chicos a los que Mutton, para no favorecerlos, tendría que haberse parecido a Cristo. Podría haberme parecido extraño que un grupo que ofrecía refugio contra el sistema de camarillas del instituto, un grupo dedicado a atender a los marginados, celebrara con tantos aspavientos una ceremonia en la que precisamente los chicos más listos y seguros de sí mismos eran investidos líderes; pero aún quedaban dos velas por entregar y una de ellas venía hacia mí ahora, y aquella vela, en vez de pasar de largo, fue depositada en mis manos, y mientras me encaminaba hacia la cabecera de la sala para reunirme con el nuevo consejo y sonreír al Compañerismo que nos había elegido, lo único que pensé fue en lo feliz que era.

## UBICACIÓN CÉNTRICA

Kortenhof había oído hablar de un instituto donde unos bromistas habían ensartado un neumático de automóvil en la punta del asta de una bandera de nueve metros de altura, como un anillo en un dedo, y le parecía una hazaña admirable, elegante y hermosa que deberíamos imitar en nuestro instituto. Kortenhof era hijo de un abogado y poseía el estilo directo de un jurista y una perenne sonrisa de cocodrilo que le hacía ser un compañero divertido, aunque daba un poco de miedo. Todos los días, a la hora del almuerzo, nos llevaba fuera a contemplar el mástil y a escuchar sus últimas ideas sobre cómo adornarlo con neumáticos radiales con llanta de acero. (Dijo que a los administradores les costaría más retirar los radiales). Al final todos convinimos en que aquello era un emocionante desafío técnico que merecía una fuerte inversión de nuestro tiempo y nuestra energía.

El mástil, de doce metros de altura, se alzaba sobre una explanada de cemento cerca de la entrada principal del instituto, en Selma Avenue. Tenía una base demasiado gruesa para poder escalarlo, y una caída desde lo más alto podía ser mortal. Ninguno de nosotros tenía acceso a una escalera de más de seis metros. Hablamos de construir una especie de catapulta, qué espectacular sería una catapulta, pero unos neumáticos aerotransportados causarían sin duda graves daños si erraban el blanco, y los polis patrullaban por Selma con demasiada frecuencia como para arriesgarnos a que nos pillaran con maquinaria pesada, en el supuesto de que la construyéramos.

Pero el propio instituto podía servir de escalera. Quedaba sólo a unos dos metros por debajo de la bola en la punta del asta, y sabíamos cómo acceder al tejado. Mi amigo Davis y yo nos brindamos a construir un artefacto fabricado con cuerdas, una polea y una plancha larga, que transportaría un neumático desde el tejado al mástil y lo encajaría encima. Si el ingenio no funcionaba, intentaríamos lazar el mástil con una soga, subidos a una escalera de mano para ganar más altura, y deslizar un neumático por la soga. Si esto también fallaba, quedaba la posibilidad, con mucha suerte, de lanzarlo como si fuera un Frisbee y ensartarlo en el poste.

Una noche de viernes de marzo nos reunimos seis cerca del instituto: Kortenhof, Davis, Manley, Schroer, Peppel y yo. Davis llegó con una escalera encima de la ranchera Pinto de sus padres. Había habido un pequeño altercado en casa cuando su padre vio la escalera, pero Davis, que era más listo y menos bondadoso que su progenitor, le explicó que la escalera era de Manley.

—Sí, pero ¿qué vas a hacer con ella?

—Papá, la escalera es de Ben.

—Ya sé, pero ¿qué vas a hacer con ella?

—¡Te lo acabo de decir! ¡La escalera es de Ben!

—Christopher, te he oído la primera vez. Quiero saber qué vas a hacer con ella.

—¡Dios! ¡Papá! Esta *escalera* es de Ben. ¿Cuántas veces tengo que decírtelo? Es

*de Ben.*

Para llegar al tejado, trepabas por un canalón largo y sólido, cerca de las aulas de música, cruzabas un llano de alquitrán y grava de color caramelo, subías una escalera de metal y escalabas una pared lisa de dos metros y medio. A menos que se tratara de mí, también tendrías que parar y ayudarme a trepar pared arriba. El estirón que había dado el año anterior me había hecho más alto, más pesado y más torpe, sin modificar en nada mis enclenques brazos y la fuerza lastimosa de mis hombros.

Seguramente yo no era el arquetipo de miembro ideal de una pandilla, pero fui con Manley y Davis, mis viejos amigos, que eran buenos atletas y escaladores ávidos de edificios públicos. Cuando estaba en los primeros cursos, Manley había batido la marca del instituto y a fuerza de bíceps se había elevado en la barra horizontal veintitrés veces. En cuanto a Davis, había jugado al fútbol de zaguero, empezaba a jugar al baloncesto y era increíblemente fuerte. Una vez, en enero, en una acampada en un parque nacional desierto de Missouri, una mañana tan fría que tuvimos que cortar con un hachuela nuestros pomelos y freírlos en una fogata (estábamos en una fase de frutarismo autónomo), encontramos un capó de un coche viejo con un cable de remolque atado, algo irresistible, irresistible. Atamos el cable al Travelall de nuestro amigo Lunte, que luego condujo a una velocidad temeraria por las carreteras sin asfaltar del parque, remolcando a Davis mientras yo vigilaba desde el asiento de atrás. Iríamos a unos sesenta y cinco por hora cuando la carretera se zambulló inesperadamente cuesta abajo. Lunte tuvo que frenar en seco y derrapar para que el Travelall no volcara, lo cual rompió el cable como un látigo y despidió a Davis a una velocidad de vértigo hacia una hilera de mesas de picnic colocadas de pie como fichas de dominó que se derrumban. Fue uno de esos choques donde muere gente. Hubo una explosión soleada de polvo centelleante y astillas y por la ventanilla trasera, mientras la nieve se asentaba y Lunte reducía la marcha, vi a Davis que trotaba detrás de nosotros, cojeando un poco y con una astilla dentada de una mesa de picnic. Más tarde dijo que estaba gritando: «¡Estoy vivo! ¡Estoy vivo!». Había destruido una de las mesas congeladas, la había roto en mil pedazos con el tobillo.

Además de a mí, arrastraron hacia el tejado la escalera de mano, cantidad de cuerdas, dos desgastados neumáticos radiales con llanta de acero y el artilugio que Davis y yo habíamos construido. Inclinandonos sobre el parapeto, casi llegábamos a tocar el mástil. El objeto de nuestra obsesión no estaba más de tres metros y medio de nosotros, pero su superficie de aluminio pintado se confundía con el radiante cielo residencial encapotado que había detrás, y era curiosamente difícil verlo. Parecía a la vez cerca y lejos, inmaterial y muy accesible. Nosotros seis queríamos tocarlo, gemíamos y gritábamos de ganas de tocarlo.

Aunque Davis era mejor mecánico, yo era más convincente que él a la hora de discutir para salirme con la mía. En consecuencia, poco de lo que construíamos funcionaba. Nuestro artefacto, desde luego, como se vio enseguida, no servía para nada. En el extremo de la plancha había un tosco soporte de madera que nunca podría

haber enganchado el mástil, sobre todo con el peso adicional de un neumático; existía también la dificultad más importante de inclinarse por encima de un pretil y tirar fuerte de un tablero pesado para controlarlo al mismo tiempo que lo empujabas contra un asta que, al golpearla, resonaba y se balanceaba penosamente. Tuvimos suerte en que el artefacto no entrara por una de las ventanas de los pisos de abajo. El veredicto del grupo fue rápido y severo: *es una mierda*.

Me reí y también lo dije: *una puta mierda*. Pero me aparté a un lado, atragantado por la decepción, y me quedé solo mientras todos los demás probaban el lazo. Peppel mecía las caderas como un vaquero de rodeo.

—¡Yuju!

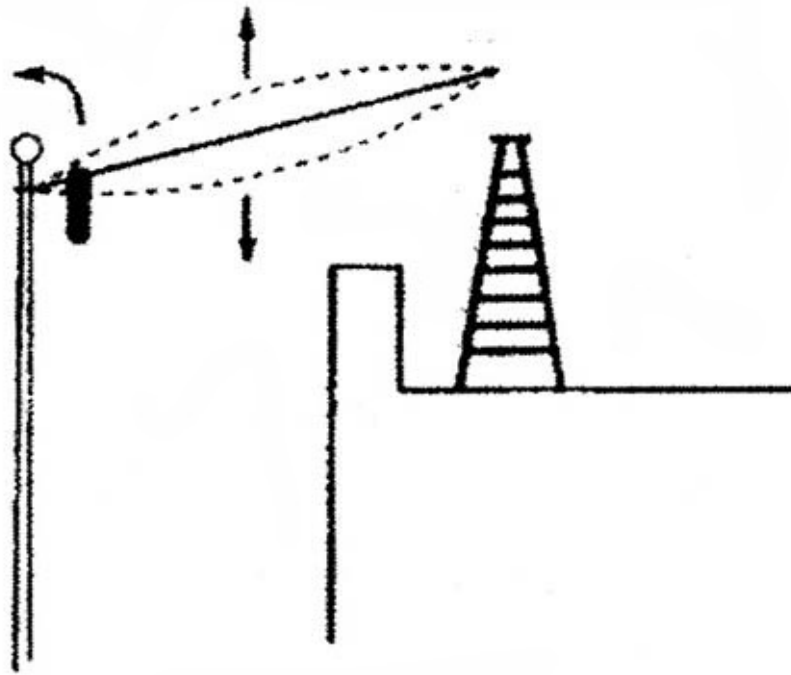
—Ey, chico, pásame ese lazo.

—¡Yuju!

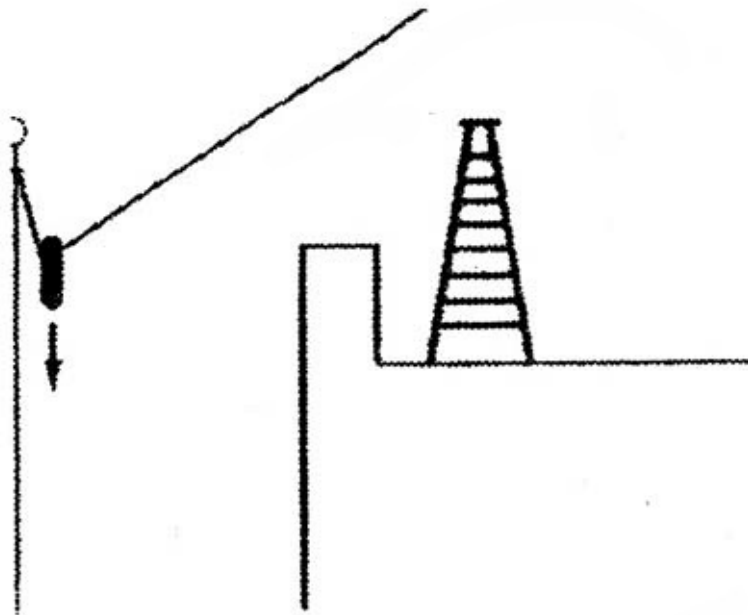
Por encima del parapeto veía los árboles oscuros de Webster Groves y las más lejanas luces de la torre de televisión que marcaban las fronteras de mi infancia. Un viento nocturno, procedente del campo de entrenamiento de fútbol, traía el olor de tierra invernal deshelada, el gran olor triste y terrenal de estar vivo bajo un cielo. En mi imaginación, así como en los dibujos a lápiz que había hecho, el artefacto funcionaba de maravilla. El contraste entre mis brillantes sueños y mis logros chapuceros, la desesperación en que me sumía este contraste, era una receta para la cohibición. Me sentía identificado con el artefacto desacreditado. Estaba cansado, tenía frío y quería volver a mi casa.

Me había criado entre herramientas, con un padre que sabía construir cualquier cosa, y pensaba que yo también podía. ¿Qué dificultad podía haber en abrir un agujero recto en un pedazo de madera? Me aplicaba a ello con la máxima concentración y la punta de la broca emergía en un punto totalmente desviado en la cara inferior de la madera, y yo sufría una conmoción. Siempre. Una conmoción. A los quince años me puse a construir desde el principio un telescopio refractor con un soporte ecuatorial y un trípode, y mi padre, al ver el tipo de trabajo que estaba haciendo, se apiadó de mí y lo construyó él entero. Cortó secciones de un tubo de hierro para el montaje, vertió cemento en una lata de café para el contrapeso, aserró un viejo marco rectangular de acero al carbono para la base del trípode e hizo un ingenioso soporte de lentes con chapa de metal galvanizado, tornillos mecánicos y pedazos de una tarrina de helado. La única parte del telescopio que yo construí solo fue el soporte ocular, que era la única que no funcionaba bien y que volvía prácticamente inservible el resto del instrumento. Así que yo odiaba ser joven.

Eran más de la una cuando Peppel lanzó finalmente el lazo lo bastante alto y lejos para lazar el mástil. Dejé de poner morros y me sumé a la alegría general. Pero nuevas dificultades surgieron enseguida. Kortenhof se subió a la escalera y tiró del lazo hacia arriba, hasta unos treinta centímetros de la bola, pero allí se enganchó con la polea y los cables del asta. La única manera de insertar el neumático en la punta era sacudir la cuerda vigorosamente de arriba abajo:

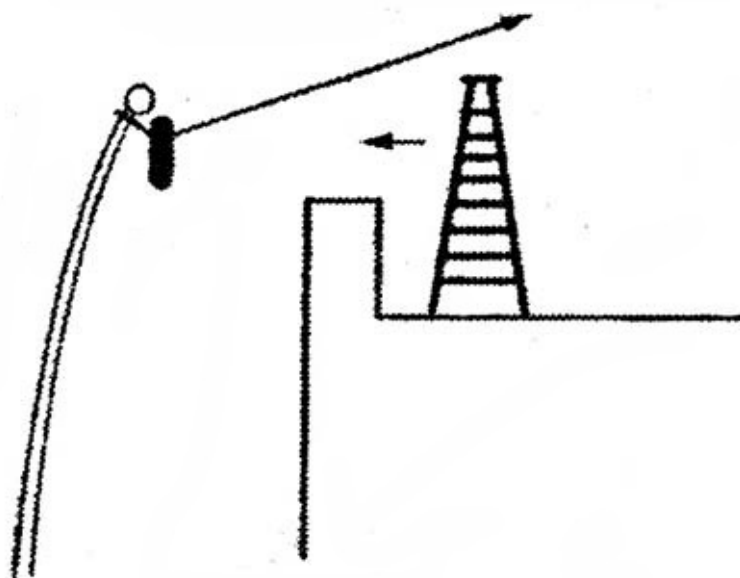


Sin embargo, cuando colgamos el neumático de la cuerda, ésta se combó hasta fuera del alcance de la punta del mástil



Para levantar el neumático, Korten Hof tenía que tirar fuerte de la cuerda, lo cual, si estabas subido a una escalera, era un buen método de precipitarte por encima del antepecho. Cuatro de nosotros agarramos la escalera y aplicamos una fuerza contraria. Pero entonces el mástil se tensó muchísimo:





El mástil produjo un chirrido inquietante y un ruido como de estallido mientras se inclinaba hacia nosotros. También amenazaba, a la manera de una caña de pescar tirante, con retroceder y lanzar a Kortenhof como a un cebo sobre la avenida Selma. Nuestro plan volvió a fallar. El gusto de ver a un neumático rozando la bola deseada, empujando a centímetros de la penetración buscada, sólo aumentó nuestra angustia.

Dos meses antes, por la época en que cumplió quince años, mi primera novia, Merrell, me había dejado plantado. Era una chica inteligente de Compañerismo, con unas piernas de potro enfundadas en pana y el pelo castaño lacio que le llegaba hasta la cartera en el bolsillo trasero. (Pensaba que los bolsos eran de revistas de destape y antifeministas). Nos habíamos conocido en un retiro para miembros de la iglesia, en una casa de campo donde yo había desenrollado mi saco de dormir en un trastero alfombrado al que después Merrell y su saco de dormir habían emigrado por fases delirantemente lentas. En los meses siguientes, ella había corregido mis afectaciones más atroces y mis más molestas ideas falsas sobre las chicas, y a veces me dejaba besarla. Vimos sin soltarnos de la mano mi primera película para menores acompañados, *Swept Away* de Lina Wertmüller, que dos consejeras feministas de Compañerismo nos llevaron a ver a un grupo por motivos políticos algo opacos («Sexo, pero no explícito», anoté en mi diario). Luego, en enero, posiblemente debido a mis tendencias obsesivas, Merrell se lió con otros amigos y empezó a rehuirme. Solicitó el traslado a una academia privada local para alumnos dotados y pudientes. Perplejo, y muy dolido, renuncié a lo que Compañerismo me había enseñado a llamar el «anquilosamiento» de los afectos románticos.

Aunque la situación del mástil no tenía remedio, Kortenhof y Schroer tiraban de la cuerda con mayor violencia, y el poste daba bandazos y vibraba mientras los asustados —Manley y yo— les pedíamos que parasen. Por último, como era inevitable, alguien soltó la cuerda y todos volvimos a casa con un problema nuevo: si la cuerda seguía donde estaba el lunes por la mañana, la dirección adivinaría lo que

estábamos tramando.

Cuando volvimos la noche siguiente, sábado, rompimos el candado al pie del asta, soltamos los cables e intentamos en vano liberar la cuerda tirando de los cables. La soga antes rígida colgaba fláccidamente a lo largo del asta administrativa inconquistada, con el extremo raído retorciéndose en el viento, a seis metros del suelo. Volvimos la noche del domingo con un candado nuevo y nos turnamos en el intento de trepar por el asta, que era demasiado gruesa, de nuevo sin éxito. Casi todos desistimos entonces —puede que tuviéramos deberes, y Schroer estaba muy enganchado con *Monthy Python*, que emitían a las once—, pero Manley y Davis volvieron otra vez y consiguieron liberar la cuerda empujándose uno a otro y tirando de los cables. Colocaron nuestro candado en el mástil; ahora era nuestro rehén.

Los padres de Manley eran permisivos y la casa de Kortenhof era lo bastante grande para entrar y salir sin ser visto, pero la mayoría de nosotros teníamos problemas para salir de casa después de medianoche. Un domingo por la mañana, después de dormir dos horas, bajé a desayunar y encontré a mis padres alarmantemente poco comunicativos. Mi padre estaba delante de la cocina, friendo los huevos de antes de ir a la iglesia. Mi madre fruncía el ceño con lo que ahora comprendo que probablemente era más miedo que reproche. También había temor en su voz.

—Papá dice que te ha oído llegar esta mañana a la puerta cuando ya había amanecido —dijo—. Debían de ser las seis de la mañana. ¿Has salido?

¡Pillado! ¡Me habían pillado!

—Sí —dije—. Sí, he estado en el parque con Ben y Chris.

—Dijiste que ibas a acostarte temprano. Tenías la luz apagada.

—Sí —dije, mirando al suelo—. Pero no tenía sueño y me habían dicho que estarían en el parque, bueno, si no podía dormir.

—¿Qué demonios has estado haciendo allí hasta tan tarde?

—Irene —la advirtió mi padre desde la cocina—. No hagas la pregunta si no vas a soportar la respuesta.

—Hablando, nada más —dije.

La sensación de que te pillaran: era como el colocón que una vez me dieron unas latas de nata en aerosol cuyo propulsor de gas compartí con Manley y Davis: una sensación flotante y vertiginosa de ser todo superficie, mi interior de pronto tan flagrante y gigantesco que parecía vaciarme el aire de los pulmones y la sangre de la cabeza.

Asocio esta sensación con la aceleración de un motor de coche, el *zum* bajo del Buick de mi madre cuando aparecía a una velocidad increíble, inquietante, subiendo el camino de entrada para meterse en el garaje. Formaba parte de la naturaleza de aquel zum el que yo siempre lo oyera antes de querer o de esperarlo. Me pillaron en privado disfrutando de mí mismo, normalmente en el cuarto de estar, escuchando

música, y tuve que salir pitando.

Nuestro estéreo estaba dentro de una de esas consolas barnizadas de caoba que venden en tiendas de segunda mano. Era de marca Aeolian y tenía los altavoces escondidos detrás de unas puertas que mi madre se empeñaba en tener cerradas cuando ponía la emisora de hilo musical, KCFM, para sus invitados; arreglos orquestales de *Penny Lane* o *Cherish* traspasaban la madera en un susurro sofocado, y en los historiados pomos colgantes de la puerta zumbaban durante media hora las voces de los anuncios comerciales de la emisora. Cuando yo estaba solo en casa, abría las puertas y ponía mis discos, por lo general heredados de mis hermanos. Mis dos bandas preferidas en aquellos tiempos anteriores al punk eran Grateful Dead y los Moody Blues. (Mi entusiasmo por la última sobrevivió hasta que leí, en una crítica de *Rolling Stone*, que su música era adecuada para «esas personas que susurran “Te quiero” a un ligue de una noche»). Una tarde, yo estaba arrodillado ante el altar eólico escuchando una melodía especialmente almibarada de los Moody a un volumen tan atronador que no oí el *zum* del coche de mi madre. Irrumpió en casa gritando: «¡Apaga eso! ¡Esa espantosa música rock! ¡No la soporto! ¡Apágalo!». Su queja era injusta; la canción, que no tenía ningún ritmo de rock, ofrecía sentimientos propios del hilo musical como *Isn't Ufe strange / A turn of the page /... it makes me want to cry*. Pero aun así me sentí totalmente «pillado».

El coche que yo prefería oír era el de mi padre, el Cougar en el que iba a trabajar, porque nunca se presentaba de improviso. Mi padre entendía la privacidad, y estaba ansioso de aceptar la imagen de alumno sobresaliente que yo le daba. Era mi aliado racional e ilustrado, el poderoso ingeniero que me ayudaba a manejar los diques contra el mar cada vez más invasor de mi madre. Y, sin embargo, por temperamento, no era menos hostil que ella a mi adolescencia.

A mi padre le acosaba la sospecha de que los adolescentes *andaban tramando* algo: de que la lucidez y la responsabilidad no lastraban suficientemente sus placeres. Mis hermanos habían sufrido la peor parte de su rencor, pero incluso conmigo soltaba dictámenes sobre mi carácter. Decía: «Has demostrado un gusto por las cosas caras, pero no por el esfuerzo que cuesta ganarlas». Decía: «Los amigos están bien, pero toda la noche cada noche es excesivo». Tenía una frase de doble sentido que no podía por menos de repetir cada vez que volvía a casa del trabajo y me encontraba leyendo una novela o jugando con mis amigos: «¡Una ronda continua de placer!».

Cuando yo tenía quince años, mi amiga Hoener, de Compañerismo, y yo iniciamos una correspondencia poética. Hoener vivía en un distrito escolar distinto, y un domingo de verano vino a casa con nosotros después de la iglesia y pasó la tarde conmigo. Fuimos hasta mi antigua escuela primaria y jugamos en el suelo: debajo de un árbol, hicimos pequeñas carreteras de tierra, puentes con cortezas y casas de campo con ramitas. Los amigos de Hoener en su escuela estaban haciendo las típicas cosas guay —bebiendo, experimentando con el sexo y las drogas— que yo no hacía. Me asustaban la belleza de Hoener y su experiencia y me alivió descubrir que

compartíamos una visión romántica de la infancia. Éramos lo bastante mayores para no avergonzarnos por jugar como críos, y lo bastante pequeños para todavía abstraernos en los juegos. Al final de la tarde juntos, anduve cerca de susurrarle: «Te quiero». Pensé que serían como las cuatro, pero al volver a mi casa vimos al padre de Hoener aguardando en su coche. Eran las seis y cuarto y llevaba una hora esperando. «Uy», dijo Hoener.

Dentro de casa, mi cena se había enfriado en la mesa. Mis padres habían cenado sin mí (algo insólito). Mi madre se dejó ver de pronto y dijo:

—Tu padre tiene algo que decirte antes de que te sientes.

Fui al cuarto de estar, donde él tenía el maletín abierto en las rodillas. Sin levantar la vista anunció:

—No vas a volver a ver a Fawn.

—¿Qué?

—Tú y ella habéis estado cinco horas fuera. Su padre quería saber dónde estabais. He tenido que decirle que no lo sabía.

—Sólo hemos ido hasta la escuela Clark.

—No volverás a ver a Fawn.

—¿Por qué no?

—Calpurnia no inspira sospechas —dijo él—. Tú sí.

¿Calpurnia? ¿Sospechas?

Aquella noche, más tarde, cuando mi padre se hubo calmado, vino a mi cuarto y me dijo que podía volver a ver a Hoener si quería. Pero yo ya me había tomado su reprobación a pecho. Empecé a mandar a Hoener cartas necias e hirientes, y empecé a mentir a mis padres. Sus problemas con mi hermano en 1970 eran el tipo de conflicto que yo estaba decidido a evitar, y el gran error de Tom, en mi opinión, era no haber guardado las apariencias.

Cada vez más, yo mantenía dos versiones diferentes de mi persona: el chico oficial de cincuenta años y el adolescente oficioso. Llegó un momento en que mi madre me preguntó por qué a todas mis camisetas les salía un agujero a la altura del ombligo. Mi versión oficial no tenía respuesta; la oficiosa sí. En 1974, las camisetas blancas de cuello redondo eran una moda suicida, pero procedía de un mundo donde las camisetas de colores pertenecían evidentemente al mismo capítulo moral que las camas de agua y las pinzas para canutos, y se negaba a que las usara. Cada mañana, por consiguiente, después de salir de casa, me bajaba la camiseta hasta que no se le veía el cuello y me la ataba a los calzoncillos con un imperdible. (A veces el imperdible se abría y se me clavaba en la barriga, pero la alternativa —no llevar camiseta— me habría hecho sentirme demasiado desnudo). Cuando podía, iba también al cuarto de baño de los chicos y me quitaba algunas camisetas profundamente vejatorias. Mi madre, en sus economías, elegía tejidos baratos, con una etiqueta en el cuello, normalmente de poliéster, lo cual pregonaba que yo era tanto un niño obediente como un golfista de edad mediana, y me rozaban el cuello como para

recordarme la vergüenza de llevar aquellas prendas.

Durante tres años, mi muerte social fue extremada y burdamente determinada. Tenía, entre otras cosas, un amplio vocabulario, una voz chirriante que aturdía, gafas con montura de concha, poca fuerza en los brazos, una aprobación demasiado obvia de mis profesores, apremios irresistibles de gritar juegos de palabras que no tenían gracia, un conocimiento casi eidético de J. R. R. Tolkien, un gran laboratorio de química en el sótano y una propensión a insultar íntimamente a cualquier chica desconocida que fuese lo bastante insensata para hablar conmigo. Pero la auténtica causa de mi muerte, tal como yo la veía, era la negativa de mi madre a dejarme llevar vaqueros al colegio. Ni siquiera mi viejo amigo Manley, que tocaba la batería y que hacía veintitrés flexiones seguidas y fue elegido delegado en noveno curso, podía permitirse el trato social conmigo.

Una ayuda llegó finalmente en décimo, cuando descubrí los pantalones de pana Levi's, de perneras rectas, y gracias a la afortunada circunstancia de mi afiliación a la Congregacionista, pasé a ser el centro de la camarilla de Compañerismo en el instituto. Casi de un día para otro, pasé de temer la hora del almuerzo a tomarlo tan contento en una de las concurridas mesas de Compañerismo, presidida por Peppel, Kortenhof y Schroer. Hasta Manley, que ahora tocaba la batería en una banda llamada Blue Thyme, había empezado a venir a las reuniones de Compañerismo. Un sábado de otoño me llamó para preguntarme si quería acompañarle a la galería comercial. Yo tenía pensado salir con mi compinche de ciencias Weidman, pero lo dejé plantado en un dos por tres y nunca volvimos a salir juntos.

En el almuerzo del lunes, Kortenhof informó alegremente de que nuestro candado seguía en el poste y de que no habían izado la bandera. (Era en 1976 y el instituto era poco estricto en sus deberes patrióticos). Kortenhof dijo que el paso obvio siguiente era formar un grupo adecuado y exigir reconocimiento oficial. Así que escribimos una nota:

Muy señor mío:

Hemos secuestrado el poste. Seguirán más detalles.

Tomamos la rápida decisión de firmar UNCLE<sup>[9]</sup> (como el programa de televisión de los sesenta) y la deslizamos en el buzón del director del instituto, el señor Knight.

Knight era un gigante pelirrojo, de barba rojiza y aspecto nórdico. Caminaba escorado y arrastrando los pies, hacía pausas frecuentes para alzarse los pantalones y adoptaba la postura agachada de un hombre que se pasaba el día escuchando a gente más baja. Conocíamos su voz por los anuncios a través del interfono que se oía en todo el centro. Sus primeras palabras —«Profesores, disculpen la interrupción»— a menudo sonaban forzadas, como si hubiese titubeado nerviosamente ante el

micrófono, pero después sus cadencias eran suaves y bruscas.

Lo que nosotros seis queríamos por encima de todo era que Knight nos reconociera como espíritus afines, como alguien que jugara fuera de la esfera normal de conducta estudiantil y fuerza administrativa. Y durante una semana creció nuestra frustración, pues Knight se mantuvo distante, tan impasible como el asta de la bandera (que, en nuestra correspondencia, nos gustaba representar como propiedad personal suya).

El lunes, después de clase, recortamos y pegamos palabras y letras de revistas:

WE RESPECTFULLY DEMAND THAT  
YOU OFFICIALLY RECOGNIZE OUR  
ORGANIZATION AT 2:30 PM  
TUESDAY. BEGIN WITH  
TEACHERS. SO EXCUSE THE  
INTERRUPTION. IT IS  
PROPERLY DONE. WE WILL RETURN  
IT TO YOU SOME TIME. WED.  
UNCLE\*

*Respetuosamente reclamamos que reconozca oficialmente nuestra organización el martes a las 2:30 de la tarde. Empiece con «profesores, disculpen la interrupción...». Si lo hace como es debido, devolveremos el asta en algún momento del miércoles. Tío.*

La frase «Profesores, disculpen la interrupción» fue idea de Manley, una pulla a Knight. Pero a Manley le preocupaba, igual que a mí, que la administración tomara medidas enérgicas contra nuestro grupo si adquiríamos una reputación de vandalismo, y por tanto volvimos al instituto aquella noche con una lata de pintura de aluminio y reparamos el daño causado al poste al arrancar a martillazos el cerrojo antiguo. Por la mañana entregamos la nota del rescate y a las dos y media los seis estábamos en nuestras aulas respectivas, confiando contra toda lógica en que Knight hiciese un anuncio.

Nuestra tercera nota estaba escrita a máquina en una hoja de papel de cartas encabezado por un HOLA gigantesco de color verde aguacate:

Como somos una hermandad de personas amables, le damos una última oportunidad. Y observando que usted no ha atendido nuestra petición anterior, se la reiteramos a continuación. A saber: el reconocimiento oficial por su parte de nuestra organización a través del sistema de megafonía a las 2:59 de la tarde del miércoles 17 de marzo. Si la atiende, el asta será devuelta la mañana

del jueves.

UNCLE

También hicimos una bandera UNCLE con una funda de almohada y cinta aislante y la izamos en el mástil al resguardo de la noche. Pero la oficina de Knight ni siquiera se fijó en la bandera hasta que Kortenhof se la señaló como de pasada a un profesor —entonces mandaron fuera a dos operarios de mantenimiento para cortar nuestro candado con una sierra de arco y arriar la bandera pirata—, e hizo caso omiso de la nota. También pasó por alto una cuarta nota, en la que le ofrecíamos dos dólares en compensación por el candado roto de la escuela. No prestó atención a la quinta carta, en la que reiterábamos nuestra oferta y desmentíamos toda información de que nuestra bandera hubiera sido izada para celebrar el día de San Patricio.

Para el fin de la semana, el único interés que conseguimos atraer fue el de los demás alumnos. Había habido muchos corros y conspiraciones en pasillos, demasiada cháchara por parte de Kortenhof. Añadimos un séptimo miembro simplemente para comprar su silencio. Un par de chicas de Compañerismo me interrogaron estrechamente: ¿Mástil? ¿Tío? ¿Podemos afiliarnos?

A medida que los susurros se volvían más ruidosos, y conforme Kortenhof desarrollaba un plan nuevo para una travesura mucho más ambiciosa y llamativa, decidimos cambiar de nombre. Manley, que tenía una afición medio insolente y medio sincera por un humor realmente estúpido, propuso el nombre DIOTI. Lo escribió en un papel y me lo enseñó.

—¿Un anagrama de «idiota»?

Manley soltó una risita y meneó la cabeza.

—Es también *tío*, en español, y «di», que significa «dos». Tío. Dos. ¿Lo pillas?

—Di-tio.

—Sólo que está revuelto. DIOTI suena mejor.

—Dios, es estúpido.

Asintió ansiosa, alegremente.

—¡Lo sé! ¡Es muy estúpido! ¿No te parece buenísimo?

Nueve de nosotros estábamos apeándonos de dos coches muy tarde el último sábado del año escolar, vestidos con ropa oscura y gorros de punto con pompón, acarreamos rollos de cuerda y cerrando la cremallera de mochilas que contenían martillos, llaves inglesas, alicates, destornilladores y planos ad hoc del instituto cuando un coche patrulla dobló la esquina de la avenida Selma y encendió los reflectores.

Mi instinto en situaciones policiales, afinado por años de lanzar fuegos artificiales donde estaba prohibido hacerlo, era salir disparado hacia la oscuridad del césped más cercano. La mitad de DIOTI vino trotando y se dispersó detrás de mí. Hacía mucho

tiempo que no corría por céspedes oscuros sin haber sido invitado. Había rocío por todas partes y podías toparte con un perro o engancharte el pie en un aro de croquet. Me detuve y me escondí en un macizo de rododendros donde también se escondió Schroer, el discípulo de *Monty Python*.

—¿Franzen? ¿Eres tú? Estás armando un escándalo increíble.

En mi mochila, además de herramientas, tenía chocolate de Pascua y heno pascual de plástico verde, cinco estrofas rimadas que había mecanografiado en pedazos de papel de carta y otro equipo especial. Mientras mi respiración se apaciguaba, oí la del motor del coche patrulla a lo lejos, el murmullo de una conversación. Después, más claramente, un susurro gritado: «¡Vamos allá todos juntos! ¡Vamos allá todos juntos!». La voz pertenecía a Holyoke, uno de nuestros nuevos afiliados, y al principio no entendí lo que estaba diciendo. El grito equivalente en mi calle era todos-a-una-adelante.

—La historia —susurró Holyoke cuando le seguíamos hacia el coche patrulla— es que vamos a cerrar una puerta. La de Gerri Chopin. Vamos a la casa de Chopin a cerrarle la puerta. Llevamos cuerdas para cerrarla. Y las herramientas son para arrancar las bisagras.

—Michael, eso no tiene ni pies ni...

—¿Por qué arrancar las bisagras si vamos a...?

—¡Hola!

—¡Hola, agente!

El policía estaba plantado delante de los faros de su coche, examinando mochilas, comprobando identidades.

—¿Es lo único que tienes? ¿Un carné de biblioteca?

—Sí, señor.

Buscó en la bolsa de Peppel.

—¿Qué vas a hacer con una cuerda tan grande?

—No es grande —dijo Peppel—. Son varias cuerdas pequeñas atadas.

Hubo un breve silencio.

El agente nos preguntó si sabíamos que eran más de la una.

—Sí, lo sabemos —dijo Manley, adelantándose y cuadrando los hombros.

Tenía una actitud franca cuya vacuidad irónica ningún adulto, sólo sus iguales, parecía captar. Profesores y madres encontraban irresistible a Manley. Desde luego era el caso de mi madre, a pesar de que él llevaba el pelo hasta los hombros.

—¿Qué estáis haciendo en la calle tan tarde?

Manley agachó la cabeza y confesó que planeábamos cerrar la puerta mosquitera de los Chopin. Su tono indicaba que ahora veía lo que no había visto cinco minutos antes: lo pueril y negativa que era su idea. Parados detrás de él, tres o cuatro de nosotros señalamos a la casa de los Chopin.

—Aquélla es la casa —dijimos.

El agente miró a la puerta. Se diría que formábamos un grupo bastante numeroso,



con un montón de cuerdas y herramientas, para la tarea de atar una puerta mosquitera, y estábamos a menos de cien metros del instituto en plena temporada de diabluras. Pero estábamos en 1976, éramos blancos y no estábamos borrachos.

—Id a casa a acostaros —dijo el policía.

El coche patrulla siguió hasta su casa a la ranchera de Kortenhof, en cuyo dormitorio decidimos no hacer una segunda tentativa aquella noche. Si esperábamos hasta el martes tendríamos organizada una coartada mejor. Propuse que dijéramos que estábamos observando una insólita ocultación estelar del planeta Marte, y que necesitábamos instrumentos para armar un telescopio. Insistí en que todos memorizaran el nombre falso de la falsa estrella: NGC 6346.

Por suerte, el cielo estuvo despejado la noche del martes. David se escapó de su casa saltando desde una ventana. Schroer pasó la noche en casa de Peppel y le ayudó a empujar el coche de la familia hasta donde no les oyeran arrancarlo. Manley, como de costumbre, se limitó a montar en el Opel de su padre y vino a buscarme a mi casa, donde yo me descolgué desde la ventana de mi cuarto y recogí piezas de mi telescopio hasta entonces inútil de entre los arbustos donde las había escondido.

—Vamos a observar el eclipse de Marte por la estrella NGC 6346 —recitó Manley.

Me sentía un poco culpable por hacer tan mal uso de la astronomía, pero siempre había habido algo dudoso en mi relación con la naturaleza. El cincuentón oficial disfrutaba leyendo sobre temas de ciencia, al adolescente oficioso le gustaba sobre todo el teatro. Ansiaba tener en la mano un pedazo de selenio o rubidio, porque ¿qué otra persona tenía esos elementos puros en su casa? Pero si un producto químico era raro, de colores vivos, inflamable o explosivamente reactivo, no tenía sentido robarlo del instituto. Mi padre, mi aliado racional, que según él mismo aseguraba se había casado con mi madre porque «era una buena escritora y yo pensaba que alguien que escribía bien sabía hacer cualquier cosa», y que desde entonces estaba enrabiado con el carácter romántico de su mujer, me alentó a ser un científico y me animó a desistir de la escritura creativa. Una Navidad, como regalo, me construyó una mesa seria de laboratorio, y durante un tiempo disfruté imaginando que llevaba una libreta muy rigurosa. Mi primer y último experimento fue aislar «nilón puro» fundiendo un jirón de una media de mujer en un crisol. Volviendo a la astronomía, de nuevo fui feliz siempre que estuviera leyendo libros, pero reproducían páginas de diarios de astrónomos aficionados cuyo disciplinado ejemplo no pude seguir ni siquiera un minuto. Sólo quería contemplar a cosas bonitas.

Recorrer con Manley las calles fantasmales de Webster Groves me conmovió por la misma razón por la que la nieve me había conmovido de niño, por su embrujo transformador de superficies ordinarias. Las largas filas de casas oscuras, sus ventanas que reflejaban tenuemente las farolas, estaban tan inmóviles como caballeros de armadura dormidos por un encantamiento. Era exactamente como habían prometido Tolkien y C. S. Lewis: de verdad existía otro mundo. La calzada,

desierta de coches y que se perdía en una niebla lejana, desfilaba interminable. Podían suceder cosas insólitas cuando nadie miraba.

En el tejado del instituto, Manley y Davis juntaban cuerdas para escalar los muros exteriores, mientras Kortenhof y Schroer se encaminaron al gimnasio con la intención de entrar por una ventana alta y dejarse caer sobre una de las camas elásticas plegadas. El resto de DIOTI bajó por una trampilla, atravesó el conducto para cables y tuberías y se coló en un trastero del departamento de biología.

Nuestros planos mostraban el emplazamiento de los treinta y pico timbres que habíamos localizado durante la investigación. La mitad de ellos eran tan grandes como la mitad de un coco y estaban instalados en pasillos. Un día, a la hora del almuerzo, habíamos aupado a Kortenhof para que desatornillase el plato de uno de los timbres y lo silenciara extrayendo el badajo —un cilindro grueso como un lápiz de metal ennegrecido con grafito— de su nicho electromagnético. Dos equipos de dos chicos se pusieron ahora en marcha para desmontar los demás timbres y recoger los badajos.

Yo tenía mis papelitos y trabajaba solo. En un pasillo del segundo piso, a la altura de la rodilla entre dos taquillas, había un pequeño agujero intrigante, cerrado con una tapa metálica de bisagra. El orificio conducía a oscuros recovecos escolásticos. Manley y yo habíamos pasado muchos minutos ociosos hablando por el agujero y aguardando respuestas.

En el laboratorio de mi casa yo había enrollado muy prieto uno de los papeles, lo había sellado dentro de un segmento de tubo de cristal con un mechero Bunsen, y había atado y pegado un pedazo de cuerda alrededor del tubito. Introduje esta ampolla por el agujerito de conejo y lo dejé caer dentro. Después até la cuerda a la bisagra y cerré la tapa de metal. En el papelito había una cuarteta de ripios:

La base de la ventana  
contiene otra pista.  
Mire en la sala junto a la  
biblioteca. (¿Qué hay a la vista?)

En la persiana veneciana había más ripios que yo había colocado durante el horario de clase:

Hay una pista detrás de la placa  
que hay en la cara oeste  
de esas puertas de incendio grandes  
de madera, cerca de la sala 365.

Después desatornillé la placa en la puerta de incendios y pegué otro papel en la madera de debajo:

Y por fin otra clave libresca  
antes del glorioso descubrimiento.  
Una es *El libro de las campanas*;  
su código es siete, ocho, nueve.

Había más ripios escondidos en un aplique eléctrico de emergencia, enrollados dentro de una pantalla de proyección e insertados en un libro de la biblioteca titulado *Los clubes de tu colegio*. Algunas de las cuartetos habrían admitido retoques, pero nadie pensó que eran una mierda. Mi propósito era embrujar el instituto para el señor Knight y, como si fuera un regalo, transformar el edificio en algo momentáneamente extraño y lleno de posibilidades; y yo estaba descubriendo que escribir era una forma de hacerlo.

Durante los dos meses anteriores, alumnos de las cinco clases de física del instituto habían escrito y producido una farsa sobre Isaac Newton, *La conexión higo*. Yo había copresidido el comité de redacción junto con Siebert, una bonita chica por la que rápidamente desarrollé intensas sensaciones de anquilosamiento. Siebert era una marimacho vestida con un peto y que sabía acampar, pero también era una artista con facilidad para el dibujo y la escritura y que tenía manchas de carboncillo y de acrílico en las manos, y era también una chica femenina muy atractiva que de vez en cuando se soltaba el pelo y se ponía faldas de talle alto. Yo lo quería todo de ella y me molestaba que otros chicos quisieran algunas de sus partes. Nuestra obra tuvo una acogida tan calurosa que uno de los profesores de inglés sugirió que Siebert y yo intentáramos publicarla. Así como todo me había ido mal en los primeros años de secundaria, de repente ahora todo me salía bien.

Hacia las tres de la tarde, DIOTI volvió a reunirse en el tejado con el botín: veinticinco badajos y cinco platos de metal, estos últimos audazmente desmontados de los timbres más grandes que estaban instaladas en paredes altas. Atamos los badajos con cinta rosa, llenamos los platos más grandes con heno de plástico y dulces de Pascua, recostamos en el heno los badajos y los platos más pequeños y lo depositamos todo en el conducto de tuberías. Al volver a casa, la peor parte les tocó a Peppel y a Schroer, que tuvieron que empujar el coche cuesta arriba hasta el camino de entrada. Yo entré en casa con menos precauciones que de costumbre. Casi me daba igual que me pillaran; por una vez, tenía algo que no podían quitarme.

Y volver al instituto cuatro horas más tarde y ver tan poblado el edificio después de haberlo visto tan vacío: aquello era una anticipación de ver vestida a la luz del día a la primera persona que ha dormido contigo desnuda.

Y aquel silencio a las ocho y cuarto, cuando los timbres deberían haber sonado pero no sonaron: aquella silenciosa transformación de lo habitual, aquel sonido de una mano aplaudiendo, aquella hermosa ausencia, era como la poesía que yo quería aprender a escribir.

Al final de la primera clase, la voz de un profesor anunció por los altavoces del aula que los timbres no funcionaban. Más tarde, esa misma mañana, el profesor empezó a anunciar no sólo la hora sino, extrañamente, también la temperatura. El calor estival entraba por las ventanas abiertas, y sin el repique acostumbrado de patio de cárcel, la gente en los pasillos parecía desreglamentada, las fronteras de las horas se difuminaban.

En el almuerzo, Manley trajo buenas noticias: el motivo tic que Knight no hiciese los anuncios él mismo era que estaba siguiendo las pistas. Manley le había espiado en el segundo piso, atisbando por la conejera. A pesar del tono familiar que adoptábamos con Knight, pocos miembros de DIOTI, y yo aún menos, habían intercambiado con él unas palabras. Era la Autoridad ideal, lejana, benévola, absurda, y hasta entonces la idea de que pudiera venir a jugar con nosotros era puramente hipotética.

Lo único que ensombreció el día fue que tampoco funcionó uno de mis artilugios. Davis me llamó después de clase para informarme de que Knight había perdido la ampolla de cristal introducida por el agujero. Un astuto profesor de inglés, el mismo que consideró que nuestra obra debería publicarse, había prometido el anonimato a Davis a cambio de la pista perdida. Se la recité por teléfono y al día siguiente los timbres funcionaban de nuevo. Kortenhof, que había hecho imprimir doscientas pegatinas DIOTI, salió con Schroer a plena luz del día y las estampó en cada parachoque trasero del aparcamiento.

Aquel verano mi prima Gail, hija única de mi tía y mi tío, murió al volante de su coche en Virginia Occidental. La madre de mi madre se estaba muriendo de una dolencia hepática en Minneapolis, y yo aprendí morbosamente que había cincuenta mil cabezas nucleares en el planeta y que varias docenas de ellas apuntaban a St. Louis. Mis poluciones nocturnas se volvieron apocalípticas, como un desgarramiento de órganos vitales. Una noche me despertó un trueno tan violento que tuve la certeza de que el mundo se había acabado.

Fue el verano más dulce de mi vida. «Una ronda continua de placer», repetía mi padre. Caí bajo el hechizo de Robert Pirsig y Wallace Stevens y empecé a escribir poesía. Durante el día, Siebert y yo filmábamos y editábamos en super-8 un drama de época con Davis y Lunte, y por la noche pintábamos un mural de selva rousseoniano en una pared del instituto. Todavía sólo éramos amigos, pero cada noche que yo pasaba con ella era una noche que ella no pasaba con otros chicos. El día de su cumpleaños, en julio, cuando salía de su casa, tres de nosotros nos abalanzamos sobre ella por detrás, le vendamos los ojos, le atamos las muñecas y la metimos en el asiento trasero del coche de Lunte. Nos aguardaba una fiesta sorpresa en una ribera, debajo de un paso elevado interestatal, y a las preguntas cada vez más quejumbrosas de Siebert —«¿Jon? ¿Chris? ¿Tíos? ¿Sois vosotros?»— no respondimos nada hasta que Lunte circuló a setenta por hora por una zona donde el límite de velocidad era de

cincuenta. El poli que nos paró nos ordenó quitarle la venda a Siebert. Cuando le preguntó si nos conocía, vimos que sopesaba sus opciones antes de contestar que sí.

En agosto, Siebert se fue a la universidad y yo pude idealizarla a distancia, comunicarme con ella sólo por escrito, dedicar energía a nuevos proyectos teatrales y salir informalmente con otra. A finales de otoño, un editor compró *La conexión higo* por cien dólares y dije a mis padres que iba a ser escritor. No les gustó la noticia.

Había empezado a escribir un diario y estaba descubriendo que no necesitaba el instituto para experimentar la desdicha de las apariencias. Podía fabricar una vergüenza insoportable en la intimidad de mi dormitorio simplemente leyendo lo que había escrito en el diario el día anterior. Sus páginas reflejaban fielmente mi fraudulencia, ampulosidad e inmadurez. Leerlas me producía un desesperado deseo de cambiarme, de no ser tan idiota. Como George Benson había recalado en *Then Joy Breaks Through*, las experiencias de crecimiento y realización personal, y hasta de alegría extática, eran procesos naturales accesibles tanto a creyentes como a incrédulos. Y así yo declaré una guerra privada contra el anquilosamiento y me comprometí en privado al crecimiento personal. La «relación auténtica» que ahora deseaba era con la página escrita.

Un domingo por la noche, el grupo de Compañerismo hizo un ejercicio para el que formó una fila ininterrumpida de un extremo a otro de la sala de reuniones de la iglesia. Llamaron «corazón» a un rincón de la sala y «cerebro» al opuesto. Como cualquiera habría predicho, casi todos los del grupo se precipitaron hacia el primer rincón y se apiñaron en una masa cordial y compacta. Un número mucho más reducido de personas, Symes entre ellas, se dispersó a lo largo del centro de la fila. En el rincón «cerebro», sin nadie cerca, Manley y yo, codo con codo, mirábamos desafiantes a los del rincón opuesto. Era extraño designarme yo mismo «cerebro» cuando mi corazón estaba tan lleno de amor por Manley. Más que extraño: era hostil.

La primera travesura de DIOTI del año nuevo fue confeccionar una sábana de batik enorme y desplegarla encima de la entrada principal del instituto la mañana en que venía a homologarlo tras una inspección un comité de la Asociación Central del Norte. Construí un artilugio consistente en dos palancas de chapa, una polea y una cuerda tendida desde una punta a la otra del tejado y que colgaba de un ventana al patio en el tercer piso. Cuando tiramos de la cuerda la mañana del lunes no sucedió nada. Davis tuvo que salir fuera, trepar al tejado a la vista de todos y desplegar la pancarta a mano. Decía: DIOTI OS DA LA BIENVENIDA, ACN.

A lo largo del invierno, subgrupos de DIOTI organizaron bromas secundarias menores. A mí me gustaban las escenas en las que había disfraces y armas de juguete. Davis y Manley escalaban edificios y la típica noche de sábado pasaban del campanario del Edén Seminary, ornado de gárgolas, a los tejados de la universidad de Washington, para acabar finalmente en la cocina de la iglesia presbiteriana, donde unas cookies dominicales recién horneadas aguardaban a los intrusos.

Para la travesura principal de primavera, escogimos como víctima a una de mis

profesoras favoritas, la señorita Wojak, porque su despacho estaba en medio del segundo piso y tenía un techo muy alto, y porque se rumoreaba que había menospreciado a DIOTI. Nueve de nosotros dedicamos cuatro horas de una noche de miércoles para vaciar treinta despachos de sus respectivos escritorios, llevarlos al piso de abajo y, a través de pasillos, hacinarlos desde el suelo hasta el techo en el de Wojak. Algunos de los despachos tenían travesaños a los que treparon Davis o Manley. Para entrar en los demás, quitamos las bisagras de la puerta del despacho principal y utilizamos las llaves que los profesores solían dejar en sus casilleros de correo. Puesto que yo tenía a la vez cincuenta y diecisiete años, insistí en que llevásemos cinta adhesiva y rotuladores para poner en los escritorios su número de despacho antes de trasladarlos y simplificar así la tarea de devolverlos a su sitio. No obstante, me apenó ver el tremendo follón que habíamos armado en el despacho de Wojak. Pensé que ella podría creerse el blanco de una persecución, y por eso escribí las palabras UBICACIÓN CÉNTRICA en su pizarra. Fue lo único que escribí para DIOTI aquella primavera. Ya no me importaba nada el señor Knight; lo único que contaba era la obra.

Durante la ceremonia de graduación, en el campo de fútbol, el director de institutos contó la historia de los escritorios y mencionó las etiquetas de cinta adhesiva como testimonio de un «nuevo espíritu de responsabilidad» entre los jóvenes actuales. DIOTI había fabricado una pancarta de despedida, un batik con los colores del instituto, en la base del marcador del campo, pero el artefacto que yo había construido para destaparla no había funcionado bien en las pruebas que hicimos la noche anterior, y empleados vigilantes del instituto habían cortado la cuerda para recorrerla antes de que Holyoke, disfrazado con ropa de pescador y gafas oscuras, llegase a tirar de ella. Después de la ceremonia, quise decirles a mis padres que era ya oficial: yo era el autor del nuevo espíritu de responsabilidad entre los jóvenes de hoy. Pero, por supuesto, no pude, y no se lo dije.

Esperaba empezar a beber y a practicar sexo aquel verano. Siebert había vuelto de la universidad sola (su familia se había trasladado a Texas), y ya había ejercitado un anquilosamiento intenso en el sofá de la sala de su abuela. Lunte y su familia se disponían a emprender un viaje de acampada de dos meses y Siebert se quedaría a cuidarles la casa. La ocuparía ella misma todas las noches durante dos meses.

Ella y yo teníamos sendos trabajos en el centro, y nuestro primer viernes no se presentó a la cita convenida para almorzar juntos. Me pasé la tarde preguntándome si, al igual que con Merrell, no me habría propasado. Pero aquella noche, cuando estaba cenando con mis padres, Davis vino a casa y nos dio la noticia: Siebert estaba ingresada en el hospital St. Joseph's con la espalda rota. La noche anterior le había pedido a Davis que la llevase a lo alto del campanario del Edén Seminary, y se había caído desde una tubería a nueve metros de altura.

Tuve ganas de vomitar. Y, sin embargo, mientras intentaba digerir la noticia, mi preocupación más apremiante era que mis padres la estaban recibiendo directamente, antes de que yo pudiese preparársela. Era como si a mí y a todos mis amigos nos hubieran pillado de una forma nueva, amplia e irrevocable. Mientras escuchaba a Davis, mi madre ostentaba su ceño más adusto. Siempre había preferido el habla educada de Manley al discurso atropellado de Davis, y tampoco apreciaba mucho a Siebert. Su desaprobación era ahora radiante y completa. Mi padre, que apreciaba a Siebert, estaba casi al borde de las lágrimas.

—No entiendo qué estabais haciendo en el tejado —dijo.

—Pues, bueno, la cosa es que —dijo Davis, abatido— ella ya no estaba en el tejado. Estaba yo, alargando la mano, en fin, para ayudarla.

—Pero, Cristo bendito —exclamó mi padre—, *¿por qué habíais subido los dos al tejado del Edén Seminary?*

Davis parecía un poco cabreado. Había hecho lo correcto al darme la noticia en persona, y ahora, como premio, mis padres le estaban dando la vara.

—Sí, bueno, la cosa es que —dijo— ella me llamó anoche y quería que yo la llevase a lo alto del campanario. Yo quería usar cuerdas, pero ella escala realmente bien. No quiso una cuerda.

—Hay una vista bonita desde el campanario —aventuré—. Se ve todo alrededor. Mi madre volvió hacia mí una expresión severa.

—¿Has estado *allí* arriba?

No dije, lo cual, por casualidad, era cierto.

—No entiendo nada de esto —dijo mi padre.

En el Pinto de Davis, cuando los dos íbamos hacia Edén, me dijo que había subido por la tubería delante de Siebert. Era un tubo sólido y bien fijado a la pared, y Siebert le había seguido con facilidad hasta que llegó al canalón. Si hubiera estirado la mano, dijo Davis, él podría haberle tendido la suya desde el tejado y haberla subido. Pero al parecer ella sucumbió al pánico, y antes de que él pudiera ayudarla los ojos se le nublaron, las manos se le fueron detrás de la cabeza y cayó verticalmente, siete metros y medio, aterrizando de espaldas en el césped del seminario. Davis dijo que el impacto fue horrible. Sin pararse a pensarlo, sin siquiera descolgarse desde el canalón, saltó los nueve metros y amortiguó la caída con la voltereta que había ejercitado en saltos inferiores. Siebert estaba gimiendo. Él corrió hasta la más próxima ventana iluminada, golpeó en el cristal y pidió a gritos una ambulancia.

La hierba al pie de la tubería no estaba tan pisoteada como yo esperaba. Davis señaló el lugar donde los paramédicos habían tendido a Siebert en una camilla rígida. Me obligué a mirar la tubería. El aire vespertino en Edén, como contraste, era tibio y delicioso. Había trinos crepusculares en las hojas de robles recién brotadas, luces protestantes se encendían en ventanas góticas.

—¿Saltaste desde ahí arriba? —dije.

—Sí, fue una verdadera tontería.

Resultó que Siebert había tenido suerte al caer de bruces. Tenía dos vértebras destrozadas, pero los nervios estaban intactos. Estuvo hospitalizada seis semanas y fui a visitarla todas las noches, a veces con Davis, más a menudo solo. Un amigo guitarrista y yo escribimos canciones inspiradas y se las cantamos durante las tormentas eléctricas. Todo el verano fue oscuro. Tumbado en la mesa de billar de Lunte, con el estómago lleno de ron, Lówenbrau, Seagram's y vino de zarzamora, miraba girar el techo. No me odiaba, pero sí la adolescencia, odiaba la palabra misma. En agosto, después de que los padres de Siebert se la llevaran a Texas con un aparato ortopédico y un montón de analgésicos, salí con la chica que había estado saliendo en primavera. Según mi diario, lo pasábamos en grande juntos.

La adolescencia se disfruta más sin cohibición, pero la cohibición, por desgracia, es su síntoma principal. Incluso cuando te sucede algo importante, incluso cuando tienes el corazón oprimido o exaltado, incluso cuando estás absorto en sentar los cimientos de tu personalidad, hay momentos en que sabes que lo que está sucediendo no es la verdadera historia. A menos que te mueras, la verdadera historia aún está por llegar. Este solo hecho, esta mezcla cruel de conciencia e insignificancia, esta vacuidad intrínseca basta para explicar lo cabreado que estás. Eres infeliz y te avergüenzas si no crees que tus trastornos adolescentes importan, pero si lo crees eres un estúpido. Éste era el dilema del que nuestros juegos con el señor Knight, el tomar tan en serio algo tan inútil, nos habían concedido una milagrosa prórroga de quince meses.

Pero ¿cuándo empieza la auténtica historia? A los cuarenta y cinco años, casi a diario agradezco ser el adulto que deseaba poder ser cuando tenía diecisiete. Ejercito la fuerza de mis brazos en el gimnasio; he llegado a ser bastante bueno manejando herramientas. Al mismo tiempo, casi todos los días, pierdo batallas con el chico de diecisiete años que sigo llevando dentro. Almuerzo media caja de Oreos, me atiborro de televisión, emito juicios morales aplastantes, ando por la ciudad con vaqueros raídos, tomo martinis una noche de martes, miro el escote en los anuncios de cerveza, atribuyo mala onda a todos los grupos a los que no pertenezco, siento el impulso de rayar los Range Rovers y rajarlos las llantas; me comporto como si no fuera a morir nunca.

El dilema, el problema de conciencia mezclado con inanidad, no se desvanece. Nunca dejas de esperar que empiece la verdadera historia, porque la única historia, al final, es que te mueres. En el camino, sin embargo, Knight reaparece una y otra vez: Knight como Dios, como historia, como gobierno, destino o naturaleza. Y el juego del arte, que comienza como una tentativa de captar la atención de Knight, a la postre te invita a jugarlo por sí mismo, con una seriedad que redime su inutilidad fundamental y es redimido por ella.



Para un inexperto oriundo del medio oeste metido en la rápida vida del este, la universidad resultó ser una repetición del instituto. Conseguí entablar amistad con unos cuantos corazones solitarios, pero las únicas diabluras en que participé fueron claramente sádicas: acribillar con cubos de gelatina a una chica popular, arrastrar dos metros y medio de rieles hasta el cuarto de la residencia de dos condiscípulos mejor adaptados. Manley y Davis no parecían más felices en sus facultades respectivas; fumaban cantidad de hierba. Lunte se había trasladado a Moscow, Idaho. Holyoke, todavía con DIOTI, organizó una broma final consistente en un aula llena de periódicos arrugados hasta la altura de la cintura.

Siebert volvió a St. Louis el verano siguiente, sin que le doliera al caminar y vestida con ropas al estilo de Annie Hall, y trabajó conmigo en una farsa sobre un inspector de policía en la India colonial. Mis sentimientos por ella eran un estofado adolescente de amor-y-recapacitación, de compromiso-y-conserva otras opciones. Manley y Davis fueron los que me llevaron a desayunar el día de mi cumpleaños, la última mañana del verano. Me recogieron con el coche de Davis, donde también llevaban un bastón blanco, el spaniel idiota de Davis, *Goldie*, y un par de gafas de natación que habían sumergido en pintura negra. Me invitaron a ponerme las gafas y después me dieron el bastón y la correa de *Goldie* y me introdujeron en la crepería, donde les divertí comiendo una pila de crepes como si fuera un ciego.

Después del desayuno, dejamos a *Goldie* en casa de Davis y circulamos por carreteras principales en el calor abrasador de agosto. Supuse que nuestro destino era el Arch, en la orilla del río, y acerté.

Recorrí animosamente el vestíbulo subterráneo del Arch tanteando el suelo con la contera del bastón, y mi oído era cada vez más agudo. Davis compró entradas para subir a la cima del Arch mientras Manley me incitaba a tocar un bronce de Remington, un caballo alzado sobre las patas traseras. A nuestra espalda sonó una voz cortante de hombre:

—Por favor, no lo toquéis. Oh. Oh. Perdón.

Retiré las manos.

—No, no, por favor, adelante. Es un Remington original, pero tócalo, por favor.

Volví a posar las manos en el bronce. Manley, el muy huevón, se fue a algún sitio a reírse con Davis. Las manos del guarda del parque guiaban las mías.

—Palpa los músculos en el pecho del caballo —me insistió.

Yo llevaba unas gafas de nadar mutiladas. Mi bastón era una vara con una capa de pintura blanca. Me volví para irme.

—Espera —dijo el guarda—. Hay algunas cosas muy bonitas que quiero enseñarte.

—Uh.

Me cogió del brazo y me metió en el museo de la Expansión al Oeste. Su voz se

tornó aún más suave.

—¿Desde cuándo estás... privado de visión?

—No hace mucho —dije.

—Toca este tipi. —Me dirigió la mano—. Son pieles de búfalo con el pelo arrancado. Ven, yo te llevo el bastón.

Entramos en el tipi y durante cinco minutos interminables acaricié obedientemente pieles, palpé utensilios, olí cestas tejidas. El crimen de engañar al guarda se volvía más grave a cada minuto que pasaba. Estaba cubierto de sudor cuando hui del tipi y le di las gracias.

En lo alto del Arch, curado por fin de la ceguera, vi: bruma, resplandor, gabarras de carbón, el Busch Stadium, un río diarreico. Manley se encogió de hombros y miró el suelo metálico.

—Esperábamos que pudieras ver algo más aquí arriba —dijo.

A menudo sucedía en mi cumpleaños que soplaban el primer frente frío estival del otoño. La tarde siguiente, cuando mis padres y yo viajamos en coche al este, para una boda en Fort Wayne, el cielo estaba despejado. Maizales gigantescos de Illinois, casi maduros, ondulaban a la luz dorada detrás de nosotros. Se palpaba, en el aire fresco que llegaba de Canadá, casi todo lo que había que saber sobre la vida en la región. ¡Y qué desprovistas de interiores parecían las granjas en una luz tan perfecta! ¡Qué impacientes de cosecha parecían los maizales zarandeados por el viento! ¡Y qué platónicamente verdes los letreros oficiales de Effingham! (Su nombre oficioso, conjeturé, era Fuckingham). La estación había cambiado de un día para otro y yo estaba leyendo libros mejores y procurando escribir todos los días, esta vez empezando desde cero, para mí mismo.

Mi padre sobrepasaba el límite de velocidad en seis invariables kilómetros por hora. Mi madre habló desde el asiento trasero.

—¿Qué hicisteis ayer tú y Chris y Ben?

—Nada —dije—. Desayunamos.

## LA LENGUA EXTRANJERA

Man wird mich schwer davon überzeugen, daß die Geschichte des verlorenen Sohnes nicht die Legende dessen ist, der nicht geliebt werden wollte.<sup>[10]</sup>

RILKE, *Malte Laurids Brigge*

Rotwerden, Herzklopfen, ein schlechtes Gewissen: das kommt davon, wenn man nicht gesündigt hat.<sup>[11]</sup>

KARL KRAUS

Me introdujo en la lengua alemana una mujer joven y rubia, Elisabeth, a la que ninguna palabra inferior a «voluptuosa» alcanzaría a describir. Fue en el verano en que cumplí diez años, y yo tenía que estar sentado en el confidente del porche acristalado de mis padres y leer en voz alta de un texto alemán básico —un libro nada apetecible sobre la vida doméstica alemana, con una letra Fraktur anticuada y cubiertas de madera aterradoras, prestado por nuestra biblioteca local—, mientras ella, inclinada sobre mí, sostenía el libro abierto encima de mis rodillas y señalaba las palabras que yo pronunciaba mal. Ella tenía diecinueve años, sus faldas eran sensacionalmente cortas, sus tops, sensacionalmente ceñidos, y la proximidad de sus pechos, cegadora como un eclipse del mundo, y la gran extensión sureña de sus piernas desnudas me resultaban insoportables. Sentado a su lado, me sentía como un claustrofóbico en un ascensor atestado, como alguien aquejado de un síndrome grave de agitación de piernas, como un paciente dental sometido a una larga sesión de torno. Sus palabras, siendo productos de sus labios y su lengua, transmitían una intimidad indeseada y el propio lenguaje alemán, comparado con el inglés, sonaba profundamente gutural y húmedo. (Qué ñoño nuestro «malo», qué carnal su «*schlecht*»). Me apartaba de ella, pero ella se me acercaba, y yo me deslizaba hacia un lado en el asiento, pero ella me seguía. Estaba tan incómodo que no conseguía concentrarme ni un minuto, lo que constituía mi único alivio: casi todas las tardes, ella perdía enseguida la paciencia conmigo.

Elisabeth era la hermana pequeña de la mujer del fabricante austríaco de equipamiento ferroviario al que mi padre había ayudado a introducirse en el mercado norteamericano. Había venido de Viena, a invitación de mis padres, para practicar su inglés y vivir con una familia norteamericana; también, en privado, confiaba en explorar las nuevas libertades que los europeos habían oído que imperaban en nuestro país. Por desgracia, aquellas libertades no eran accesibles en nuestro hogar. A Elisabeth la habían instalado en el dormitorio vacío de mi hermano Bob, que daba a un patio de cemento, sucio y vallado, donde *Speckles*, el perro de caza blanquinegro de nuestros vecinos, ladraba toda la tarde. Mi madre estaba continuamente al lado de Elisabeth y la llevaba a comer con sus amigos, al zoo de Saint Louis, al Shaw's Garden, al Arch, a la Muny Opera y a la casa de Tom Sawyer, en Hannibal. Como

alivio de estas afectuosas atenciones, Elisabeth sólo tenía la compañía de un niño de diez años con sus propios problemas de libertad.

Una tarde, en el porche, me acusó de que yo no quería aprender. Lo negué y ella dijo: «Entonces ¿por qué no paras de dar vueltas y de mirar fuera? ¿Hay algo ahí que yo no veo?». No encontré una respuesta. Nunca asocié conscientemente su cuerpo con mi incomodidad; nunca formé mentalmente palabras como «pecho» o «muslo» o «sucio», nunca relacioné su demoledora presencia con la charla de patio de colegio que había empezado a oír en los últimos tiempos («Queremos dos billetes para Tetiscity, y queremos cambiarlos en penis y céntimos...»). Yo sólo sabía que no me gustaba cómo me hacía sentirme y que a ella esto la frustraba: ella me estaba volviendo un mal alumno y yo la estaba volviendo una mala maestra. Ninguno de los dos podría haber ofrecido menos de lo que el otro deseaba. Al final del verano, cuando ella se fue, yo no sabía una palabra de alemán.

En Chicago, donde nací, nuestros vecinos de un lado eran Floyd y Dorothy Nutt. Los del otro lado eran una pareja mayor que tenía un nieto llamado Russie Toates. La primera cosa divertida de la que conservo recuerdo fue cuando me puse un par de botas rojas de goma y, espoleado por Russie, que era un año o dos mayor, empecé a pisotear, resbalar y patear un montículo enorme de caca de perro marrón anaranjada. La juerga fue memorable por el severo castigo que me impusieron inmediatamente.

Acababa de cumplir cinco años cuando nos mudamos a Webster Groves. La mañana de mi primer día en la guardería, mi madre me sentó para explicarme la importancia de no chuparme el pulgar nunca más, y tomé su mensaje tan a pecho que nunca volví a chupármelo, aunque más adelante fumé cigarrillos durante veinte años. Lo primero que mi amigo Manley me oyó decir en la guardería fue mi respuesta a alguien que me invitaba a participar en un juego. Dije: «Prefiero no jugar».

Cuando yo tenía ocho o nueve años, cometí una transgresión que durante gran parte de mi vida consideré lo más vergonzoso que había hecho nunca. A última hora de la tarde de un domingo, me dejaron salir fuera después de cenar y, no encontrando a nadie con quien jugar, me acerqué a la casa de los vecinos. Estaban todavía cenando, pero vi a sus dos hijas, una un poco mayor que yo y la otra algo más pequeña, jugando en el cuarto de estar mientras esperaban a que sirvieran el postre. Al advertir mi presencia, vinieron a asomarse entre las cortinas descorridas y a mirar por una ventana y contraventana. No nos oíamos, pero quise entretenerlas y me puse a bailar, a brincar, a dar vueltas, a hacer mímica y a hacer muecas graciosas. Las chicas no se perdían detalle. Me animaron a adoptar poses cada vez más ridículas y extremas, y durante un rato seguí divirtiéndolas, pero llegó un momento en que noté que su atención decaía y no se me ocurrían ninguna cabriola nueva para rematar las anteriores, y además *no soportaba la idea* de perder su atención y, obedeciendo a un impulso —estaba totalmente aturdido—, me bajé los pantalones.

Las dos hermanas se taparon la boca con las manos, deleitadas por un falso horror. Pensé al instante que no podría haber hecho nada peor. Me subí los pantalones y bajé corriendo la cuesta, rebasé mi casa y llegué a una isleta de césped en el tráfico donde pude esconderme entre unos robles y capear la primera y peor oleada de vergüenza. Años y decenios más tarde, me parecía que ni siquiera entonces, minutos después de mi acción, mientras estaba sentado entre los robles, recordaba si me había quitado el calzoncillo junto con el pantalón. Esta laguna de la memoria me atormentaba y a la vez carecía de importancia. Me habían mostrado —y yo les había mostrado a las niñas— una vislumbre de la persona que yo sabía que estaba en permanente peligro de llegar a ser. Fue lo peor que había visto en mi vida, y resolví no permitir que aquella figura reapareciera.

Curiosamente desvergonzadas, en cambio, eran las horas que pasaba mirando revistas porno. Sobre todo lo hacía después del instituto con mi amigo Weidman, que había descubierto algunos *Playboy* en el dormitorio de sus padres, pero un día en que estaba fisgando en una obra compré yo mismo una revista. Se llamaba *Rogue*, y los anteriores dueños habían arrancado la mayoría de las fotos. La única que quedaba describía una «comida orgiástica lesbiana», consistente en plátanos, pastel de chocolate, grandes cantidades de nata y cuatro chicas deprimentes, de pelo lacio, poniendo poses de una falsedad tan patente que incluso yo, a los trece años, en Webster Groves, comprendí que una «comida orgiástica» no era un concepto que alguna vez me resultaría útil.

De todos modos, las fotos, incluso las buenas que aparecían en las revistas de Weidman, eran un poco excesivas para mí. Lo que me encantaban de *Rogue* eran los relatos. Había uno artístico, con un diálogo excelente, sobre una chica liberada que se llamaba Little Charlie e intentaba convencer a un amigo, Chris, de que le entregara su virginidad; en una conversación fascinante, Chris declara (¿sarcásticamente?) que la está reservando *para su madre*, y Little Charlie le reprende: «Chris, eso es insano». En otro cuento, titulado «Violación... al revés», había dos autostopistas, una pistola, un ferviente padre de familia, una habitación de motel y gran número de frases inolvidables, entre ellas: «Vamos a meterle en la cama», «Sorbiendo como locas» y «¿Todavía quieres ser fiel a la parienta?, se burló ella». Mi texto favorito era un clásico sobre una azafata aérea, miss Trudy Lazlo, que se inclina sobre un pasajero de primera clase llamado Dwight y le brinda «un generoso panorama de sus cremosas jarritas blancas», que él correctamente interpreta como una invitación a reunirse con ella en el lavabo de primera y practicar diversas posturas sexuales que a mí me costaba imaginar exactamente; en un giro sorpresa, la historia termina cuando el piloto del avión señala un rincón cerrado con una cortina, «con un pequeño colchón, en la trasera de la cabina», donde Trudy se tumba cansada para satisfacerle a él también. Yo aún no era hormonalmente capaz de un exutorio para la excitación de

todo aquello, pero la indecencia de *Rogue*, su absoluta incompatibilidad con mis padres, que me consideraban su chico casto, me hizo más intensamente feliz que cualquier libro que he leído en mi vida.

Una vez, Weidman y yo falsificamos notas de nuestras madres respectivas para poder salir del instituto a mediodía y presenciar el despegue del primer Skylab. Ni a Weidman ni a mí nos interesaba nada tecnológico ni científico (excepto, en mi caso, los animales). Montamos laboratorios de química rivales, hacíamos maquetas chapuceras de ferrocarriles, acumulábamos material electrónico rescatado de la basura, jugábamos con grabadoras, participábamos en proyectos de ferias científicas, íbamos a clases en el planetario, escribíamos en el instituto programas BÁSICOS para el terminal informático operado con módem y fabricábamos «cohetes de combustible líquido», fantásticamente inflamables, con tubos de ensayo, tapones de caucho y benceno. Por mi cuenta, estaba suscrito a *Scientific American*, coleccionaba piedras y minerales, me convertí en un experto en líquenes, cultivaba plantas tropicales a partir de semillas de frutas, cortaba con un micrótopo cosas en rodajas y las ponía debajo de un microscopio, realizaba experimentos de física caseros con muelles y pesos pendulares y me leí de cabo a rabo en tres semanas todas las colecciones de escritos de divulgación científica de Isaac Asimov. Mi primer héroe fue Thomas Edison, cuya vida adulta había consistido totalmente en tiempo libre. Mi primer objetivo profesional declarado fue ser «inventor». Y por eso mis padres presumieron —una suposición no descabellada— que yo sería un científico de algún tipo. Preguntaron a Bob, que estudiaba medicina, qué idioma extranjero debía estudiar en el instituto un científico en ciernes y él les dio una respuesta inequívoca: alemán.

Cuando yo tenía siete años, mis padres y yo fuimos a visitar a Bob en la universidad de Kansas. Tenía una habitación en Ellsworth Hall, un hormigueante bloque de apartamentos con luz cruda y un olor penetrante a vestuario. Al entrar con mis padres en el cuarto de Bob, vi el póster en la pared al mismo tiempo que mi madre exclamó, con rabia y asco: «¡Bob! ¡Bob! ¡Oh! ¡Uy! ¡No puedo creer que hayas puesto eso en la pared!». Al margen incluso de la opinión de mi madre, que aprendí a temer muchísimo, los rojos sanguinolentos de la boca y las areolas de la chica me habrían parecido virulentos. Era como si hubiesen fotografiado a la chica emergiendo, flaca, salvaje y depravada, de un terrible accidente causado por su propio trastorno mental. Me asustó y me ofendió lo que ella me estaba infligiendo y lo que Bob estaba infligiendo a mis padres. «Jon no puede estar en esta habitación», declaró mi madre, y me hizo volverme hacia la puerta. Fuera, me dijo que no entendía a Bob en absoluto.

Él se volvió más discreto después de aquel percance. Cuando volvimos para su graduación, tres años más tarde, pegó un biquini de cartulina encima de la beldad de turno, que esta vez me pareció cálida, agradable y hippiosa: me gustó. Bob siguió regodeándose con la aprobación que había dado mi madre a su decisión de volver a casa, a St. Louis, e ingresar en una facultad de medicina. Si tenía novias, nunca tuve el gusto de conocerlas. Un domingo, sin embargo, trajo a comer en casa a un amigo de la facultad que contó una historia en la que mencionaba que había estado acostado con su novia. Apenas reparé en este detalle, pero en cuanto Bob se fue, mi madre me dio su opinión sobre el asunto.

—No sé si quería alardear o escandalizarnos o dárselas de curtido —dijo—, pero si es verdad lo que ha dicho de que cohabita con su novia, entonces quiero que sepas que creo que es una persona inmoral y que me decepciona mucho que Bob sea amigo suyo, porque *desapruebo categóricamente ese estilo de vida*.

Aquel estilo de vida era el de mi hermano Tom. Después de la gran pelea con mi padre, había llegado a graduarse en la escuela de cine de Rice y vivía en una barriada de Houston con sus amigos artistas. Yo estaba en décimo cuando trajo a casa por Navidad a una de sus amigas, una mujer delgada y morena que se llamaba Lulu. Yo no podía mirarla sin sentir que me había quedado sin aliento, tan cerca estaba ella de encarnar el ideal del atractivo sexual involuntario de mediados de los años setenta. Fue un calvario pensar en qué libro comprarle como regalo navideño, para que se sintiera mejor acogida en la familia. Mi madre, entretanto, estaba casi psicótica de odio.

—¿Lulu? ¿Lulu? ¿Qué clase de persona tiene un nombre así? —Emitió una risita chirriante—. ¡Cuando *yo* era joven, una *lulu* era una loca! ¿Lo sabías? ¡Una lulu era como llamábamos a una chiflada excéntrica!

Un año después, cuando Bob y Tom vivían en Chicago y yo fui a visitarles un fin de semana, mi madre me prohibió quedarme en el apartamento que Tom compartía con Lulu. Tom estudiaba cine en el Arts Institute y hacía cortos austeros y no narrativos con títulos como *Panorámica fluvial de Chicago*, y mi madre intuía, atinadamente, que mi hermano poseía un insalubre grado de influencia sobre mí. Cuando Tom se burló de Cat Stevens, desterré a Cat Stevens de mi vida. Cuando Tom me regaló sus elepés de Grateful Dead, los Dead se convirtieron en mi banda favorita, y cuando él se cortó el pelo y se pasó a Roxy Music y Talking Heads y DEVO, me corté el pelo y le imité. Al ver que se compraba la ropa en Amvets, empecé a comprar en tiendas de segunda mano. Como él vivía en una ciudad, yo quería vivir en una ciudad; como se hacía su propio yogur con leche reconstituida, yo quería hacerme mi yogur con esa leche; como tomaba notas en una carpeta grande de quince por veintitrés centímetros, me compré una igual y empecé un diario en ella; como hacía películas sobre ruinas industriales, compré una cámara y saqué fotos de ruinas industriales; como vivía de un modo precario y hacía trabajos de carpintería y restauraba pisos con materiales recogidos en la calle, yo también quería vivir

precariamente. Las diosas irremediablemente inalcanzables del último tramo de mi adolescencia fueron las chicas de Bellas Artes que pululaban alrededor de Tom con sus ropas de segunda mano y peinados puntiagudos.

No era buen rollo el alemán del instituto. Era el idioma que ninguno de mis amigos escogía, y los carteles turísticos, descoloridos por el sol, en el aula de la profesora de alemán, la señora Fares, no eran un argumento convincente para visitar Alemania ni prendarse de su cultura. (Lo mismo podía decirse de las clases de francés y español. Era como si las lenguas modernas tuvieran tanto miedo del desprecio adolescente que hasta las aulas estaban obligadas a decorarse de una forma previsible: a ostentar carteles de corridas de toros y pósters de la Torre Eiffel y el castillo de Neuschwanstein). Muchos de mis condiscípulos tenían padres o abuelos alemanes, cuyas costumbres («A él le gusta la cerveza caliente») y tradiciones («Tomamos Lebkuchen en Navidad») carecían igualmente de interés para mí. Pero la lengua en sí era tirada. Era cuestión de memorizar matrices de cuatro desinencias de adjetivos y seguir las reglas. Era cuestión de gramática, la asignatura en la que yo más destacaba. Sólo me sacaba de quicio el tema del género alemán, la arbitrariedad evidente de la cuchara, el tenedor y el cuchillo.<sup>[12]</sup>

Al mismo tiempo que el barbudo Mutton y sus discípulos varones estaban recapitulando antiguos patriarcados, Compañerismo nos enseñaba a cuestionar nuestras presunciones sobre los roles sexuales. A los chicos se les alababa y premiaba por verter lágrimas, y a las chicas por cabrearse y decir palabrotas. El «grupo de mujeres» semanal de Compañerismo se hizo tan popular que hubo que dividirlo en dos. Una consejera invitó a unas chicas a su apartamento y les dio clases muy gráficas de cómo gozar del sexo sin quedarse embarazadas. Otra consejera desafió al patriarcado tan incisivamente que un día en que pidió a Chip Jahn que expresara sus sentimientos, él contestó que tenía ganas de sacarla a rastras al aparcamiento y zurrarle la badana. Para equilibrar la balanza, dos consejeros intentaron crear un grupo de hombres, pero los únicos chicos que se afiliaron estaban ya tan sensibilizados que querían pertenecer al grupo de mujeres.

Comparado con ser hombre, ser mujer me parecía azaroso. De la popularidad de los grupos de apoyo semanales deduje que las mujeres habían sido realmente oprimidas y que los hombres teníamos que acatarlas, ser solícitos y afectuosos y satisfacer sus deseos. Era especialmente importante para un hombre hacer un profundo examen de su corazón y asegurarse de que no estaba objetivando a una mujer amada. Era muy malo que incluso una parte diminuta de ti la estuviera explotando sexualmente, o poniendo en un pedestal e idolatrándola.

En mi diario de último curso, mientras aguardaba a que Siebert volviera de su



primer año en la universidad, supervisaba continuamente lo que sentía por ella. Escribí «NO la CANONICES» y «No te enamores ni hagas nada tan estúpidamente destructivo como eso», y «No somos sagrados». Cuando me percaté de que escribía su nombre con mayúsculas, volví al diario y anoté: «¿Por qué demonios ponerlo en mayúsculas?». Ridiculizaba e injuriaba a mi madre por su sucia sospecha de pensar que a mí me gustaba el sexo. Mientras Siebert estuvo ausente salí con una católica picante, O., que me enseñó a disfrutar del regusto a coliflor cruda de los cigarrillos en la boca de una chica, y supuse con toda naturalidad que Siebert y yo perderíamos la virginidad antes de que yo tuviera que marcharme a la universidad. Pero yo imaginaba esta pérdida como algo adulto y serio que consolidaba la amistad, no como una relación parecida a las que había leído en *Rogue*. Ya había acabado con aquel tipo de sexo en los primeros años de instituto.

Una noche de verano, poco después de que Siebert se rompiera la espalda, justo antes de cumplir los dieciocho, yo estaba pintando un mural con mis amigos Holyoke y Davis, y el primero nos preguntó al segundo y a mí con qué frecuencia nos masturbábamos. Davis contestó que ya no lo hacía. Dijo que lo había intentado algunas veces, pero había decidido que en realidad no era algo que le resultase placentero.

Holyoke le miró con un asombro grave.

—No disfrutabas.

—No, la verdad —dijo Davis—. No le veía la gracia.

Holyoke frunció el ceño.

—¿Puedo preguntarte qué... técnica... qué materiales... usabas?

Escuché atentamente la conversación que siguió, porque, a diferencia de Davis, yo ni siquiera lo había intentado.

El profesor de alemán de primer año en Swarthmore College, Gene Weber, era un espectáculo en sí mismo, un hombre exuberante y locuaz que brincaba y se abatía y daba palmadas sobre los escritorios y llamaba «*bambini*» a sus alumnos de primero. Tenía el aire de un maestro de preescolar inspirado e ingenioso. Todo en el aula le parecía hilarante y, como si los *bambini* no pudieran generar hilaridad por sí mismos, decía en su lugar cosas graciosísimas y se reía también en lugar de ellos. Weber no me disgustaba, pero le oponía resistencia. A quien yo adoraba era a la profesora de prácticas, Frau Plaxton, una mujer de paciencia ilimitada y rasgos nórdicos bellamente cincelados. Yo la veía todos los martes y jueves a las 8:30, una hora que se hacía tolerable gracias a la forma cariñosa y perpleja de decir «Herr Franzen» cuando yo entraba en el aula. Por poco que los alumnos hubiesen estudiado, Frau Plaxton no podía mostrarles un ceño severo sin que su propia severidad también la hiciese sonreír. Su exagerada pronunciación, por motivos heurísticos, de vocales y consonantes alemanas era tan jugosa como una buena ciruela.

Los otros días laborables, a las 8:30 de la mañana, tenía cálculo de variables, una clase nueva destinada a descubrir a alumnos cuya vocación para las matemáticas y la ciencia fuera poco menos que fanática. Para las vacaciones de primavera, estaba a punto de suspender esta materia. Si hubiera tenido intención de hacer una carrera científica —como el cincuentón oficial insistía en asegurar a sus padres—, tendría que haber pasado las vacaciones estudiando. En cambio, mi amigo Ekström y yo tomamos en Filadelfia un autobús a Houston para ver a Siebert, que ya no usaba el corsé para la espalda y vivía en una residencia universitaria.

Una noche, para deshacernos de su compañera de habitación, Siebert y yo salimos a sentarnos en un banco de un patio rodeado de muros de cemento. Siebert me dijo que uno de sus profesores, el poeta Stephen Spender, les había hablado mucho de Sigmund Freud, y que ella había estado pensando en su caída desde el canalón del Edén Seminary el año anterior. La víspera del accidente por la noche, ella y nuestro amigo Lunte habían pasado por mi casa y llamaron al timbre, y antes de que yo me percatara de lo que ocurría Siebert conoció a mi novia, por así decirlo, precedente, O., que estaba con Manley y Davis, que acababa de llevarla a lo alto del campanario del Edén Seminary. O. estaba acalorada y radiante por la ascensión, y no le importó admitir que Manley y Davis la habían atado con cuerdas y más que nada la habían izado a lo largo de la cañería; su ineptitud física fue motivo de chistes.

Siebert había perdido todo recuerdo del día siguiente al día en que conoció a O., pero otras personas le dijeron posteriormente lo que había hecho. Había llamado a Davis y le dijo que quería subir al mismo campanario al que había subido con O. Cuando Davis propuso que llamaran a Manley o que como mínimo llevaran una cuerda, Siebert dijo que no, que no necesitaba a Manley ni necesitaba cuerdas. Y, en efecto, escaló con suma facilidad la cañería. Sólo al llegar arriba, mientras Davis le tendía la mano para ayudarle a salvar el canalón, soltó las manos. Y ella me dijo que Freud tenía una teoría sobre el inconsciente. Según Stephen Spender, que tendía a fijarse en Siebert y a clavar sus misteriosos ojos azules en ella cada vez que hablaba de este tema, Freud pensaba que cuando cometías un error extraño, tu parte consciente creía que era fortuito, pero de hecho nunca lo era: habías hecho exactamente lo que tu parte oscura e incognoscible quería hacer. Cuando la mano se deslizaba por su cuenta y te cortabas con un cuchillo, era porque tu zona escondida quería cortarte. Cuando decías «mi madre» en vez de «mi mujer», era porque en realidad querías decir «mi madre». La amnesia postraumática de Siebert era total, y era difícil imaginar a alguien menos suicida que ella; pero ¿y si había *querido* caerse del tejado? ¿Y si su inconsciente quería morir, por culpa de mis escauceos con O.? ¿Y si, en la cima del canalón, había dejado de ser ella misma y se había convertido totalmente en aquella otra cosa oscura?

Por supuesto, yo sabía quién era Freud. Sabía que era vienés e importante. Pero sus libros me habían parecido desagradables y arduos cada vez que sacaba uno de una estantería, y hasta aquel momento me las había apañado para no saber casi nada de él.

Siebert y yo estábamos sentados en el patio desierto de cemento, respirando el aire primaveral. La rotura de amarras de la primavera, las fragancias de la reproducción, la relajación, el deshielo, el olor de barro caliente ya no eran para mí tan temibles como habían sido cuando tenía diez años. Ahora también era delicioso. Pero a la vez también algo temible. Al pensar, sentado en el patio, en lo que Siebert había dicho y afrontar la posibilidad de que yo también tenía un inconsciente que sabía tanto de mí como poco sabía yo de él, un inconsciente que siempre buscaba un modo de huir, una forma de eludir mi control y hacer su sucio trabajo, bajarme los pantalones delante de mis vecinas, empecé a gritar de terror. Grité a voz en cuello, lo que asustó tanto a Siebert como a mí. Después volví a Filadelfia y olvidé todo este episodio.

Mi instructor en el alemán intensivo del tercer trimestre era el otro profesor titular del departamento, George Avery, un greco-americano nervioso, guapo, de voz chirriante, que parecía impelido a hablar en frases más cortas de trescientas palabras. La gramática que en teoría debíamos revisar no le interesaba demasiado. El primer día de clase, miró sus textos, se encogió de hombros, dijo: «Supongo que están todos familiarizados con esto», y se embarcó en una digresión intrincada sobre modismos alemanes escabrosos y poco usados. La semana siguiente, doce de los catorce alumnos de la clase firmaron una petición en la que amenazaban con abandonar la asignatura si no retiraban a Avery y lo sustituía Weber. Yo me opuse a la petición — me parecía mezquino violentar a un profesor, aunque fuera nervioso y difícil de seguir, y no echaba de menos que me llamaran «*bambino*»—, pero Avery fue destituido y Weber volvió dando brincos.

Como casi había suspendido cálculo de variables, no tenía futuro en las ciencias puras, y como mis padres habían sugerido que si me empeñaba en estudiar literatura como materia principal quizá tuviera que sufragarme yo mismo la universidad, no me quedaba más elección que el alemán. Su principal atractivo era que no me costaba sacar sobresalientes, pero aseguré a mis padres que me estaba preparando para una carrera en banca internacional, Derecho, diplomacia o periodismo. En privado, esperaba pasar mi primer año en el extranjero. La facultad no me gustaba mucho — era una degradación del instituto, en todos los sentidos— y yo seguía siendo técnicamente virgen, y contaba con Europa para arreglar esto.

Pero al parecer no había modo de obtener un respiro. El verano anterior a mi partida a Europa, anduve averiguando el paradero de una beldad extraña y larguirucha con la que yo había bailado una vez en una clase de gimnasia en el instituto y sobre la que había fantaseado en la facultad, pero resultó que tenía novio y una adicción a la heroína. Salí dos veces con la hermana pequeña de Manley, que en la segunda cita me sorprendió presentándose con una carabina, su amiga MacDonald, quien había pensado que yo era un tramposo. Fui a estudiar literatura alemana en Munich, y en mi tercera noche allí, en una fiesta para los estudiantes nuevos, conocí a

una bávara luminosa y bonita que me propuso que fuéramos a tomar una copa. Contesté que estaba cansado pero que me gustaría verla en algún otro momento. No volví a verla nunca. La proporción de alumnos y alumnas en las residencias universitarias de Munich era de tres a una. Durante los diez meses siguientes, no conocí a ninguna otra alemana interesante que se dignase a darme la hora. Maldije la terrible mala suerte de que mi única oportunidad hubiese surgido tan al principio del año. Me dije que si hubiera estado en Munich sólo una semana más, quizá habría hecho las cosas de otro modo, echarme una novia fantástica y hablar alemán de corrido. Por el contrario, hablaba cantidad de inglés con norteamericanas. Me las ingenié para pasar cuatro días en París con una de ellas, pero resultó ser tan inexperta que hasta los besos la asustaban: una increíble mala suerte. Fui a Florencia, me alojé en un hotel que era a la vez un burdel y me vi rodeado en tres dimensiones por gente dedicada a follar diligentemente. En un viaje a la España rural, tuve una novia española durante una semana, pero antes de que pudiéramos aprender nuestros idiomas respectivos tuve que volver a examinarme a la estúpida Alemania: mi mala potra. Cortejé a una compatriota más prometedoramente curtida, pasé horas bebiendo y fumando con ella, escuchamos *London Calling* una y otra vez y sondeé lo que creí que eran los límites exteriores de prepotencia compatible con ser un varón solícito y afectuoso. Viví con la expectativa cotidiana de lograrlo, pero al final, al cabo de meses de cortejo, ella decidió que seguía enamorada de su ex estadounidense. Solo en mi cuarto de la residencia, oía chingar a múltiples vecinos: mis paredes y techo eran como amplificadores. Transferí mis afectos a otra compatriota más, esta vez con un novio alemán rico al que mangoneaba y del que se quejaba a sus espaldas. Pensé que si escuchaba suficiente tiempo sus quejas sobre el novio y la ayudaba a comprender lo arisco y egoísta que era aquel gilipollas, ella recobraría el sentido común y se quedaría conmigo. Pero mi mala suerte era inconcebible.

Sin la distracción de una novia, aprendí cantidad de alemán en Munich. Me infectó en particular la poesía de Goethe. Por primera vez en mi vida, me hirió el acoplamiento verbal de sonido y sentido. En todo el Fausto, por ejemplo, había una interacción sobrenatural de los verbos *streben*, *schweben*, *weben*, *leben*, *beben*, *geben* [Esforzarse, flotar, tejer, vivir, temblar, dar]: seis troqueos que parecían englobar la vida interior de toda una cultura. Había demenciales efusiones alemanas, como esas palabras de gratitud que Fausto pronuncia después de una noche de excelente sueño:

*Du regst und rührst ein kräftiges Beschließen  
Zum höchsten Dasein, immerfort zu streben,*<sup>[13]</sup>

que yo repetía incesantemente para mí, mitad en broma y mitad como un idólatra. Había la conmovedora y compensatoria ansia alemana de no ser alemán en absoluto

sino italiano, lo cual plasmó Goethe en su verso clásico en Wilhelm Meister:

*Kennst du das Land wo die Zitronen blühn,  
Im dunkeln Laub die Goldorangen glühn...  
Kennst du es wohl?*<sup>[14]</sup>

Había otras líneas que yo recitaba cada vez que subía a un campanario o a la cima de una colina, frases pronunciadas por Fausto después de que los querubines arrancaran a su espíritu de las garras del demonio y lo instalaran en el cielo:

*Hier ist die Aussicht frei,  
Der Geist erhoben.  
Dort ziehen Frauen vorbei,  
Schwebend nach oben.*<sup>[15]</sup>

Incluso había en *Fausto* breves pasajes en los que yo reconocía una verdadera emoción mía, como cuando el héroe, que intenta ponerse a trabajar en su estudio, oye que unos nudillos llaman a la puerta y exclama, exasperado: «Wer plagt mich jetzt?». <sup>[16]</sup>

Pero a pesar del placer de sentir que una lengua se arraigaba en mí, y a pesar de las redacciones trimestrales, densamente razonadas, que escribía sobre la relación de Fausto con la naturaleza y la relación de Novalis con minas y cuevas, seguía viendo la literatura sólo como el juego básico que tenía que dominar para obtener un título universitario. Recitar Fausto en cumbres ventosas era una forma de satisfacer, pero también de desactivar y, por último, de burlarme de mis propias ambiciones literarias. La vida real, tal como yo la entendía, consistía en casarse y triunfar, no en la flor azul. En Munich, donde los estudiantes podían comprar entradas de pie por cinco marcos, fui a ver una producción de gran presupuesto de la segunda parte de Fausto, y al salir del teatro oí a un hombre de mediana edad ofrecer a su mujer, con una risita burlona, este resumen «completo y suficiente» de la obra: «Er Geht von einer Sensation zur anderen... aber keine Befriedigung». <sup>[17]</sup> La irreverencia del hombre, su diversión filistea consigo mismo, me divirtió a mí también.

El profesor difícil del departamento de alemán, George Avery, dirigía el seminario de modernismo alemán que yo seguí en mi último otoño universitario.

Avery tenía oscuros ojos griegos, una hermosa piel, una nariz fuerte y cejas pobladas. Tenía una voz aguda y eternamente ronca, y cuando se perdía en los detalles de una digresión, como ocurría a menudo, el ruido de su ronquera eclipsaba la señal de sus palabras. Sus arranques de risa alegre empezaban a una frecuencia superior al oído humano —una boca abierta en silencio— y descendían a través de una serie cada vez más rápida de exclamaciones: «¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja! ¡Ja!». Le

brillaban los ojos de placer y excitación si algún alumno decía algo remotamente pertinente o inteligente; pero si el alumno se equivocaba de medio a medio, como era el caso frecuente de los seis que asistíamos a su seminario, se estremecía y fruncía el ceño como si un chinche le pasara volando por delante de la cara, o miraba por la ventana descontento, o rellenaba su pipa o, sin decir una palabra, gorroneaba un cigarrillo de alguno de los que fumaban y apenas se molestaba en fingir que escuchaba. Era el menos refinado de todos mis profesores universitarios, pero tenía algo de lo que todos sus demás colegas carecían: sentía por la literatura ese amor y gratitud impetuosos que un cristiano convertido siente por Jesús. Su elogio supremo para un escrito era «¡Es una locura!». Sus ejemplares amarillentos y desintegrados de obras maestras de prosa alemana eran como Biblias de misioneros. Página tras página, cada frase estaba subrayada o anotada por la letra microscópica de Avery, iluminada con las apreciaciones acumulativas de quince o veinte relecturas. Sus libros en rústica eran a la vez baratos, una basura muy ácida, y la más preciosa de las reliquias, testamentos conmovedores de lo plenamente significativa que cada línea de ellos podía ser para un estudiante de sus misterios, como cada hoja y gorrión de la naturaleza son cantos a Dios para el creyente.

El padre de Avery era un inmigrante griego que había trabajado de camarero y que más adelante llegó a ser dueño de una tienda de reparación de calzado en Filadelfia. Avery había sido reclutado por el ejército a los dieciocho años, en 1944, y al final de la instrucción básica, en mitad de la noche antes de que su unidad embarcara para Europa, su oficial le zarandeó rudamente y gritó: «¡Avery! ¡Despierta! TU MADRE HA MUERTO». Tras obtener un permiso para asistir a su entierro, Avery llegó a Europa dos semanas más tarde, el día de la victoria, y nunca se incorporó a su regimiento. Le pasaron de una unidad a otra y acabó aterrizando en Augsburg, donde el ejército le puso a trabajar en una editorial requisada. Un día, el oficial al mando preguntó si alguien quería hacer un curso de periodismo. Avery fue el único que se presentó voluntario, y durante el año y medio siguiente se enseñó alemán, vistió de civil, escribió sobre música y arte para el periódico de ocupación y se enamoró de la cultura alemana. Al volver a Estados Unidos, estudió literatura inglesa y después alemana, lo que fue el motivo de que acabara casándose con una hermosa suiza, ocupando un puesto de profesor titular en una facultad de campanillas y viviendo en una casa de tres plantas en cuyo comedor, todos los lunes, a las cuatro de la tarde, hacíamos una pausa para tomar el café y las pastas que nos preparaba su mujer, Doris.

El gusto de Avery para los objetos de porcelana, los muebles y la temperatura ambiente era el de un europeo moderno. Sentados a la mesa, hablando alemán con diversos grados de éxito, tomando café que se enfriaba en cinco segundos, las hojas que yo veía desperdigadas por el césped delantero podrían haber sido hojas alemanas, impulsadas por un viento alemán, y el cielo que se oscurecía rápidamente, un cielo alemán, lleno de *Weltschmerz* otoñal. En el pasillo, la perra de Avery, Ina, una pastor

alemán de expresión contrita, se despertaba estremecida. No estábamos ni a quince millas de la diminuta casa adosada donde Avery se había criado, pero la casa donde vivía ahora, con sus suelos de madera noble, sus tapicerías de piel y sus elegantes cerámicas (muchas de ellas obra de Doris, una ceramista consumada), era la clase de lugar donde a mí ahora me habría gustado crecer, un oasis de realización personal plena.

Leíamos *El nacimiento de la tragedia* de Nietzsche, relatos de Schnitzler y Hofmannsthal y una novela de Robert Walser que me dio ganas de gritar, de tan silenciosa, sutil y sombría que era. Leímos un ensayo de Karl Kraus, «La muralla china», sobre el propietario chino de una lavandería neoyorquina que ofrecía servicios sexuales a mujeres blancas distinguidas y al final, como es sabido, estrangulaba a una de ellas. El ensayo empezaba: «Ein Mord ist geschehen, und die Menschheit möchte um Hilfe rufen»,<sup>[18]</sup> un comienzo que me pareció un poco fuerte. El asesinato de Chinatown, proseguía Kraus, era «el suceso más importante» en los dos mil años de historia de la moralidad cristiana: también un poquito fuerte, ¿no? Tardé media hora en abrirme camino por cada página de sus alusiones y dicotomías aliterativas:

Da entdecken wir, daß unser Verbot ihr Vorschub, unser Geheimnis ihre Gelegenheit, unsere Scham ihr Sporn, unser Gefahr ihr Genuß, unsere Hut ihre Hülle, unser Gebet ihre Brust war... [D]ie gefesselte Liebe liebte die Fessel, die geschlagene den Schmerz, die beschmutzte den Schmutz. Die Rache des verbannten Eros war der Zauber, allen Verlust in Gewinn zu wandeln.<sup>[19]</sup>

Y en cuanto estuve sentado en la sala de Avery, tratando de comentar el texto, comprendí que había estado tan absorto descifrando las frases de Kraus que en realidad no las había leído. Cuando Avery nos preguntó de qué trataba el ensayo, hojeé mis páginas fotocopiadas y traté de leerlas a toda velocidad para encontrar algún resumen verosímil. Pero el alemán de Kraus abría la mano muy despacio sólo a sus amantes. «Es sobre —dije— esto..., la moralidad cristiana, y...».

Avery me cortó como si yo no hubiera hablado: «*Nos gusta el sexo sucio* —dijo, dirigiendo una mirada lasciva a cada uno de nosotros—. *De eso* trata. Cuanto más sucio lo vuelve la cultura occidental, tanto más sucio nos gusta».

Me irritó aquel «nos». Mi conocimiento del sexo era puramente hipotético, pero estaba seguro de que no me gustaba sucio. Seguía buscando una amante que fuese, ante todo y sobre todo, una amiga. Por ejemplo: la morena irónica que estudiaba francés como asignatura principal y que asistía conmigo al seminario sobre modernismo, y a la que había empezado a perseguir con los métodos pasivos y de suave presión que, aunque en el pasado siempre habían fallado, seguían mereciendo mi confianza. Había oído decir que la chica estaba disponible y ella parecía encontrarme divertido. No me imaginaba nada sucio en el hecho de hacer el amor con

ella. En realidad, a pesar de mi creciente interés por ella, nunca llegué a imaginarnos teniendo ningún tipo de relación sexual.

El verano anterior, a fin de prepararme para el seminario, había leído la novela de Rilke, *Los cuadernos de Malte Laurids Brigge*. Inmediatamente se convirtió en el libro favorito de toda mi vida, lo que quería decir que contenía varios párrafos en la primera parte (la más fácil y la única que yo había disfrutado plenamente) que me aficioné a leer en voz alta para impresionar a mis amigos. La trama de la novela —un joven danés de buena familia desembarca en París, vive al día en una pensión ruidosa, se vuelve un bicho raro solitario, se afana en mejorar sus dotes de escritor y sus cualidades personales, da largos paseos por la ciudad y el resto del tiempo se dedica a escribir su diario— me pareció sumamente pertinente e interesante. Memoriqué, sin saber lo que estaba memorizando, varios pasajes en que Malte informa de su desarrollo personal y que me evocaban el agradable recuerdo de mi propio diario:

Ich lerne sehen. Ich weiß nicht, woran es liegt, es geht alles tiefer in mich ein und bleibt nicht an der Stelle stehen, wo es sonst immer zu Ende war. Ich habe ein Inneres, von dem ich nicht wußte. Alles geht jetzt dorthin. Ich weiß nicht, was dort geschieht.<sup>[20]</sup>

También me gustaban las muy frías descripciones que hace Malte de su nueva subjetividad en acción, como por ejemplo:

Da sind Leute, die tragen ein Gesicht jahrelang, natürlich nutzt es sich ab, es wird schmutzig, es bricht in den Falten, es weitet sich aus wie Handschuhe, die man auf der Reise getragen hat. Das sind sparsame, einfache Leute; sie wechseln es nicht, sie lassen es nicht einmal reinigen.<sup>[21]</sup>

Pero la frase de *Los cuadernos* que se convirtió en mi lema para el semestre fue una en la que no me había fijado hasta que nos la señaló Avery. Se la dice a Malte una amiga de la familia, Abelone, cuando Malte es un niño y está leyendo en voz alta sin pensarlo las cartas de Bettina von Arnim a Goethe. Empieza a leer una de las contestaciones del escritor a Bettina, y Abelone lo interrumpe, impaciente: «Las respuestas no», dice, y acto seguido exclama: «Mein Gott, was hast du schlecht gelesen, Malte».<sup>[22]</sup>

Fue esencialmente lo que Avery nos dijo a nosotros seis cuando estábamos en mitad de nuestro primer comentario de *El proceso*. Yo había estado raramente silencioso aquella semana, con la esperanza de ocultar mi incapacidad de leer la segunda parte de esta novela. Ya sabía de qué trataba el libro —un hombre inocente, Joseph K., atrapado en una pesadillesca burocracia moderna— y me parecía que



Kafka acumulaba excesivos ejemplos de pesadillas burocráticas. Me disgustaban también su renuencia a utilizar pausas en los párrafos y la irracionalidad de su narrativa. Ya era suficiente con que Josepk K. abriera la puerta de un trastero en su despacho y se encontrase con un torturador golpeando a dos hombres, uno de los cuales pide ayuda a K. Pero que K. vuelva al trastero la noche siguiente y encuentre exactamente a los tres mismos hombres haciendo exactamente lo mismo: me irritaba que Kafka se negara a ser más realista. Me habría gustado que escribiera el capítulo de una forma un poco más amistosa. En cierto modo era como si no jugase limpio. Aunque en la novela de Rilke había pasajes impenetrables, poseía el arco del *Bildungsroman* y un final optimista. Kafka parecía más bien un mal sueño que yo quería que acabase.

—Llevamos dos horas hablando de este libro —dijo Avery— y hay una pregunta muy importante que nadie ha hecho. ¿Puede decirme alguien cuál es esa obvia pregunta importante?

Los seis nos quedamos mirándole.

—*Jonathan* —dijo Avery—. Has estado muy callado esta semana.

—Bueno, pues, la pesadilla de la burocracia moderna —dije—. No sé si tengo mucho que decir al respecto.

—No ves lo que esto tiene que ver con tu vida.

—Menos que con Rilke, desde luego. Es decir, no es que yo haya tenido tratos con un estado policial.

—Pero ¡Kafka trata de tu vida! —dijo Avery—. No quiero quitarte nada de tu admiración por Rilke, pero te digo ya mismo que Kafka tiene mucha más relación con tu vida que Rilke. Kafka era como *nosotros*. Todos aquellos escritores eran seres humanos que intentaban encontrar un sentido a su vida. Pero ¡Kafka sobre todo! Kafka tenía miedo de la muerte, tenía problemas con el sexo, problemas con las mujeres, problemas con su trabajo, problemas con sus padres. Y escribía ficción para intentar comprender estas cosas. De *esto* trata este libro. De eso tratan todos los libros. Seres humanos vivos que intentan comprender el sentido de la muerte, del mundo moderno y del caos de sus vidas.

Avery llamó entonces la atención sobre el título del libro en alemán, *Der Prozeß*, que significa tanto «el caso» como «el proceso». Citando un texto de nuestra lista secundaria de lectura, empezó a mascullar acerca de tres «universos de interpretación» diferentes en que podía leerse *El proceso*: un universo en el que K. es un hombre inocente acusado falsamente, otro en el que no se puede determinar el grado de culpa de K... Yo escuchaba sólo a medias. Las ventanas se estaban oscureciendo y para mí era una cuestión de orgullo no leer nunca literatura menor. Pero cuando Avery llegó al tercer universo interpretativo, en el que Josepk K. es *culpable*, se detuvo y nos miró expectante, como si aguardara que hiciéramos algún chiste; y sentí la brusca subida de mi tensión arterial. Me ofendía incluso que se mencionase la posibilidad de que K. fuera culpable. Me hacía sentirme frustrado,

engañado, afrentado. Me indignaba incluso que a un crítico se le permitiera sugerir algo semejante.

—Volved a mirar lo que está en la página —dijo Avery—. Olvidad la otra lectura para la semana siguiente. Tenéis que leer lo que está en la página.

Joseph K., que había sido detenido en su casa la mañana de su trigésimo cumpleaños, vuelve a su pensión después de una larga jornada de trabajo y se disculpa ante la casera, Frau Grubach, por las molestias de la mañana. Los agentes que le han detenido registraron brevemente la habitación de otra pupila, una joven llamada Bürstner, pero Frau Grubach le asegura a K. que han puesto otra vez en orden la habitación de la señorita. Dice a K. que no se preocupe por su detención; no es un asunto criminal, gracias a Dios, sino algo muy «docto» y misterioso. K. dice que está de acuerdo con ella: es un asunto «completamente invalidado». Pide a la casera que le estreche la mano para sellar su mutuo «acuerdo» en que el caso carece de sentido. Frau Grubach, en cambio, le responde, con lágrimas en los ojos, que no debería tomárselo tan a pecho. K. entonces le pregunta informalmente por Fräulein Bürstner: ¿todavía no ha llegado? Nunca ha intercambiado con ella más que algunos saludos, pero cuando la casera le confiesa su preocupación por los hombres con los que sale Fräulein Bürstner y lo tarde que está volviendo a la pensión, K. «se enfurece». Declara que conoce *muy bien* a la joven y que Frau Grubach está *totalmente equivocada* sobre ella. Se va enfadado a su habitación y la casera se apresura a asegurarle que lo único que la inquieta es la limpieza moral de su establecimiento. A lo cual K., por un resquicio de la puerta, replica extrañamente: «¡Si quiere que su pensión esté limpia, más vale que empiece por pedirme que me vaya!». Cierra la puerta en la cara de Frau Grubach, no hace caso de sus «débiles llamadas» a la puerta y se pone a acechar la llegada de Fräulein Bürstner.

No tiene un deseo especial por la chica; ni siquiera recuerda bien su aspecto. Pero cuanto más la espera más se enfada. De repente es culpa de *ella* que él se haya saltado la cena y su visita semanal a una chica bis. Cuando por fin ella llega, le dice que la ha esperado durante más de dos horas y media (lo cual es una mentira rotunda) e insiste en hablar con ella de inmediato. Fräulein Bürstner está tan cansada que apenas se tiene en pie. Se pregunta en voz alta cómo K. puede acusarla de llegar «tarde» cuando ella no tenía ni la menor idea de que él la estaba esperando. Pero accede a hablar unos minutos en su habitación. Allí K. se emociona al saber que Fräulein Bürstner tiene cierta formación como secretaria jurídica; dice: «Es estupendo, así podrá ayudarme con mi caso». Le hace un relato circunstanciado de lo que ha sucedido por la mañana, y cuando presiente que a ella esta historia no le impresiona demasiado, empieza a desplazar muebles y a recrear la escena. Menciona, sin un motivo especial, que por la mañana había una blusa de ella colgada de la ventana. Imitando al agente que le ha detenido, que en verdad era muy educado y de

voz suave, grita su propio nombre tan fuerte que otro huésped llama con los nudillos a la puerta de la Fräulein. Ésta hace un nuevo intento de librarse de K., que lleva en su cuarto media hora, porque ella tiene que madrugar mucho al día siguiente. Pero él no la deja tranquila. Le asegura que si el otro huésped le crea problemas, él responderá personalmente de su respetabilidad. De hecho, si fuera necesario, le dirá a Frau Grubach que todo ha sido culpa suya: que él la «asaltó» en su dormitorio. Y entonces, cuando Fräulein Bürstner intenta una vez más deshacerse de K., él la asalta de verdad:

... lief vor, faßte sie, küßte sie auf den Mund und dann über das ganze Gesicht, wie ein durstiges Tier mit der Zunge über das endlich gefundene Quellwasser hinjagt. Schließlich küßte er sie auf den Hals, wo die Gurgel ist, und dort ließ er die Lippen lange liegen.<sup>[23]</sup>

«Ya me voy», dice K., deseoso de conocer el nombre de pila tic la Fräulein. Ella asiente cansinamente y se aleja con la cabeza gacha y los hombros caídos. Antes de quedarse dormido, K. repasa su conducta con ella y llega a la conclusión de que le agrada haberse comportado así; en efecto, lo único que le sorprende es no estar aún más complacido.

Yo pensaba que había leído cada palabra del primer capítulo de *El proceso* dos veces, en alemán y en inglés, pero al revisarlo ahora comprendí que no lo había leído ni una sola vez. Lo que realmente había en la página, al contrario de lo que yo había esperado encontrar en ella, era tan perturbador que me cerré en banda y me limité a fingir que estaba leyendo. Estaba tan convencido de la inocencia del héroe que había pasado por alto lo que el autor decía, de forma clara e inconfundible, en cada frase. Había estado ciego del mismo modo que lo estaba el propio K. Y así, desdeñando el comentario de Avery sobre los tres universos de interpretación posibles, me aferré dogmáticamente a la tesis opuesta de mi suposición original. Decidí que K. es un repulsivo, arrogante, egoísta y grosero gilipollas al que le obligan a examinar su vida en vista de que él se niega a examinarla.

Aquel otoño yo estaba más contento que nunca desde el instituto. Mi amigo Ekström y yo vivíamos en un estudio de dos habitaciones en una residencia céntrica y yo había tenido la suerte de conseguir el trabajo de editar la revista literaria universitaria. Con el mismo espíritu burlón de los setenta, que había endilgado el nombre TAFFOARD<sup>[24]</sup> a la serie de películas de arte y ensayo de la facultad, la revista se llamaba *The Nulset Review*. Su editora anterior había sido una poeta de Nueva York, chiquita y pelirroja, al mando de un personal casi exclusivamente femenino, y que publicaba sobre todo a poetisas. Yo era el advenedizo que en teoría tenía que renovar la revista y encontrar nuevos colaboradores, y lo primero que hice fue organizar un

concurso para cambiarle el nombre. La ex editora pelirroja abandonó su puesto gentilmente, pero sin reconocer que hubiera algo malo en el nombre *The Nulset Review*. Era una mujer lánguida y de ojos grandes, con una voz trémula y un novio cubano de treinta años en Nueva York. Mi plantilla y yo dedicamos la primera media hora de nuestra primera reunión editorial a aguardar a que ella apareciese y nos dijera cómo se dirigía una revista. Al final alguien la llamó a su casa y la despertó —era la una de la tarde de un domingo—, y ella se presentó media hora después, portando una inmensa taza de café y básicamente todavía dormida. Se tendió en un sofá, con la cabeza acolchada en el nido de sus rizos rojos y sólo habló cuando nos esforzábamos en entender un manuscrito recibido. Entonces, tomando el texto con una mano lánguida, le echó una ojeada rápida e hizo un resumen y un análisis incisivos. Vi que ella era mi rival. Vivía encima de un mercado de comestibles y carne, en un piso fuera del campus donde también vivía la estudiante de francés morena a la que yo perseguía. Eran íntimas amigas. En una fiesta en noviembre, mientras todo el mundo estaba bailando, por primera vez me encontré a solas con mi rival. Dije. «Supongo que esto significa que al final tendremos que tener una conversación». Ella me miró con frialdad y dijo: «No, en absoluto», y se fue.

Yo estaba haciendo bastantes progresos con la estudiante de francés. Una noche de diciembre me pidió que verificase la gramática en una composición sobre *Berlín Alexanderplatz* de Alfred Döblin que ella iba a exponer en el seminario de Avery al día siguiente. Discrepé de la tesis que ella sostenía en su texto y en un momento determinado comprendí que si seguía comentando el libro con ella podríamos acabar pasando la noche juntos. Desarrollamos una tesis mejor —que el héroe proletario de Döblin, Franz Biberkopf, cree en la FUERZA masculina, pero que para alcanzar la redención tiene que admitir su debilidad absoluta ante la MUERTE— y después, codo con codo, garabateando como locos, fumando Marlboro lights, escribimos un texto totalmente nuevo. Para cuando terminamos, a las seis de la mañana, y estábamos comiendo panqueques en un IHOP, yo estaba tan colgado de nicotina y excitado por la situación que era imposible no creer que caeríamos redondos en la misma cama después del desayuno. Pero, con mi suerte habitual, ella todavía tenía que mecanografiar la redacción.

La última noche del semestre, Ekström y yo organizamos una gran fiesta. La estudiante de francés asistió, así como todos nuestros demás amigos y vecinos, y como también George y Doris Avery, que se quedaron horas, sentados en la cama de Ekström, bebiendo burdeos Gallo Hearty y escuchando con avidez lo que decían nuestros condiscípulos sobre literatura y política. Yo ya sospechaba que Avery era el mejor profesor que tendría nunca, y pensaba que él y Doris nos habían hecho un gran favor viniendo a la fiesta y convirtiéndola en algo extraordinario, no sólo en una chiquillada sino también en algo adulto; toda la velada, amigos míos se me acercaron a decirme, maravillados: «Son una pareja fantástica». Pero yo a mi vez era consciente de que también les había hecho un favor a los Avery: no recibían muchas invitaciones

de alumnos. Todos los años caían bajo el hechizo de Avery uno o dos estudiantes de último curso, pero nunca más de dos. Y aunque Avery era guapo y leal y bondadoso, era mucho más popular con sus colegas más jóvenes que entre los alumnos. Le impacientaban las teorías o las doctrinas políticas, y estaba clarísimamente fascinado por las mujeres hermosas (del mismo modo que Joseph K. no puede evitar decirle a Fräulein Bürstner que había una blusa de ella colgando de su ventana, Avery era incapaz, cuando hablaba de determinada facultad femenina, de omitir descripciones de sus ropas y sus cuerpos), y quizá no fuera siempre honesto al decidir si la pelota había salido o no de la pista de tenis, y él y su colega Weber se profesaban un odio tan profundo que recurrían a extraños circunloquios para evitar pronunciar el nombre del otro; y con excesiva frecuencia, cuando Avery se sentía inseguro, les largaba a Doris y a sus invitados recitaciones que duraban horas de datos histórico-literarios en bruto, entre ellos, por ejemplo, los nombres y títulos y las biografías condensadas de diversos archivistas contemporáneos de Alemania, Austria y Suiza. Era esta otra *faceta* de Avery —el hecho de que tan visiblemente poseía otra faceta— lo que me ayudó a entender finalmente las tres dimensiones de Kafka: que un hombre podía ser una víctima encantadora, comprensiva y cómicamente necesitada; un pelma lascivo, rencoroso y megalómano y también, crucialmente, una tercera cosa: una conciencia parpadeante, un impulso culpable y, al mismo tiempo, un autorreproche patético, una persona en proceso.

Ekström y yo habíamos retirado los muebles de mi dormitorio y lo convertimos en la pista de baile. Mucho después de medianoche, cuando los Avery y los amigos menos íntimos ya se habían ido, me vi solo en la pista, bailando *Chelsea (I Dont Want to Go to)* de Elvis Costello con mi estilo sinuoso ante un público que me observaba. *Miraban mi expresividad*, escribí en mi cuaderno al día siguiente, en un avión a St. Louis. *Lo sabía, y cuando la canción ya llevaba sonando un minuto les lancé una sonrisa de «Oh, cuánta atención volcada en mi modesta persona» a todos los que miraban. Pero creo que mi auténtica expresividad estaba en aquella sonrisa. ¿Por qué está avergonzado? No está avergonzado, le encanta llamar la atención. Bueno, le avergüenza que le miren, porque no va a creerse que los demás participan tan callados de su exhibición. Sonríe con un desdén afable.* A continuación *Chelsea* cedió el paso a *Miss You*, el momento de los Stones en el baile, y la estudiante de francés se me unió en la pista. Dijo: «¡Ahora vamos a alucinar bailando!». Acercamos las caras, extendimos los brazos, nos rehuimos y bailamos nariz contra nariz en una parodia de atracción flipante ante la gente que nos observaba.

La casa de Webster Grove parecía cansada. Mis padres se habían hecho viejos de repente. Tuve la intuición de que a Bob y su mujer les horrorizaban secretamente y planeaban una rebelión. Yo no entendía por qué Tom, que me había revelado la canción *Stay Hungry* de los Talking Heads, que había sido mi himno personal en

Alemania, hablaba sin cesar de todos los manjares que habían estado comiendo. Sentado junto a la chimenea, mi padre leía el relato y el poema que yo había publicado en la revista literaria (nuevo nombre: *Small Craft Warnings*) y me dijo: «¿Dónde hay una historia aquí? ¿Dónde están las imágenes verbales? Sólo hay ideas». Mi madre era una ruina viviente.

Desde septiembre había estado dos veces ingresada en el hospital para unas operaciones en la rodilla, y ahora sufría una colitis ulcerativa. Tom había llevado a casa en octubre una novia nueva y —algo sin precedentes— adecuada, había abandonado el cine y buscaba empleo de contratista de obras, y la novia parecía dispuesta a pasar por alto que su novio no tuviese seguridad social ni un trabajo convencional. Pero entonces mi madre descubrió que no era una chica adecuada en absoluto. Resultó que cohabitaba con Tom, y mi madre no podía aceptar este hecho. Le reconcomía. También le preocupaba la inminencia de la jubilación de mi padre, que ella temía. No paraba de decir a quien quisiera escucharla que la jubilación era un error para «personas capaces y vitales que todavía pueden aportar algo a la sociedad». Siempre lo expresaba así.

Por primera vez en mi vida, empezaba a ver a los miembros de mi familia como personas reales y no sólo como parientes, porque había estado leyendo literatura alemana y yo mismo me estaba convirtiendo en una persona. *Aber diesmal wird es geschrieben werden*,<sup>[25]</sup> escribí en mi cuaderno la primera noche que pasé en St. Louis. Quería decir que aquellas vacaciones con mi familia, a diferencia de todas las anteriores, serían registradas y analizadas por escrito. Creí que estaba citando de Malte. Pero la frase auténtica de Rilke es mucho más descabellada: *Aber diesmal werde ich geschrieben werden*.<sup>[26]</sup> Malte prevé un momento en que, en vez de ser el artífice de la escritura («Yo escribo»), será su producto («Soy escrito»): en vez de una actuación, una transmisión; en vez de un foco sobre el yo, un resplandor sobre el mundo. Y yo no debía de haber leído tan mal a Rilke, porque uno de mis familiares a los que yo ahora veía con más claridad como una persona era el hijo más joven, el cachorro efusivo que divertía a los otros con las cosas bonitas que decía, y que se disculpaba para levantarse de la mesa y escribía cosas bonitas en su cuaderno; y se me estaba acabando la paciencia con aquel actor.

Aquella noche, después de múltiples sueños con la estudiante de francés, en cada uno de los cuales ella terminaba reprochándome que no quisiera sexo con ella, tuve una pesadilla sobre *Ina*, la pastor alemán apacible de Avery. En el sueño, mientras yo estaba sentado en el suelo de la sala de Avery, la perra se me acercaba y empezaba a insultarme. Me espetaba que yo era un «marica» frívolo y cínico, que buscaba atención y que toda mi vida había sido un farsante. Yo le respondía frívola y cínicamente y le daba una palmadita en el hocico. Ella me sonreía con maldad, como para dejar claro que me tenía calado hasta el tuétano. Después me clavaba los dientes en el brazo. Cuando yo caía hacia atrás, ella se me lanzaba a la garganta.

Desperté y escribí: *So, eines morgens wurde er verhaftet*.<sup>[27]</sup>

Mi madre me llevó aparte y me dijo brutalmente, respecto a la visita de Tom con su novia en octubre: «Me decepcionaron».

Levantó la mirada de una nota que estaba escribiendo en la mesa del comedor y me preguntó: «¿Cómo se escribe “vacío”? Como, pongamos, en “una sensación de vacío”.»

Durante toda la cena navideña, se disculpó por la ausencia del tradicional sorbete de arándanos, porque aquel año estaba demasiado cansada para prepararlo. Cada vez que se disculpaba, le asegurábamos que no echábamos de menos el sorbete, que nos bastaba con la habitual salsa casera de arándanos.

Unos minutos más tarde, como un juguete mecánico, dijo que lamentaba no haber hecho aquel año el tradicional sorbete de arándanos, pero que estaba cansadísima. Después de la cena, subí al piso de arriba y saqué mi cuaderno, como había hecho tantas veces; pero aquella vez fui escrito.

De una carta de mi madre después de las vacaciones:

Papá piensa que tu horario es tan ligero que se teme estar «pagando de más» o algo así. En realidad, cariño, está decepcionado (quizá no debería decírtelo, pero sospecho que lo intuyes) de que no te licencies con un «título vendible», como prometiste —has hecho lo que te gustaba, admitido, pero el mundo real es otra cosa—, y ha sido *carísimo*. Sé, por supuesto, que quieres «escribir», pero también quieren escribir decenas de miles de otros jóvenes que también tienen talento y hasta me pregunto si eres realista a veces. Bueno, manténnos informados de cualquier noticia alentadora o interesante; ni siquiera una licenciatura de Swarthmore es una garantía automática de éxito. Detesto ser pesimista (suelo ser una persona positiva), pero he visto cómo Tom desperdiciaba sus dotes y espero que su caso no se repita.

De mi contestación:

Quizá debiera aclarar algunas cosas que había considerado que los tres conocíamos.

1. Estoy en el CUADRO DE HONOR. Los del cuadro de honor asistimos a seminarios que exigen gran número de lecturas independientes; se calcula que cada uno, por consiguiente, equivale a dos cursos de cuatro o cinco horas...

2. ¿Cuándo, exactamente, prometí licenciarme en lo que sigues llamando una asignatura «vendible»? ¿Con qué estaba vinculada esta promesa? ¿Con vuestro apoyo sostenido a mis estudios? Tienes razón en que todo esto parece haberse borrado de mi memoria.

3. Sé que tu intención al recordarme todas las semanas lo «sumamente caro» que es Swarthmore es más retórica que informativa. Pero creo que

deberías saber que hay un punto en que dicha repetición empieza a tener un efecto opuesto al que pretendes.

De la respuesta de mi padre a mi respuesta:

Creo que tu carta merece una refutación porque contiene muchos comentarios críticos, y otros amargos. Es un poco difícil contestar sin la carta de tu madre, pero como antecedente deberías reconocer que ella no siempre es racional ni diplomática; y piensa también que no se siente bien desde el pasado septiembre... Hasta la rodilla vuelve a causarle molestias. Toma cuatro pastillas distintas varias veces al día y creo que eso no le hace ningún bien. Mi análisis es que tiene preocupaciones mentales que la trastornan físicamente. Pero no entiendo lo que le preocupa. Su salud es nuestra única inquietud y esto se está volviendo una situación sin salida.

Y de la contestación de mi madre a la mía:

Cómo puedo reparar el daño que te hecho, haberte herido de este modo y desde entonces sintiéndome tan decaída y culpable, debido al amor y respeto que te tengo (no sólo por ser mi hijo, sino por ser una de las personas más especiales de mi vida), estoy deprimida por el poco juicio y lo poco razonable de la carta que te escribí cuando estaba con la moral baja. Lo único que puedo decir es que lo siento, me entristece esa carta, confío en ti totalmente y te quiero muchísimo ————— Te suplico perdón y lo digo con el corazón en la mano.

La última novela en alemán que leí en otoño, y a la que opuse una resistencia más acérrima, fue *La montaña mágica*. Le ofrecí resistencia porque la comprendía mucho mejor que las demás. Su joven héroe, Hans Castorp, es un burgués de la llanura que hace una visita de tres semanas a un sanatorio, sucumbe al hechizo de la rareza hermética del lugar y acaba quedándose siete años. Castorp es un inocente de los que podrían situarse en el extremo «cerebro» de un continuum «corazón-cerebro», y Thomas Mann le trata con una ironía afectuosa y una omnisciencia monstruosa que, juntas, me desquiciaron. Como Avery nos ayudó a ver, Mann elabora perfectamente cada símbolo: las tierras bajas burguesas son el lugar de la salud física y moral; las alturas bohemias son la sede del genio y la enfermedad, y lo que conduce a Castorp del primer al segundo paraje es el poder del amor: concretamente, la atracción que siente por otra paciente, Claudia Chauchat. Claudia es realmente la «gata caliente» que su nombre francés denota. Ella y Castorp intercambian miradas siete veces en el comedor del sanatorio, y él ocupa la habitación 34 ( $3 + 4 = 7!$ ), y ella la 7, y su flirteo llega a su consumación la noche de Walpurgis, exactamente siete meses



después de la llegada de Castorp, cuando él se acerca a ella so pretexto de pedirle prestado un lápiz, con lo cual repite y realiza la audacia con que pidió prestado un lápiz a un chico —réplica de Claudia— con quien tuvo un flechazo muchos años atrás, un chico que le advirtió de que no «rompiera» el lápiz, y tiene una relación sexual con Claudia una sola vez, y nunca con nadie más, etc., etc. Y luego, porque tanta perfección formal puede dar escalofríos, Mann ejecuta la proeza de insertar un capítulo, «Nieve», sobre la frialdad mortífera de la perfección formal, y procede a llevar la novela en una dirección menos hermética, lo cual es ya la iniciativa formalmente perfecta que cabe tomar.

La mentalidad organizativa tan alemana que aquí vemos me inspiró el gruñido que arranca un juego de palabras complejo y logrado. Y, sin embargo, en el corazón del libro hay una cuestión de auténtico interés personal tanto para Mann como para mí: ¿cómo sucede que una persona joven se aleje tanto y tan rápidamente de los valores y expectativas de su educación de clase media? Superficialmente, en el caso de Castorp, cabría pensar que el fallo reside en el puntito tuberculoso que los rayos X revelan en su pecho. Pero él acepta el diagnóstico con tanta avidez que se ve que es más bien un pretexto: «ein abgekartetes Spiel».<sup>[28]</sup> La verdadera razón por la que se queda en el sanatorio y ve cómo su vida se le vuelve irreconocible es que le atrae el *mons veneris* de Claudia, su denominada montaña mágica. Como dice Goethe, en su lenguaje sexuado: «Das Ewig-Weibliche / Zieht uns hinan».<sup>[29]</sup> Y parte de lo que tanto me disgustó en la irónica condescendencia de Mann con Castorp es su complicidad en lo que a mí me parecía la pasividad del personaje. Activa, nerviosamente, abandona las llanuras burguesas por una bohemia alpina; es algo que le sucede.

Y a mí también me sucedió. Después de las vacaciones fui a Chicago a ver a Tom, que estaba en camino de convertirse en un contratista y diseñador no muy distinto del que mi padre había imaginado que sería, y conocí a su nueva novia, Marta Smith, que era tan excelente en todo como prometía (y, en efecto, menos de un año más tarde, pasó a ser la nuera en la que mi madre más confiaba). Desde Chicago volví a la facultad una semana antes y me hospedé en el apartamento donde vivía la estudiante de francés, encima del mercado de carne. Allí supimos de inmediato que la estudiante y yo estábamos hartos el uno del otro, hartos de que nada ocurriera. Su compañera de piso, sin embargo, la neoyorquina pelirroja, había roto con su novio cubano, y yo me sentaba con ella a ver películas antiguas mientras el resto de la casa estaba ya acostado. Era la persona más inteligente que he conocido nunca. Echaba un vistazo a una página de Wordsworth y te decía la intención del autor en cada línea. Resultó que ella y yo compartíamos la misma ambición de dejar atrás las cosas infantiles, y que ella también, a su manera, huía de las tierras bajas. Su voz no tardó mucho en resonar en mi cabeza a todas horas. Se me ocurrió pensar que mi interés por su mejor amiga, la estudiante de francés, podría no haber sido más que un *abgekartetes Spiel*. La rival y yo fuimos a cenar a la casa, fuera del campus, de una pareja de estudiantes, amigos

de ambos, cuyo gusto para la comida y la ropa deploramos después en una orgía de afinidades. Al día siguiente, después de llegar el correo, me preguntó si conocía a una chica de Chicago llamada Marta Smith. A las manos de esta desconocida Marta había llegado de algún modo un ejemplar de *Small Craft Warnings*, y había leído un largo relato corto titulado «Desmembrándote el día de tu cumpleaños», y escribía espontáneamente para decir que le había encantado. Marta ignoraba mi interés por la autora del cuento, y la fecha en que llegó su carta fue como un signo místico de una novela alemana de las que por el momento había olvidado que no me gustaban.

La noche del vigésimo primer (¡3 x 7!) cumpleaños de la rival, el 24 de enero (24/1 = 1 + 2 + 4 = ¡7!), me presenté en su fiesta con un paquete de caros cigarrillos italianos de regalo. La parte de mi persona que sabía lo bastante para temer enormes complicaciones a largo plazo confiaba en que los dos siguiéramos siendo simplemente amigos. Pero otra parte de mí más importante debió de pensar otra cosa (o así conjeturé más tarde, al igual que Joseph K. conjeturó que alguien «debió de decir» mentiras sobre él), porque yo seguía en el sofá con ella a las cinco de la madrugada, mucho después de que la fiesta hubiese terminado. Cuando me disculpé por tenerla levantada hasta tan tarde, la respuesta que emitió su boca infinitamente blanda, que sabía a coliflor cruda, fue reconfortante y pulcra a la manera en que lo era también Thomas Mann. «Mi idea de un veintiún cumpleaños perfecto —dijo— no incluía, desde luego, acostarme antes de las cinco».

Otra escena de este género de novela.

*Habían estado leyendo minuciosamente a Freud la semana antes de las vacaciones de primavera. La pequeña pelirroja tenía una amiga en el centro del pueblo, una maestra de instituto llamada Chloe, que les había ofrecido su apartamento al chico y a la chica mientras ella estaba ausente. La chica y el chico estaban dispuestos a hacer cosas en la cama que eran totalmente nuevas para él, si no para ella, y que a los dos les parecían tan manifiestamente carnales como para que las ocultase de las compañeras de piso una simple puerta hueca. Así que los dos fueron andando a la casa de Chloe una tarde de martes, durante una tregua entre lluvias primaverales. Los pétalos de magnolia que aplastaban sus pies estaban perlados de lluvia. En la mochila de la chica había pan, mantequilla, huevos, ginebra, tónica, café, cigarrillos y anticonceptivos. El piso de Chloe era una planta baja oscura en un edificio bajo e impersonal ante el que el chico había pasado cientos de veces sin fijarse. Las habitaciones estaban semivacías tras la partida de un novio del que Chloe le había echado pestes a la chica hasta que al final reunió el valor de plantarlo. La chica y el chico prepararon unos gin-tonic y entraron en el dormitorio de Chloe. Aunque habían cerrado con llave la puerta del apartamento y no había nadie más dentro, era impensable no cerrar la puerta del dormitorio. Tumbarse en la cama delante de una puerta abierta era invitar a un extraño malevolente a asomar la cabeza mientras la atención de la pareja estaba en otro*

sitio; esto sucedía en cada película de terror para adolescentes. El chico aún se estaba reponiendo de la sorpresa de que la chica quisiera sexo tanto como él, aunque él ya no sabría decir por qué le había sorprendido tanto. Sólo estaba agradecido por la instrucción. Nada que le pudiese hacer aquella chica era sucio. El cuarto mismo, sin embargo, estaba mugriento. Había un olor a alfombra mohosa y una gran mancha amarilla en el techo. Ropas de Chloe colgaban de cajones, yacían amontonadas cerca del armario, pendían en un revoltijo abultado de una percha en la puerta del pasillo. La chica era limpia y olía bien, pero por lo visto no era el caso de Chloe, a la que el chico no conocía. De modo que era sucio que te la chuparan en la cama sucia de Chloe. Un aguacero fustigaba enfurecido la única ventana de la habitación, detrás de una persiana de plástico barata y estropeada. La lluvia continuaba, pero escampó antes de que el chico y la chica terminaran. El cielo estaba casi oscuro cuando se vistieron y salieron a pasear y fumar. Al oeste, se veía un lienzo estrecho de cielo despejado, verde azulado, entre nubes de lluvia que se alejaban, y el edificio de la facultad estaba cálidamente iluminado. Incluso después de haber fumado, el chico percibía un sabor mágico en la boca. En su pecho había un sentimiento de gratitud y vergüenza tan grandes que gimoteaba un poco, sin querer, cada vez que su pensamiento recordaba lo que la chica le había hecho y se había dejado hacer.

Era de noche cuando volvieron al apartamento de Chloe y descubrieron que había habido alguien mientras ellos estaban fuera. La puerta de entrada, que se habían cuidado de cerrar con llave, ya no lo estaba. Al final del pasillo, en la cocina, que habían dejado apagada, vieron una luz fuerte encendida. «¿Hola?», llamó el chico. «... ¿Hola?... ¡Hola!». No hubo respuesta. No había nadie en la cocina. El chico preguntó si el novio de Chloe tendría todavía una llave. La chica, sacando hielo del congelador para prepararse un gin-tonic, dijo que le parecía improbable, puesto que el novio se había llevado todas sus cosas. «Además le debe medio año de alquiler a Chloe —dijo la chica, abriendo la nevera, y entonces—: ¡Mierda! ¡MIERDA! ¡MIERDA!». El chico dijo: «¿Qué?», y la chica dijo: «¡Ha estado aquí! ¡Ha entrado alguien!». Porque la botella de tónica, que habían dejado más que medio llena, ahora estaba casi vacía. Se miraron boquiabiertos y atisbaron por el pasillo oscuro. El chico hubiera querido encender una luz. «¿Hola? —llamó—. ¿Hay alguien ahí?». La chica abrió cajones en busca de cuchillos. Pero al parecer Chloe no tenía nada más grande que un cuchillo de carne. La chica cogió uno y le dio otro al chico, y avanzaron juntos por el pasillo, llamando: «¿Hola? ¿Hola?». En el cuarto de estar no había nada anormal. Tampoco en el pequeño estudio. Pero cuando el chico llegó a la puerta del dormitorio y dio un empujón, el hombre al otro lado presionó contra este empuje. Tenía una pistola, y el chico agarró el pomo de la puerta con las dos manos y empujó hacia él y afirmó los pies en ambos lados de la puerta, tirando todo lo fuerte que podía contra una considerable resistencia. Por un momento, oyó que el hombre con la pistola resoplaba al otro lado. Después no oyó

nada. El chico siguió tirando con todas sus fuerzas. Pero él y la chica jadeaban de terror. «¿Qué hago?», dijo ella. «Vete, vete, sal —dijo él, con voz ronca—, ¡vete de aquí!». Ella corrió a la puerta del piso, la abrió y se volvió a mirar al chico, que seguía tirando del pomo. Estaba sólo a ocho pasos de ella. Podría salir antes de que el hombre con la pistola abriera la puerta y levantara el arma. Así que el chico aprovechó la ocasión. Él y la chica cruzaron disparados el portal del inmueble, llegaron a la acera y allí se pararon, respirando hondo. Eran las seis de la tarde en un barrio agradable. Había gente que volvía del trabajo a casa, alguien jugaba al baloncesto en la acera de enfrente, un frío invernal resurgía de las sombras. Mientras el chico y la chica estaban en la calle, tiritando de frío, se sintieron a la vez avergonzados y extraordinarios, como si nada parecido hubiese ocurrido nunca —ni pudiese ocurrir— a nadie más que a ellos. De sentir esto a casarse no había una distancia más aterradora que desde la puerta del dormitorio hasta la salvación del exterior. «Supongo que es lógico preguntar —dijo la chica, temblando— por qué motivo concreto querría hacernos daño el novio de Chloe». El chico, a su vez, se preguntó si quizá el peso y los sonidos en el otro lado de la puerta no habrían sido simplemente las ropas de Chloe columpiándose en las perchas. El mundo volvía a ser racional. Habría un charco pegajoso de tónica en el estante inferior de la nevera, algo chungo en la cerradura de la puerta de entrada, un temporizador en la luz de la cocina. El chico y la chica entrarían juntos en el apartamento y pondrían en su sitio al Inconsciente.

## MI PROBLEMA CON LOS PÁJAROS

Febrero de 2005, en el sur de Texas: me alojaba en un motel de carretera en Brownsville y me levantaba antes del amanecer todos los días, preparaba el café para mi viejo amigo Manley, que no me hablaba ni se levantaba de la cama hasta haber tomado uno, y luego engullía el desayuno gratis del motel, corría a nuestro coche alquilado y observaba pájaros doce horas seguidas. Aguardaba hasta el anochecer para comprar el almuerzo y llenaba el depósito de gasolina, para no desperdiciar un minuto de luz observando a los pájaros. La única manera de no cuestionar lo que estaba haciendo, y por qué lo hacía, era no hacer absolutamente nada más que aquello.

En el Refugio Natural de Santa Ana, una calurosa tarde entre semana, Manley y yo caminamos varias millas por senderos polvorientos hasta un lago artificial en cuya orilla más lejana vi tres patos de un color marrón claro. Dos de ellos remaban a toda la velocidad de sus patas hacia el asilo de unos juncos densos, lo que me brindaba una vista sobre todo de sus traseros respectivos, pero el tercer pato se entretuvo el tiempo suficiente para que yo le enfocase con los prismáticos la cabeza, que parecía como si una persona hubiera hundido dos dedos en tinta negra y le hubiese trazado dos líneas horizontales en la cara.

—¡Un pato enmascarado! —dije—. ¿Lo ves?

—Veo al pato —dijo Manley.

—¡Un pato enmascarado!

El ave desapareció rápidamente entre los juncos y no dio indicios de reaparecer. Enseñé a Manley su foto en mi *Sibley*.

—No estoy familiarizado con este pato —dijo—. Pero el ave de la foto es la que acabo de ver.

—Las rayas en la cara. La especie de marrón canela.

—Sí.

—¡Era un pato enmascarado!

Estábamos a unos cientos de metros del río Grande. En la otra orilla del río, si viajabas al sur —es decir, hacia Brasil—, se veían docenas de patos de esta especie. Pero eran una rareza al norte de la frontera. El placer de haber visto uno dulcificó el largo trayecto de regreso hasta el aparcamiento.

Mientras Manley echaba una siesta tumbado en el coche, yo anduve husmeando por una marisma cercana. Tres individuos blancos de edad mediana con un buen equipo me preguntaron si había visto algo interesante.

—No mucho —dije—. Sólo un pato enmascarado.

Los tres empezaron a hablar a la vez.

—¡Un pato enmascarado!

—¿Un pato enmascarado?

—¿Dónde, exactamente? Muéstrenos en el mapa.

—¿Seguro que era un pato enmascarado?

—Es muy conocido el pato rojizo. Pero no se sabe cómo es la hembra.

—¡Un pato enmascarado!

Dije que sí, que había visto hembras rojizas, las había en Central Park, y que aquello no era un pato rojizo. Dije que era como si alguien hubiese hundido dos dedos en tinta china y...

—¿Estaba solo?

—¿Dónde estaban los demás?

—¡Un pato enmascarado!

Uno de ellos sacó un bolígrafo, apuntó mi nombre y me hizo señalarle la ubicación en el mapa. Los otros dos ya se estaban internando en el sendero por el que yo había venido.

—¿Está seguro de que era un pato enmascarado? —dijo el tercer hombre.

—No era un pato rojizo —dije.

Un cuarto hombre salió de unos arbustos justo detrás de nosotros.

—Tengo un caracatey durmiendo en un árbol.

—Este chico ha visto un pato enmascarado —dijo el tercer hombre.

—¡Un pato enmascarado! ¿Está seguro? ¿Conoce bien al pato rojizo?

Los otros dos hombres desanduvieron de prisa el sendero.

—¿Alguien ha hablado de un caracatey?

—Sí, tengo uno avistado en el telescopio.

Los cinco entramos en los matorrales. El caracatey, dormido en la rama de un árbol, parecía un calcetín gris de excursionismo parcialmente enrollado. El dueño del telescopio dijo que el amigo que primero había avistado al ave había dicho que era un caracatey menor, no el común. El trío bien equipado comenzó a discrepar.

—¿Ha dicho menor? ¿Le ha oído el canto?

—No —dijo el hombre—. Pero la zona de distribución...

—La distribución no ayuda.

—En este caso apunta a uno común, en esta época del año.

—Mire dónde está la raya del ala.

—Común.

—Es uno común, clarísimo.

Los cuatro hombres fueron a un ritmo de marcha forzada en busca del pato enmascarado y yo empecé a preocuparme. Mi identificación del pato, que en el momento me había parecido irrefutable, parecía peligrosamente apresurada ante cuatro observadores serios que caminaban varios kilómetros en el calor de la tarde. Fui a despertar a Manley.

—Lo único que importa —dijo— es que lo hemos visto.

—Pero el tipo apuntó mi nombre. Y si no lo encuentran voy a tener mala fama.

—Si no lo ven, pensarán que está entre los juncos.

—Pero ¿y si ven rojizos? Podría haber rojizos y también enmascarados, y los

rojizos no son tan asustadizos.

—Es algo preocupante —dijo Manley— si quieres estar preocupado por algo.

Fui al centro de interpretación del refugio y escribí en el registro: *Un PATO ENMASCARADO seguro y dos parcialmente atisbados, al norte de Cattail #2*. Pedí a un voluntario si alguien más había informado de la presencia de un pato enmascarado.

—No, éste sería el primero este invierno —dijo.

La tarde siguiente, en South Padre Island, en el pantano detrás del Convention Center, donde unos veinte jubilados del medio oeste superior y hombres blancos de barba esmirriada deambulaban por el entarimado con cámaras y prismáticos, vi a una morena joven y bonita sacando fotos de patos con un teleobjetivo.

—Cercetas de alas verdes —le comenté a Manley.

La chica alzó la mirada bruscamente.

—¿Cercetas de alas verdes? ¿Dónde?

Señalé a sus aves.

—Ésos son silbones —dijo ella.

—Cierto.

Yo ya había cometido este error antes. Sabía perfectamente cómo era un ánade silbón, pero a veces, en el aturdimiento que causaba avistar algo, padecía una confusión mental. Cuando Manley y yo nos retirábamos por el entarimado, le enseñé unas fotos.

—Mira —dije—, el silbón y la cerceta de alas verdes tienen más o menos la misma gama de colores, sólo que totalmente cambiados. Debería haberle dicho que era un silbón. Ahora ella pensará que no lo distingo de una cerceta.

—¿Por qué no se lo has dicho? —dijo Manley—. Bastaba con decirle que te habías equivocado de palabra.

—Sólo habría servido para empeorarlo. Habría sido una protesta excesiva.

—Pero al menos ella habría sabido que conoces la diferencia.

—No sabe cómo me llamo. No volveré a verla. Es mi único consuelo.

En Estados Unidos no hay mejor lugar que el sur de Texas para observar aves en febrero. Aunque Manley había estado aquí hacía treinta años, siendo un adolescente, para mí era un mundo completamente nuevo. En aquel tiempo habría visto cucos negros seductoramente despeinados rebullendo encima de unos arbustos, anhingas de aspecto jurásico secando al sol sus alas, escuadrones de pelícanos blancos deslizándose río abajo con sus casi tres metros de envergadura desplegados, un par de caracares comiendo a una serpiente atropellada en la carretera, a un trogón elegante, un pinzón de cuello carmesí y a dos petirrojos, los tres perfilados en un sello de correos de un folleto de la Audubon Society en Weslaco. La única frustración fue el ave objetivo de mi primer viaje, el pato silbón vientre negro. Un verdadero anidador, extrañamente zanquilargo, con un pico rosa caramelo y un llamativo redondel blanco en los ojos, era una de esas aves de la guía en cuya existencia yo apenas creía: parecía salido de Marco Polo. Se suponía que hibernaba en grandes bandadas en los lagos

urbanos de Brownsville (llamados *resacas*), y con cada ribera que yo rastreaba en vano, el animal se volvió mucho más mítico para mí.

En South Padre, a medida que llegaba la niebla del golfo de México, me acordé de mirar al depósito de agua de la ciudad, donde, según mi guía, a menudo se posaba un halcón peregrino. En efecto, muy vagamente, lo vi encaramado allí. Instalé mi telescopio y una pareja más mayor, dos observadores de aire avezado, me preguntaron qué tenía.

—Un halcón peregrino —dije, orgulloso.

—Verás, Jon —dijo Manley, con el ojo pegado a la lente—. La cabeza parece más bien la de un pigargo.

—Es un pigargo —afirmó la mujer, en voz baja.

—*Dios* —dije, volviendo a mirar—, es tan difícil asegurarlo con la niebla, y obtener una sensación de escala, ya saben, allí arriba, pero tiene razón, sí, lo veo. Un pigargo, pigargo, pigargo. Sí.

—Eso es lo bueno de la niebla —comentó la mujer—. Uno ve lo que quiere.

Justo entonces la joven morena llegó con su trípode y una cámara grande.

—Pigargo —le dije, con seguridad—. Por cierto, oiga, sigo totalmente avergonzado por haber dicho «cerceta» cuando quería decir «ánade friso».

Ella me miró fijamente.

—¿*Ánade friso*?

Una vez en el coche utilicé el teléfono de Manley para no delatar mi nombre con mi identificación, llamé al centro de interpretación de Santa Ana y pregunté si «alguien» había informado de la presencia de algún pato enmascarado en el refugio.

—Sí, alguien informó de uno ayer. En Cattails.

—¿Sólo una persona? —pregunté.

—Sí. Yo no estaba aquí. Pero alguien llamó para dar parte de un pato enmascarado.

—¡Fantástico! —dije, como si pareciendo emocionado pudiese conferir una credibilidad posterior a mi propio informe—. ¡Iré a buscarlo!

A mitad de camino hacia Brownsville, en una de las estrechas carreteras de tierra por donde a Manley le gustaba llevarme, paramos a admirar una suntuosa *resaca azul*, nimbada de verde, con el sol poniente a nuestra espalda. El delta en invierno era demasiado hermoso para seguir avergonzado mucho tiempo. Me apeé del coche y allí, silencioso, en el lado sombreado del agua, flotando indolentemente, como si fuera la cosa más natural del mundo —lo cual, al fin y al cabo, es el modo en que están las criaturas mágicas en parajes encantados—, estaba mi pato silbón de vientre negro.

Me sentí raro al volver a Nueva York. Tras las emociones del sur de Texas, estaba vacío e inquieto, como un adicto con síndrome de abstinencia. Me costaba hacerme



entender por los amigos; no me concentraba en mi trabajo. Todas las noches me acostaba con libros de aves y leía sobre otras excursiones posibles, examinaba las manchas de especies que no había visto y soñaba vívidamente con pájaros. Cuando dos cernícalos, un macho y una hembra, posiblemente expulsados de Central Park por el artista Christo y su mujer, Jeanne-Claude, empezaron a aparecer encima de una chimenea frente a la ventana de mi cocina y a ensangrentarse el pico con ratones recién muertos, su trastorno parecía reflejar el mío.

Una noche de principios de marzo fui a la Ethical Culture Society a escuchar a Al Gore sobre el tema del calentamiento global. Esperaba que me divirtiera la pobreza retórica de la conferencia: poner los ojos en blanco al oír a Gore hablar del «destino» y la «humanidad», hacer alarde de sus tontas credenciales y regañar a los consumidores norteamericanos. Pero Gore parecía haber redescubierto el sentido del humor. Su conferencia fue divertida, aunque increíblemente deprimente. Durante más de una hora, con un denso equipo gráfico, expuso una evidencia convincente de cataclismos inminentes causados por el clima, que desembocarían en una cantidad inimaginable de trastornos y sufrimiento alrededor del planeta, posiblemente dentro de mi tiempo de vida. Salí del auditorio envuelto en una nube de congoja y preocupación similar a la que había sentido de adolescente leyendo sobre la guerra nuclear.

Normalmente, en Nueva York mantengo a raya mi conciencia medioambiental y la limito, idealmente, a los diez minutos al año en que relleno cheques que alivian mi sentimiento de culpa para grupos como el Club Sierra. Pero el mensaje de Gore era tan perturbador que yo casi llegué a mi apartamento sin encontrar razones para desoírlo. Como por ejemplo: ¿ya estaba yo haciendo más que la mayoría de los norteamericanos para combatir el calentamiento global? No tenía coche, vivía en un piso neoyorquino de ahorro energético, reciclaba seriamente. Además: ¿no era el clima aquella noche *inusualmente* frío para principios de marzo? ¿Y todos los mapas de Gore de Manhattan en el futuro no habían mostrado, con la isla medio sumergida por niveles marinos cada vez más altos, que el chaflán de Lexington con la Calle Ochenta y uno, donde vivo, permanecería alto y seco en la peor de las hipótesis? El lado Este Alto tiene una topografía definida. Parecía improbable que el agua de mar procedente del casquete derretido de Groenlandia avanzara más allá del mercado Citarella en la Tercera Avenida, seis manzanas al sur y este. Además, mi piso estaba en la décima planta.

Cuando entré ningún niño salió corriendo a mi encuentro, y esta ausencia de niños pareció remacharlo: era mejor que yo gastara mis reservas de inquietud en pandemias virales y bombas sucias que en el calentamiento global. Aunque hubiera tenido hijos, habría sido una dura tarea preocuparme por el bienestar climático de los hijos de sus hijos. No tenerlos me liberaba totalmente. No tenerlos era mi última y mejor línea de defensa contra las personas como Al Gore.

Sólo había un problema. Al tratar de conciliar el sueño aquella noche, repasando

mentalmente las imágenes informáticas presentadas por Gore de una Norteamérica desertizada, no hallé manera de eludir la preocupación por los miles de millones de pájaros y los miles de especies de aves que probablemente serían erradicados de todo el planeta. Muchos de los lugares de Texas que yo había visitado en febrero tenían elevaciones de menos de seis metros, y el clima allí era ya casi letalmente extremo. Era probable que los seres humanos nos adaptásemos a los futuros cambios, teníamos reputación de creativos a la hora de evitar desastres y de inventar grandes historias cuando no podíamos hacerlo, pero los pájaros no tenían nuestra diversidad de alternativas. Necesitaban ayuda. Y comprendí que esto era el auténtico desastre para una confortable Norteamérica moderna. Era la perspectiva que llevaba muchos años intentando evitar: no la de que el mundo se desmoronase en el futuro, sino el que yo me sintiera inoportunamente obligado a inquietarme por ello en el presente. Éste era mi problema con los pájaros.

Durante mucho tiempo, en los años ochenta, mi mujer y yo vivimos en nuestro pequeño planeta. Gastábamos lapsos de tiempo increíbles, sobrehumanos, en ocuparnos de nosotros mismos. En nuestros dos primeros pisos, en Boston, estábamos tan absortos el uno en el otro que nos apañábamos con un solo buen amigo, nuestro condiscípulo de la facultad Ekström, y cuando finalmente nos mudamos a Queens, Ekström se instaló en Manhattan y nos ahorró así la necesidad de buscar otro amigo.

A principios de nuestro matrimonio, cuando mi antiguo profesor de alemán, Weber, me preguntó qué clase de vida social hacíamos, le respondí que ninguna. «Es agradable durante un año —dijo él—. Dos años a lo sumo». Su seguridad me ofendió. Me pareció sumamente condescendiente, y no volví a hablarle nunca.

Ninguno de los agoreros entre nuestros familiares y antiguos amigos, ninguno de aquellos ceñudos climatólogos emocionales parecía advertir los recursos especiales de que disponía nuestra unión. Para demostrarles que se equivocaban, hicimos nuestro trabajo en soledad durante cuatro, cinco, seis años; y después, cuando la atmósfera doméstica sí empezó a recalentarse, huimos de Nueva York a un pueblo español donde no conocíamos a nadie y cuyos habitantes apenas hablaban español. Éramos como esos pueblos fieles a sus costumbres de *Colapso*, la obra de Jared Diamond, que responden a la degradación de un ecosistema redoblando sus exigencias sobre el mismo: groenlandeses medievales, habitantes prehistóricos de la isla de Pascua, compradores contemporáneos de vehículos todoterreno. Todas las reservas que nos quedaban cuando llegamos a España las gastamos en siete meses de aislamiento.

Al volver a Queens, ya no aguantábamos juntos más de varias semanas, no soportábamos vernos tan mutuamente infelices sin correr a algún otro sitio. Reaccionábamos a peleas nimias durante el desayuno yaciendo de bruces en el suelo

de nuestras habitaciones respectivas durante horas seguidas, aguardando a que el otro se diera por enterado de nuestro sufrimiento. Escribí jeremiadas envenenadas a familiares de los que creí que habían desairado a mi mujer; ella me regalaba análisis manuscritos de quince y veinte páginas sobre nuestra situación; yo consumía una botella a la semana de Maalox, un antiácido. Veía claro que algo iba muy mal. Y decidí que lo que iba muy mal era la agresión contra el medio ambiente de la moderna sociedad industrializada.

En los primeros años yo era demasiado pobre para preocuparme por el medio ambiente. Mi primer coche en Massachusetts fue un Nova del 72 con techo de vinilo que necesitaba viento de cola para hacer diez millas con un galón, y cuyos humos de escape eran de un *boeuf bourguignon* por su complejidad y riqueza. Muerto el Nova, tuvimos una furgoneta Malibu cuyo ridículo carburador de cuatro cilindros (800 \$) hubo que reemplazar, y a cuyo catalizador (350 \$) le habían limado las tripas para favorecer la salida de gases. Contaminar el aire un poco menos nos habría costado dos o tres meses de gastos de subsistencia. El Malibu prácticamente se sabía el camino al garaje deshonesto donde comprábamos la pegatina de la inspección anual de niebla tóxica.

Sin embargo, el verano de 1988 había sido uno de los más calurosos que se recordaban en Norteamérica, y la España rural había sido un espectáculo de desarrollo descontrolado, laderas sembradas de basuras y humaredas de diésel, y después de la caída del muro de Berlín la perspectiva de destrucción nuclear (mi apocalipsis privado durante largo tiempo) había disminuido un poco, y lo bueno que tenía la violación de la naturaleza, como una alternativa al apocalipsis, era la oportunidad que me brindaba de culparme a mí mismo. Había crecido escuchando lecciones diarias sobre la responsabilidad personal. Mi padre guardaba cabos de lápices y cuerdas y me transmitía fantásticos prejuicios protestantes suecos. (Consideraba injusto tomar un cóctel en casa antes de ir a un restaurante, porque las ganancias de los restaurantes dependían de los cócteles). Era algo natural en mí preocuparme por los kleenex y las servilletas de papel que tiraba y el agua que dejaba correr mientras me afeitaba, las secciones del Times dominical que desechaba sin haberlas leído y los contaminantes que contribuían a ensuciar el firmamento cada vez que tomaba un avión. Discutí apasionadamente con un amigo que pensaba que se gastaban menos unidades térmicas manteniendo una casa a 20° durante la noche que aumentando la temperatura a 20° por la mañana. Cada vez que lavaba un tarro de mantequilla de cacahuete intentaba calcular si podría utilizarse menos petróleo en fabricar un nuevo tarro que en calentar el agua de fregar y transportar el tarro viejo a un centro de reciclado.

Mi mujer se marchó en diciembre de 1990. Una amiga la había invitado a vivir en Colorado Springs, y ella estaba dispuesta a huir del espacio vital que yo le contaminaba. Como la moderna sociedad industrializada, yo seguía aportando ciertos beneficios materiales cruciales a nuestra convivencia, pero a un coste psíquico aún

mayor. Huyendo a la tierra de los cielos abiertos, mi mujer confiaba en recuperar su carácter independiente, que años de vida excesivamente conyugal habían alterado hasta volverlo casi irreconocible. Alquiló un bonito apartamento en la avenida North Cascade y me envió cartas emocionadas sobre el clima montañoso. Empezaron a fascinarle los relatos sobre mujeres pioneras: esposas recias, oprimidas e ingeniosas que enterraban a hijos muertos, veían cómo las ventiscas monstruosas de junio aniquilaban las cosechas y al ganado y sobrevivían para contarlo. Hablaba de disminuir por debajo de treinta sus latidos cardíacos en posición de reposo.

Al volver a Nueva York, yo apenas daba crédito al hecho de que nos hubiésemos separado. Tal vez nuestra convivencia se había vuelto imposible, pero la que poseía mi mujer me seguía pareciendo el mejor tipo de inteligencia, y sus juicios orales y estéticos seguían siendo para mí los únicos que contaban. El olor de su piel y su cabello eran reconfortantes, irremplazables, los mejores. Deplorar la imperfección ajena siempre había sido nuestro deporte. Me resultaba inconcebible no volver a oler nunca a mi esposa.

El verano siguiente fuimos de acampada al oeste. Yo envidiaba francamente la nueva vida occidental de mi mujer y también quería sumergirme en la naturaleza, ahora que se me había despertado la conciencia ecológica. Durante un mes, los dos seguimos la nieve que se fundía a lo largo de las Rocosas y las Cascade, y regresamos al sur cruzando el campo más desierto que pudimos encontrar. Considerando que estuvimos juntos las veinticuatro horas una semana entera, compartiendo una pequeña tienda y aislados de todo contacto social, convivimos notablemente bien.

Lo que me asqueaba y me enfurecía eran los demás seres humanos del planeta. El aire fresco, el olor de los abetos, los torrentes de nieve derretida, las colombinas y los altramuces, las vislumbres de alces de tobillos finos eran sensaciones agradables, pero no intrínsecamente más que un gin martini o un filete bien curtido. Para entregar realmente sus mercancías, el oeste también tenía que ajustarse a mi deseo de que fueran incontaminadas e impolutas. Conducir por una carretera desierta, a través de colinas despobladas, era una forma de volver a conectar con las fantasías infantiles de que eras un aventurero especial, o de sentirte de nuevo como los niños en Narnia, como los héroes de la Tierra Media. Pero árboles grandes como casas no estaban perfilando Narnia detrás de una cortina de frondoso arbolado. Frodo Bolsón y sus compatriotas nunca tuvieron que compartir campamento con cuarenta y cinco idénticos Compañeros del Anillo que llevaban parkas Gore-Tex. Cada risco en la carretera abierta se asomaba a nuevos panoramas de monocultivos de irrigación intensiva, laderas excavadas por la minería y aparcamientos llenos de coches de amantes de la naturaleza. Para huir de las multitudes, mi mujer y yo dábamos grandes vueltas por carreteras secundarias, llenas de curvas pronunciadas, y al final desembocábamos en polvorientas carreteras madereras, sembradas de estiércol de caballo. Y allí —¡cuidado!— aparecía un extraño payaso con su bici de montaña. Y por allá arriba pasaba el Delta Flight 922 a Cincinatti. Y acá surgía una docena de boy

scouts con cantimploras tintineantes y mochilas grandes como neveras. Mi mujer tenía que ocuparse de sus energías cardiovasculares, pero yo estaba libre para sufrir todo el santo día: ¿eran voces humanas las que se oían allí delante? ¿Aquello al pie del árbol era un pedazo de papel de plata? O, oh, no, ¿aquellas voces humanas *nos seguían*?

Me quedé en Colorado un par de meses más, pero estar en las montañas me resultaba ya insoportable. ¿Para qué visitarlas y ver cómo se degradaban los últimos hermosos parajes silvestres, y odiar a mi propia especie y pensar que yo también aportaba mi granito de arena a aquella destrucción? En otoño volví al este. Las ecologías orientales, en concreto la de Filadelfia, tenían la virtud de estar ya estropeadas. Aliviaba mi conciencia de contaminador acostarme, como si dijéramos, en una cama que yo había ayudado a hacer. Y la cama ni siquiera estaba tan mal. A pesar de todos los ultrajes que había sufrido, la tierra de Pennsylvania seguía siendo descontroladamente verde.

No podía decirse lo mismo de nuestro planeta conyugal. Allí había llegado el momento de tomar una decisión definitiva; cuanto más la pospusiera, tanto mayor sería el daño que causaría. Nuestra provisión de años, en apariencia ilimitada, para tener hijos, por ejemplo, de pronto había disminuido de una forma alarmante, y titubear incluso durante unos pocos años más lo convertiría en una catástrofe permanente. Y, sin embargo, ¿qué decisión tomar? En aquella fecha tardía, parecía que sólo me quedaban dos opciones. O bien intentaba cambiar radicalmente — dedicarme a hacer feliz a mi mujer, tratar de ocupar menos espacio y ser, si fuese necesario, un padre a tiempo completo— o tenía que divorciarme.

Sin embargo, intentar un cambio radical era tan apetecible (y era tan probable que ocurriera) como ofrecerme voluntario para la tediosa y artesanal sociedad posconsumista que los «ecologistas profundos» nos dicen que es la única esperanza a largo plazo para los habitantes de la Tierra. Aunque yo seguía el juego de arreglar y curar, y a veces creía en él, una parte interesada de mí mismo llevaba mucho tiempo alentando los problemas y aguardando, con una seguridad tranquila, a que la calamidad final nos devorase. Tenía viejos diarios donde transcribía peleas tempranas que eran textualmente iguales que las peleas que estábamos librando diez años después. Conservaba una copia en papel de calco de una carta que yo le había escrito a mi hermano Tom en 1982, después de que yo hubiese anunciado mi compromiso matrimonial a mi familia y de que Tom me hubiera preguntado por qué mi novia y yo no vivíamos simplemente juntos hasta ver cómo iban las cosas; y yo le contesté que, en el sistema hegeliano, un fenómeno subjetivo (verbigracia, el amor romántico) no llegaba a ser, hablando con propiedad, «real» hasta que tenía lugar en una estructura objetiva, y que por consiguiente era importante que lo individual y lo cívico se sintetizasen en una ceremonia de compromiso. Tenía fotos de la boda, antes de dicha ceremonia, en las que mi mujer parecía beatífica y a mí se me veía ceñudo, mordiéndome el labio y cruzando muy fuerte los brazos sobre el pecho.

Pero renunciar al matrimonio no era menos impensable. Era posible que fuéramos infelices porque estábamos atrapados en una mala relación, pero también era posible que no fuésemos felices por otras razones, y teníamos que tener paciencia e intentar ayudarnos mutuamente. Por cada duda documentada en el registro fósil, yo encontraba una carta antigua o una reseña de diario en las que hablaba del matrimonio con una certeza dichosa, como si hubiéramos estado juntos desde la formación del sistema solar, como si los dos siempre hubiésemos existido y siempre existiríamos. El chiquillo flaco y con esmoquin que aparece en las fotos de nuestra boda, una vez terminado el casamiento, parecía inconfundiblemente loco por su novia.

De modo que había que estudiarlo más a fondo. El registro fósil era ambiguo. El consenso científico liberal era interesado. ¿Seríamos felices, quizá, en otra ciudad? Viajamos para comprobarlo a San Francisco, Oakland, Portland, Santa Fe, Seattle, Boulder, Chicago, Utica, Albany, Siracusa y Kingston, Nueva York, y descubrimos defectos en todas. Mi mujer volvió para reunirse conmigo en Filadelfia y yo pedí un préstamo con interés a mi madre y alquilé una casa de tres pisos y cinco habitaciones en la que ninguno se encontraba a gusto a mediados de 1993. Subarrendé un sitio para mí en Manhattan que luego, por un sentimiento de culpa, cedí a mi mujer. Volví a Filadelfia y alquilé un tercer espacio, esta vez apropiado para trabajar y dormir, de tal modo que ella pudiera disponer de las cinco habitaciones de la casa, si las necesitaba, al regresar de Filadelfia. Nuestra hemorragia económica a finales de 1993 se parecía mucho a la política energética del país en 2005. Nuestra determinación de aferrarnos a sueños insostenibles era coherente con —quizá incluso idéntica a— nuestro empeño en alcanzar la bancarrota lo más rápidamente posible.

Hacia Navidad nos quedamos sin dinero. Cancelamos los alquileres y vendimos los muebles. Yo me quedé con el coche viejo, ella se llevó el portátil nuevo, yo dormía con otras personas. Impensable y horrible y ardientemente deseado: nuestro pequeño planeta estaba en ruinas.

Un elemento básico de la conversación de mi familia en la mesa a mediados de los setenta era el divorcio y el nuevo matrimonio del jefe de mi padre en los ferrocarriles, el señor German. Como nadie de la generación de mis padres ni de sus vastas familias se había divorciado nunca, ni tampoco lo había hecho ninguna de sus amistades, los dos se armaron de valor para decidir que no conocerían a la segunda esposa de German. Compadecían exhaustivamente a la primera, la «pobre Glorianna», que había sido tan dependiente de su marido que ni siquiera había aprendido a conducir. Expresaron alivio e inquietud por el abandono por parte de German de las partidas de bridge en el club los sábados por la noche, pues German jugaba mal pero Glorianna se quedaba ahora sin vida social. Una noche, mi padre volvió a casa y dijo que aquel día, a la hora del almuerzo, había estado a punto de

perder su empleo. En el comedor de ejecutivos, mientras German y sus subordinados hablaban de cómo se valoraba el carácter de una persona, mi padre se sorprendió a sí mismo comentando que él juzgaba a un hombre por la manera en que jugaba una partida de bridge. Yo no era lo bastante mayor para entender que no era por eso por lo que había estado a punto de perder su empleo, o que condenar al señor German y compadecer a Glorianna eran maneras que tenían mis padres para hablar de su propio matrimonio, pero comprendí que dejar a tu mujer por otra más joven era la clase de acto despreciable y egoísta que haría un pésimo jugador de bridge.

En aquellos años, otra conversación recurrente, emparentada con ésta, era el odio que mi padre profesaba a la Agencia de Protección del Medio Ambiente. La joven agencia había dictado normas complicadas sobre contaminación del suelo, residuos tóxicos y erosión de las riberas fluviales, y mi padre consideraba que algunas de las medidas no eran razonables. Pero lo que de verdad le enfurecía eran los que las aplicaban. Noche tras noche llegaba a casa sulfurado por aquellos «burócratas» y «académicos», aquellos arbitrarios «tal y cual» que no se molestaban en ocultar lo moral e intelectualmente superiores que se sentían con respecto a las empresas que controlaban, y que no creían que debiesen explicaciones, o ni siquiera una cortesía elemental, a personas como mi padre.

Lo extraño era lo mucho que se asemejaban los valores de mi padre a los de sus enemigos. La legislación medioambiental avanzada de aquella época, que incluía la ley sobre la pureza del aire y el agua, y la ley sobre especies en peligro de extinción, había recabado el apoyo del presidente Nixon y de los dos partidos en el Congreso precisamente porque la aprobaban los viejos protestantes que, como mis padres, aborrecían el desperdicio y hacían sacrificios por el futuro de sus hijos, respetaban las obras de Dios y abogaban por responsabilizarse de los desastres perpetrados. Pero el fermento social que dio origen al primer Día de la Tierra, en 1970, desató infinidad de otras energías —el incivismo de aquellos «tal y cual», las agradables conquistas personales del señor German, el culto de la individualidad— que eran contrarias a la antigua religión y a la postre la derrotaron.

Desde luego, como individuo empeñado en realizarse que yo era en los noventa, tenía problemas con la lógica desinteresada de mis padres. ¿*Por qué* privarme de un placer asequible? ¿*Por qué* darme duchas más frías y más cortas? ¿*Por qué* mantener conversaciones telefónicas angustiadas con mi mujer, ya separados, sobre el tema de no haber tenido hijos? ¿*Por qué* esforzarme en leer las tres últimas novelas de Henry James? ¿*Por qué* ser consciente de la selva tropical amazónica? La ciudad de Nueva York, a la que volví para quedarme en 1994, se estaba convirtiendo de nuevo en un lugar muy agradable para vivir. Las Catskill y Adirondack cercanas estaban mejor protegidas que las Rocosas y Cascade. Central Park, en proceso de replantación financiada por neoyorquinos pudientes, parecía más verde cada primavera, y las otras personas que paseaban por allí no me enfurecían: aquello era una *ciudad*, se suponía que tenía que haber otra gente. Una noche de mayo de 1996, atravesé los céspedes

mullidos y recién restaurados del parque para ir a una fiesta donde vi a una mujer guapa y muy joven, torpemente de pie en un rincón, detrás de una lámpara de pie que estuvo a punto de derribar dos veces, y me sentí tan liberado que no recordé ni una sola razón que me impidiese presentarme y, en su momento, proponerle una cita.

La antigua religión estaba acabada. Sin su apoyo cultural, el culto a la naturaleza del movimiento de defensa del medio ambiente nunca iba a galvanizar a audiencias masivas. John Muir, que escribía en San Francisco en una época en que podías viajar a Yosemite sin penalidades y tener aún el valle a tu disposición para un recreo espiritual, fundó una religión que exigía un gran espacio de campo desierto para cada practicante. Ni siquiera en 1880 había suficiente espacio por donde moverse. En realidad, durante los ochenta años siguientes, hasta que Rachel Carson y David Brower activaron sus alarmas populistas, la conservación de la naturaleza era un territorio teóricamente reservado a las élites. La organización fundada por Muir para defender su amada Sierra era un Club, no una Alianza. Henry David Thoreau, cuyo amor por los pinos era romántico, si no descaradamente sexual, llamó «alimañas» a los obreros que los talaban. Para Edward Abbey, que fue el raro escritor ecologista con el coraje de la misantropía, el atractivo de la Utah suroriental residía, francamente, en que su desierto era inhóspito para el gran rebaño de norteamericanos que eran incapaces de entender y respetar el mundo natural. Bill McKibben, licenciado en Harvard, completó su apocalíptico *The End of Nature* (en donde comparaba su propia reverencia hacia la naturaleza con el «hobby» superficial que representa para la mayoría de la gente aficionada al aire libre) con un libro sobre la inferioridad de la televisión por cable ante los placeres eternos de la vida en el campo. Para Verlyn Klinkenborg, el frívolo profesional cuyo trabajo consiste en recordar a los lectores del *New York Times* que la primavera sigue al invierno y el verano sigue a la primavera, y que sinceramente ama las extensiones de nieve y las cuerdas de empacar, el resto de la humanidad es una mancha lejana y notable por su «venalidad» e «ignorancia».

Y así, en cuanto la agencia medioambiental hubo remediado los desastres más monumentales del país, cuando las nutrias de mar y los halcones peregrinos se salvaron de una extinción casi segura, en cuanto los norteamericanos tuvieron una dosis desagradable de normas al estilo europeo, el movimiento ecológico empezó a parecer otro más de los intereses especiales ocultos en las faldas del partido Demócrata. Entre sus miembros había acaudalados entusiastas de la naturaleza, misántropos que clavaban púas en los árboles, empollones defensores de valores desfasados (el ahorro, la previsión), adalides de abstracciones políticamente incombustibles (el bienestar de nuestros bisnietos), profetas de advertencias estridentes sobre riesgos invisibles (el calentamiento global) y peligros exagerados (el amianto en los edificios públicos), reprensos tediosos del consumismo, abogados de hechos y de políticas en la era de la imagen, una circunscripción ruidosamente orgullosa de su negativa a transaccionar con otras. Bill Clinton, el primer presidente



de la generación del *baby boom*, detectaba muy bien a los canallas. A diferencia de Richard Nixon, que había creado la Agencia Medioambiental, y a diferencia de Jimmy Cárter, que había destinado más de diez millones de hectáreas en Alaska a crear una reserva natural permanente, Clinton necesitaba el Club Sierra menos de lo que éste le necesitaba a él. En el noroeste del Pacífico, en tierras que pertenecían al pueblo norteamericano, el servicio forestal de Estados Unidos estaba gastando millones de dólares de los contribuyentes en construir carreteras para compañías madereras multinacionales que estaban talando espléndidos bosques primigenios y obteniendo unos pingües beneficios, conservando un puñado de empleos para leñadores que pronto lo acabarían perdiendo, y enviando por barco a Asia gran parte de la madera para su procesado y venta. Cabría pensar que este tema era un perdedor automático en el mundo de las relaciones públicas, pero grupos como el Club Sierra decidieron librar la batalla fuera de la vista del público, en los tribunales federales, donde sus victorias solían ser pírricas; y el presidente del *baby boom*, cuya necesidad de amor no la saciaban los abetos Douglas o el cárabo del norte, pero que quizá pudieran satisfacerla los leñadores, pronto añadió el exterminio de los bosques vírgenes del noroeste a una larga lista de reveses relacionados: una NAFTA ecológicamente desdentada, la metástasis del crecimiento de los barrios residenciales, el descenso del promedio nacional de eficiencia energética en el transporte, el triunfo de los todoterreno, la disminución acelerada de los caladeros mundiales, la derrota por 95-0 en el Senado del Protocolo de Kioto, etc., en la década en que dejé a mi mujer, inicié una relación con una chica de veintisiete años y empecé a divertirme de lo lindo.

Entonces murió mi madre y fui a observar pájaros por primera vez en mi vida. Fue en el verano de 1999. Estaba en Hat Island, una franja boscosa de gravilla dividida en parcelas para casitas de fin de semana, cerca de la ciudad obrera de Everett, Washington. Había águilas, martín pescadores, gaviotas Bonaparte y docenas de gorriones idénticos que, por muchas veces que los estudiase, seguían pareciéndose a seis especies distintas de gorriones en la guía que estaba utilizando. Bandadas de jilgueros explotaban brillantemente sobre los riscos soleados de la isla, como algo ceremonial y japonés. Vi mi primer carpintero norteno y gocé su confusión aparente con el tipo de ave que era. De un plumaje distinto al del pájaro carpintero, como una tórtola plañidera con pintura de guerra, volaba en picado, a la manera típica de su especie, un centelleo de rabadilla blanca, desde una identidad indefinida a otra. Tenía una forma de aterrizar en todas partes que producía un pequeño estrépito. Su belleza escorada me recordaba a mi antigua novia, a la que había divisado enredada con una lámpara de pie y por la que aún sentía un gran cariño, aunque ahora desde una prudente distancia.

Desde entonces había conocido a una escritora californiana, que se describía

como «loca por los animales», un poco mayor que yo, que no tenía un interés visible en quedarse embarazada ni en mudarse a Nueva York. En cuanto me enamoré de ella, empecé a intentar cambiarle su personalidad para que se pareciese más a la mía; y aunque, un año más tarde, este esfuerzo no cosechó resultados, al menos no tuve que preocuparme de haber arruinado de nuevo una vida ajena. La californiana ya era veterana de un matrimonio desastroso. Su indiferencia ante la idea de tener hijos me ahorró tener que consultar mi reloj cada cinco minutos para ver si había llegado el momento de tomar mi decisión sobre su futuro reproductivo. El que quería hijos era yo. Y, siendo un hombre, me podía permitir un plazo más largo.

El último día que pasé con mi madre, en la casa de mi hermano en Seattle, me hizo la misma pregunta una y otra vez: ¿estaba yo lo bastante seguro de que la californiana era la mujer con la que acabaría quedándome? ¿Creía yo que probablemente nos casaríamos? ¿No estaba ella divorciada todavía? ¿Quería tener un hijo? ¿Y yo? Mi madre deseaba tener un atisbo de cómo sería mi vida cuando ella ya no estuviera. Había visto a la californiana una sola vez, en un ruidoso restaurante de Los Ángeles, pero quería pensar que nuestra historia continuaría y que ella había contribuido un poco a que así fuese, aunque sólo fuera expresando la opinión de que la californiana ya debería haberse divorciado. A mi madre le gustaba participar en las cosas, y tener opiniones rotundas era una forma de que no te excluyeran. En cualquier momento dado de los veinte últimos años de su vida, se podía descubrir a familiares afincados en las tres zonas horarias preocupados por dichas opiniones o declarando en voz alta que les tenían sin cuidado o telefonéandose para pedirse consejo sobre cómo tomarlas.

Evidentemente, quien se imaginara que AMA A TU MADRE era una buena pegatina ecológica para el parachoques no tenía una madre como la mía. Bien entrados los noventa, al seguir a Subarus o Volvos provistos de esta exhortación y su correspondiente foto de la Tierra, me sentía oscuramente intimidado por ellas, como si el mensaje fuera «La naturaleza se pregunta por qué no ha sabido nada de ti desde hace casi un mes», o «Nuestro planeta desaprueba *rotundamente* tu estilo de vida», o «La Tierra detesta fastidiar, pero...». Como el mundo natural, mi madre no gozaba de plena salud por la época en que nací. Tenía treinta y ocho años, había tenido tres abortos sucesivos y llevaba un decenio padeciendo una colitis ulcerativa. No me llevó al parvulario porque no quería separarse de mí ni siquiera unas horas a la semana. Sollozó terriblemente cuando mis hermanos se fueron a la universidad. Una vez se hubieron ido, sobrellevé durante nueve años la condición de último objeto a mano de sus ansias, frustraciones y críticas maternas, con lo cual me alié con mi padre, avergonzado por la emotividad de mi madre. Empecé poniendo los ojos en blanco ante todo lo que ella decía. A lo largo de los veinticinco años siguientes, a medida que ella iba sufriendo una flebitis aguda, una embolia pulmonar, dos intervenciones en la rodilla, una rotura de fémur, tres operaciones ortopédicas diversas, la enfermedad de Raynaud, una artritis, dos colonoscopias anuales, tests mensuales de

coágulos de sangre, una hinchazón extrema esteroideal facial, una insuficiencia cardíaca congestiva y un glaucoma, muchas veces sentía por ella una compasión intensa y procuraba decir las cosas convenientes y ser un hijo como es debido, pero hasta 1996, cuando le diagnosticaron un cáncer, no empecé a hacer lo que me recomendaban aquellas pegatinas.

Murió en Seattle una mañana de viernes. La californiana, que estaba previsto que llegara aquella noche y pasara varios días acompañando a mi madre, acabó sola conmigo durante una semana en la casa de veraneo de mi hermano en Hat Island. Yo rompía a llorar cada pocas horas, lo que tomé como un síntoma de que estaba asimilando mi congoja y pronto la superaría. Me sentaba en el césped con los prismáticos y observaba a un escribano rascando vigorosamente en la maleza, como alguien que disfrutase realmente la jardinería. Me agradaba ver a paros de lomo castaño brincando en coníferas, pues según la guía las coníferas eran su hábitat favorito. Confeccioné una lista de las especies que veía.

A mediados de semana, sin embargo, había encontrado un pasatiempo más absorbente: empecé a dar la lata a la californiana sobre la posibilidad de tener hijos y sobre el hecho de que aún no se hubiese divorciado. Al estilo de mi madre, que había poseído dotes corrosivas contra la sensibilidad de la gente con la que estaba descontenta, reuní y recopilé todos los defectos y flaquezas que la californiana me había confesado privadamente, y le demostré que todas aquellas deficiencias interrelacionadas le impedían decidir, *de inmediato*, si llegaríamos a casarnos y si ella quería tener hijos. Al final de la semana, siete días completos después de la muerte de mi madre, seguro de que había superado lo peor de mi aflicción, me enfadó y desconcertó que la californiana no quisiera trasladarse a Nueva York ni intentar a toda prisa quedarse embarazada. Mi enfado y mi perplejidad aumentaron cuando un mes más tarde ella voló a Santa Cruz y se negó a tomar un avión de vuelta.

En mi primera visita a la cabaña en que vivía, en las montañas de Santa Cruz, observé ánades reales nadando en el río San Lorenzo. Me asombró la frecuencia con que un macho y una hembra se emparejaban, el uno pegado al otro mientras husmeaba entre las hierbas. Yo no tenía intención de prescindir de filetes y beicon, pero después de aquel viaje, como prueba de vegetarianismo, decidí no comer más pato. Pregunté a mis amigos qué sabían de los patos. Todos coincidieron en que eran animales hermosos; varios incluso comentaron que no eran buenas mascotas.

En Nueva York, mientras la californiana se refugiaba de mí en la cabaña, yo bullía de opiniones rotundas. *Lo único que yo quería* era que ella y yo estuviéramos en el mismo sitio, y yo habría ido con gusto a California *si ella me hubiera dicho francamente* que no pensaba volver a Nueva York. Cuantos más meses pasaban sin que se produjera un embarazo, más agresivo me volvía pidiendo que viviéramos juntos, y cuanto más agresiva era mi petición, tanto más huidiza se volvía la californiana, hasta que pensé que no me quedaba otra alternativa que darle un ultimátum que ocasionó una ruptura, y después otro ultimátum más definitivo, lo que

generó una ruptura más definitiva, seguida de un ultimátum ultimísimo, que originó una ruptura ultimísima, poco después de la cual salí a pasear por el lago de Central Park inferior y vi unos ánades reales, macho y hembra, nadando y fisgando juntos en las hierbas, y se me saltaron las lágrimas.

Hasta alrededor de un año más tarde, después de que la californiana hubiera cambiado de opinión y viniese a Nueva York, no afronté la realidad biológica y me reconocí a mí mismo que no íbamos a tener un hijo. E incluso entonces pensé: nuestra convivencia es buena ahora, pero si alguna vez tengo ganas de probar una vida distinta con otra mujer, tendré preparada una vía de escape distinta de la actual: «¿No he dicho siempre que quería tener hijos?». Sólo después de cumplir los treinta y cuatro, que era la edad de mi padre cuando yo nací, empecé a preguntarme por qué, si tanto me apetecía tener hijos, había optado por cortejar a una mujer cuya indiferencia ante esta perspectiva había sido clara desde el principio. ¿Era posible que sólo quisiera hijos de aquella mujer concreta, puesto que la amaba? En cualquier caso, resultaba evidente que mi deseo de paternidad era intransferible. Yo no era Enrique VIII. No se trataba de que yo considerase que la fertilidad era un adorable rasgo de personalidad o un cimiento prometedor para toda una vida de grandes conversaciones. Por el contrario, al parecer topaba con montones de aburridísimas personas fértiles.

Por último, hacia Navidad, llegué a la triste conclusión de que mi vía de escape preparada se había desvanecido. Quizá encontrase otra más adelante, pero aquélla ya no existía. Durante una temporada, en la cabaña de la californiana, pude hallar un consuelo temporal en asombrosas cantidades de aquavit, champán y vodka. Pero era Año Nuevo, y afronté la cuestión de qué haría con mi vida durante los siguientes treinta años sin hijos; y a la mañana siguiente me levanté temprano y fui a buscar al ánade silbón euroasiático que había sido localizado al sur del condado de Santa Cruz.

Mi relación con los pájaros había comenzado de una forma inocente: un encuentro en Hat Island, una mañana en que compartí los prismáticos con amigos en Cape Cod. No fui introducido formalmente en la materia hasta el caluroso sábado de primavera en que la hermana y el cuñado de la californiana, dos serios ornitólogos aficionados, que visitaban Nueva York para observar la migración primaveral, me llevaron de paseo a Central Park. Empezamos en el Belvedere Castle, y allí mismo, sobre un suelo recubierto de mantillo, detrás de la estación meteorológica, vimos a un pájaro con la forma de un petirrojo pero de pecho claro y el plumaje de tonos rojizos. Un tordo, dijo el cuñado.

Yo ni siquiera había oído hablar de los tordos. Las únicas aves en que me había fijado durante mis centenares de paseos por el parque eran las palomas, los ánades reales y, desde cierta distancia, los aguiluchos de Jamaica, que estaban anidando y se habían convertido en un espectáculo muy celebrado. Era extraño ver a un tordo

forastero y nada famoso dando saltitos a la vista de todos, a metro y medio de un sendero concurrido, un día en que la mitad de Manhattan tomaba el sol en el parque. Me sentí como si toda mi vida me hubiera equivocado respecto a algo importante. Seguí a mis acompañantes hacia el Ramble con una incredulidad gratamente absorta, como en un sueño en el que amarillitos de Virginia y colirrojos y currucas azules y verdes de pecho negro hubiesen sido colocados como ornamentos en el follaje urbano, y un equipo de filmación hubiera sobrepasado tanagras y tomeguines como rollos de cinta aislante, y reinitas horneras estuviesen correteando por las laderas erosionadas del Ramble como diminutos rezagados de un desfile de disfraces en la Quinta Avenida: como si aquellos pájaros fueran momentáneos desechos brillantes y enseguida fuesen a limpiar el parque para dejarlo reconocible de nuevo.

Y así era. En junio, la migración se había terminado; los pájaros cantores ya no volaban toda la noche para llegar a Nueva York al alba, ver desoladas extensiones de aceras y ventanas y dirigirse al refugio del parque. Pero aquella tarde de sábado me había enseñado a prestar más atención. Empecé a asignarles más minutos cuando tenía que cruzar el parque para ir a algún sitio. En el campo, desde las ventanas de moteles genéricos, miraba las eneas y zumaques junto a pasos elevados de carreteras nacionales y lamentaba no haberme llevado unos prismáticos. Una vislumbre de maleza tupida o una orilla rocosa me daba una sensación de exuberancia, de que el mundo estaba lleno de posibilidades. En todas partes había aves que contemplar, y poco a poco descubrí las mejores horas (las matutinas) y los lugares mejores (cerca de un paraje con agua) para observarlas. Incluso entonces me ocurría a veces que atravesaba el parque sin ver ningún pájaro más raro que un estornino, literalmente ninguno, y me sentía abandonado, ofendido y despechado. (¿Dónde estaban los estúpidos pájaros?). Pero después, más avanzada la semana, veía una agachadiza moteada junto al Turtle Pond, o una serreta grande en el Reservoir, o una garza verde en una pista de tierra junto al Bow Bridge, y me sentía feliz.

Los pájaros eran lo que quedaba de los dinosaurios. Aquellas montañas de carne cuyos huesos petrificados se exponían en el Museo de Ciencias Naturales habían hecho una readaptación espléndida a lo largo de los siglos y ahora se les veía viviendo en forma de oropéndolas en los sicomoros del otro lado de la calle. Como soluciones al problema de la existencia terrenal, los dinosaurios habían sido bastante grandes, pero los víreos de cabeza azul, las currucas de Kentucky y los gorriones de cuello blanco —de plumas claras, huesos huecos y llenos de trinos— fueron aún más grandes. Las aves eran como la perfección de los dinosaurios. Tenían una vida corta y largos veranos. Todos deberíamos tener la suerte de dejar herederos semejantes.

Cuanto más observaba a los pájaros, tanto más lamentaba no haberles conocido antes. Me parecía una tristeza y un desperdicio que hubiera pasado tantos meses en el oeste, de acampada y senderismo entre perdices y solitarios y otras aves fantásticas y que en todo aquel tiempo sólo hubiese avistado y recordado a uno: un zarapito de pico largo en Montana. ¡Qué diferente habría sido mi matrimonio si hubiera podido ir

a observar pájaros! ¡Cuánto más tolerable las aves acuáticas europeas habrían hecho el año que pasamos en España!

Y qué extraño, ahora que lo pienso, que hubiera crecido indemne a la influencia de Phoebe Snetsinger, la madre de uno de mis condiscípulos de Webster Grove, que más tarde se convirtió en la observadora de aves más famosa del mundo. En 1981, después de que le diagnosticaran una metástasis de un melanoma maligno, Snetsinger decidió consagrar los meses que le quedaban de vida a una observación verdaderamente seria, y durante las dos décadas siguientes, en el curso de repetidas remisiones y recurrencias, vio más especies que ningún otro ser humano antes o después de ella; su lista incluía ocho mil quinientas cuando se mató en un accidente de tráfico mientras buscaba rarezas en Madagascar. En los años setenta, mi amigo Manley había sentido la influencia de Snetsinger. Terminó el instituto con una lista de más de trescientas especies, y a mí me interesaban más las ciencias que a Manley, y sin embargo nunca apunté con los prismáticos a algo más que el cielo nocturno.

Uno de los motivos de este desinterés era que los mejores observadores de mi instituto eran marihuaneros y consumidores de ácidos. Además, la mayoría eran chicos. Observar aves no era necesariamente una actividad para empollones (los empollones no venían a clase alucinando), pero la escena asociada con ella no era la idea que yo tenía de algo emocionante. O romántico. Caminar diez horas por campos y bosques, observando a ratos a los pájaros, sin hablar de nada más que de ellos y pasar así un sábado, era asombrosamente similar, como experiencia social, a cocerse con alcohol o drogas.

Lo cual, por sí mismo, podría haber sido una de las razones por las que, al año siguiente a mi primer encuentro con un tordo, cuando mis observaciones empezaron a hacerse más frecuentes y prolongadas, tenía una sensación repulsiva de vergüenza por lo que estaba haciendo. Incluso cuando estaba aprendiendo sobre las gaviotas y los gorriones, me cuidaba, en Nueva York, de no llevar los prismáticos colgados de una correa, sino de llevarlos discretamente en una mano, y si llevaba una guía al parque me cercioraba de que la portada, que tenía la palabra PÁJAROS en letras grandes, estuviera boca abajo. En un viaje a Londres, mencioné a un amigo, un redactor editorial que se viste con mucho estilo, que había visto a un pájaro carpintero comiendo hormigas en Hyde Park, y él puso una cara horrible y dijo: «Oh, Cristo, no me digas que eres un mirón de pájaros». Una amiga norteamericana, redactora de una revista de diseño, y que también viste con elegancia, se llevó asimismo las manos a la cabeza cuando le dije que había estado observando pájaros.

—No, no, no, no —dijo—. No serás uno de esos.

—¿Por qué no?

—Porque... *aj*. Son todos tan... *aj*.

—Pero si yo lo hago —dijo—, y si no soy así...

—¡Ahí está! —dijo ella—. Te vas a *volver* así. Y entonces no querré volver a verte.

Ella hablaba en parte de accesorios como el arnés elástico que los observadores atan a los prismáticos para mitigar la tensión en el cuello, y cuyo apodo, me temo, es «sujetador». Pero el espectro realmente perturbador en que mi amiga pensaba era en la sinceridad inerme de los observadores. La vacuidad de lo que buscaban. Su tan pública sed de observar. El problema era menos agudo en el sombreado Ramble (cuyos recodos, significativamente, son populares tanto para la observación diurna de aves como para los ligues gays nocturnos); pero en los lugares muy públicos de Nueva York, como en el Bow Bridge, yo no soportaba mantener los prismáticos pegados a los ojos más de unos segundos. Era demasiado embarazoso sentir, o imaginar, que neoyorquinos más protegidos estaban contemplando mis éxtasis privados.

Y en consecuencia fue en California donde la cuestión «alzó el vuelo». Mis furtivas reuniones de horas dieron paso a escapadas de un día que yo pasaba abiertamente mirando pájaros con el sujetador puesto. Ponía el despertador en la cabaña a horas espeluznantes. Hacer juegos malabares con la palanca de cambios y un termo de café cuando la carretera está todavía gris y desierta, adelantarte a todo el mundo, no ver faros en la carretera de la costa del Pacífico, ser el único coche aparcado en el parque estatal del Rancho del Oso, estar ya en tu puesto cuando los pájaros empiezan a despertarse, oír sus gorjeos en los saucedales, las marismas saladas y el prado cuyos robles dispersos están constelados de epifitos, presentir inminente y localizable la belleza colectiva de las aves: qué delicia era todo aquello. En Nueva York, cuando no había dormido suficiente, me dolía la cabeza todo el día; en California, después de la primera mirada matutina a un pinzón hurgando o a un negrón que se sumerge, me sentía conectado con un goteo gratamente calibrado de velocidad. Los días pasaban como horas. Me movía al mismo ritmo que el sol en el cielo; casi percibía la rotación de la Tierra. Eché una cabezada breve y dura en mi coche y al despertar vi a dos águilas reales escarbando arrogantes en una ladera. Paré en un comedero para buscar mirlos tricolores y de cabeza amarilla entre mil pájaros más plebeyos, y lo que vi en su lugar, cuando la multitud alzó un vuelo defensivo, fue un esmerejón que se posaba en un depósito de agua. Caminé una milla por bosques prometedores y no vi prácticamente nada, un tordo en retirada, algún reyezuelo ordinario, y entonces, justo cuando estaba recordando la monumental pérdida de tiempo que era perseguir pájaros, los bosques se llenaron de trinos, de algo fresco en cada rama, y durante los quince minutos siguientes cada movimiento similar al de un ave fue un regalo que desenvolver —un tirano occidental, un tordo de MacGillivray, un trepador pigmeo—, y después, con igual celeridad, la ráfaga cesó, como una inspiración o un éxtasis, y los bosques se quedaron silenciosos.

Siempre, en el pasado, había considerado un fracaso la tarea de que me satisficiera la belleza de la naturaleza. Haciendo senderismo en el oeste, mi mujer y yo algunas veces habíamos llegado a cumbres incontaminadas por otros excursionistas, pero incluso entonces, cuando la excursión era perfecta, me

preguntaba: «¿Y ahora qué?». Y saca una foto. Saca otra. Como un hombre con una novia fotogénica a la que no amaba. Como si, insatisfecho yo mismo, al menos pudiese impresionar a alguien más tarde. Y cuando fotografiar al final se convertía en un acto sin sentido, tomaba fotos mentales. Conseguía que mi mujer conviniese en que tal o cual panorama era increíble, me imaginaba a mí mismo en una película con aquel panorama en segundo plano y a diversas chicas que había conocido en el instituto o en la facultad viendo la película y admirándome; pero nada funcionaba. Los estímulos no pasaban de ser tercamente teóricos, como el sexo con Prozac.

Sólo ahora, cuando la naturaleza se ha convertido en el lugar donde están las aves, entendí por fin de qué iba todo aquello. El escribano de California al que observaba todas las mañanas durante el desayuno, el más corriente de todos los pájaros pardos de tamaño mediano y pequeño, un modesto habitante del suelo y emisor de gorjeos alegres y elementales, me proporcionaba más placer que el Half Dome al amanecer o la costa oceánica en Big Sur. El escribano de California en general, la especie entera, fiablemente uniforme en su plumaje y costumbres, era como un amigo cuya energía y optimismo habían franqueado los límites de un cuerpo único para animar carreteras y jardines traseros a lo largo y ancho de miles de kilómetros cuadrados. Y había otras 650 especies que se criaban en Estados Unidos, una población tan variada en su aspecto y hábitos —grullas, colibríes, águilas, agachadizas, petreles— que, tomada en su conjunto, eran como una compañía con una personalidad de inagotables facetas. Me hacían tan feliz como nada al aire libre me había hecho.

Mi reacción a esta felicidad, naturalmente, fue inquietarme pensando que había caído en las garras de algo enfermizo, nocivo y erróneo. Una adicción. Cada mañana, cuando iba en coche al despacho que me habían prestado en Santa Cruz, luchaba con el apremio de parar «unos minutos» para observar pájaros. Ver uno bonito me inducía a quedarme más tiempo para ver otros más. No ver ninguno interesante me amargaba y consternaba, y la única cura para este estado era asimismo seguir observándolos. Si lograba no parar «unos minutos» y mi trabajo después no salía bien, me ponía a pensar en lo alto que estaba subiendo el sol y en lo estúpido que yo había sido encadenándome a mi escritorio. Finalmente, hacia el mediodía, cogía los prismáticos, momento en el cual la única manera de no sentirme culpable por saltarme un día de trabajo era concentrarme por completo en la cita, abrir una guía encima del volante y comparar por vigésima vez la forma del pico y el plumaje del colimbo del Pacífico y el colimbo de cuello rojo. Si me quedaba atascado detrás de un coche lento o me equivocaba en un giro, echaba pestes, tiraba del volante, aplastaba el freno y pisaba a fondo el acelerador.

Me preocupaba mi problema, pero no podía parar. En viajes de trabajo dedicaba a la observación días enteros en Arizona, Minnesota y Florida, y fue en estos viajes solitarios cuando mi historia con las aves empezó a agravar la congoja misma de la que quería resguardarme. Phoebe Snetsinger, en sus memorias expresivamente



tituladas *Birding on Borrowed Time*<sup>[30]</sup> ha descrito cuántas grandes guaridas de aves que había visitado en los años ochenta estaban deterioradas o destruidas a fines de los noventa. Conduciendo por nuevas arterias, viendo las extensiones de un valle tras otro, un hábitat tras otro devastado, empezó a afligirme cada vez más la triste suerte de las aves silvestres. Las que viven en el suelo estaban siendo exterminadas a millones por gatos domésticos y asilvestrados, a las de vuelo bajo las atropellaban en calles de urbanizaciones cada vez más expandidas, las de vuelo medio se desmembraban contra las torres para teléfonos móviles y las turbinas de viento, las que volaban alto chocaban con rascacielos brillantemente iluminados o se posaban en «refugios» donde unos hombres con botas se apostaban para matarlas a tiros. En carreteras de Arizona, los coches que más combustible consumen se identificaban mediante banderas estadounidenses y mensajes en pegatinas que rezaban SI NO PUEDES ALIMENTARLOS NO LOS CRÍES. La administración de Bush afirmó que el Congreso nunca tuvo intención de que la ley de protección a las especies en peligro de extinción entorpeciera el comercio si había empleos locales en juego: en efecto, las especies en peligro gozaban de protección oficial sólo en tierras que nadie utilizaba para algún fin comercial. El conjunto del país se había vuelto tan hostil para los desposeídos que gran número de ellos votaban ahora contra sus propios intereses económicos.

La dificultad que tienen las aves, en una atmósfera política así, es que son profundamente pobres. Por expresarlo del modo más enérgico: subsisten gracias a los chinches. También se alimentan de gusanos, semillas, hierbajos, capullos, roedores, pececillos de agua dulce, vegetación de estanques, larvas y desperdicios. Unas pocas especies afortunadas —a las que los observadores llaman «pájaros basurero»— se buscan el sustento en vecindarios urbanos, pero para encontrar especies más interesantes es mejor ir a zonas muy básicas: pozos sépticos, vertederos, marismas malolientes, apartaderos ferroviarios, edificios abandonados, pantanos de alerces, espinos, tundras, marismas con maleza, rocas cubiertas de cieno en lagunas someras, llanuras abiertas de masiegas ásperas, estercoleros de granjas lácteas, ciénagas yermas donde te tuerces el tobillo. Las especies que viven dentro o alrededor de estos guetos para pájaros son bastante afortunadas. Son las aves de gustos más caros, las golondrinas de mar y los chorlitos que se empeñan en poseer una vivienda delante de la playa, los araos y los búhos que anidan en bosques vírgenes, las que acaban yendo a parar a la lista de especies en peligro.

Las aves no sólo quieren utilizar nuestra tierra valiosa, sino que están absolutamente incapacitadas para pagarlo. En Minnesota, al norte de Duluth, una mañana nublada en que la temperatura rondaba los doce grados, vi a un clan de piquituertos de alas blancas, una bandada de silentes rojos, dorados y verdes, que correteaban por la cima de una picea nevada. Pesaban menos de treinta gramos cada uno, habían pasado todo el invierno a la intemperie, destellaba su capa de plumas, las piñas del árbol les parecían obviamente deliciosas y al mismo tiempo que les

envidiaba su familiaridad con la nieve me inquietó su seguridad en el futuro lucrativo que ahora planeaban los conservadores de Washington. En este futuro, un pequeño porcentaje de personas ganarán el gran premio —el *Lincoln Navigator*, la mansión con un atrio de dos pisos y un césped de dos hectáreas, la segunda residencia en Laguna Beach— y a todos los demás les ofrecerán simulacros electrónicos de lujos deseados. La dificultad evidente para los piquituertos en este futuro es que ellos no *quieren* el *Navigator*. No *quieren* el atrio ni los esparcimientos de la Laguna. Lo que quieren son bosques boreales donde puedan abrir piñas con sus picos de loros del norte. Cuando nuestro carbono atmosférico eleve otros cinco grados la temperatura mundial, y cuando los bosques boreales que quedan sin registrar sucumban a insectos envalentonados por los inviernos más cortos, y los piquituertos no tengan donde vivir, la «sociedad de propietarios»<sup>[31]</sup> no va a ayudarles. Ningún libre comercio global va a mejorar su nivel de vida. Ni siquiera tendrán la alternativa de la lastimosa lotería estatal.

En Florida, en la Laguna Estero, en Fort Myers Beach, donde, según mi guía, era probable que yo encontrase «cientos» de correlimos rojos y de chorlitos Wilson, encontré, en cambio, una canción de Jimmy Buffet sonando en el equipo de sonido del Holyday Inn frente a la playa, y a una bandada de gaviotas holgazaneando en la arena blanca de detrás del hotel. Mientras escudriñaba la bandada para cerciorarme de que se componía totalmente de gaviotas picofinas y gaviotas reidoras, una turista vino a hacer unas fotos. Se acercaba cada vez más, absorta en sus tomas, y la bandada amébicamente se alejaba de ella, algunas gaviotas dando saltitos apresurados y el grupo murmurando incómodo hasta que emitió graznidos de alarma cuando la mujer se les abalanzó con su cámara digital de bolsillo. ¿Cómo podía no darse cuenta de que lo único que las gaviotas querían era que las dejase en paz? Por otra parte, no parecía molestarles Jimmy Buffet. El animal que más deseaba que le dejaran tranquilo era yo. Un poco más adelante, en la playa, buscando todavía las multitudes prometidas de correlimos y chorlitos, topé con un trecho nada atractivo de arena barrosa donde había un puñado de aves costeras más ordinarias, correlimos comunes, semipalmeados y más humildes, con su plumaje invernal gris pardo. Acampados entre torres de apartamentos y hoteles, vigilando la playa con posturas de somnoliento descontento, con la cabeza encogida y los ojos entornados, parecían una pequeña banda de inadaptados. Como una premonición de un porvenir en que todas las aves tendrán que colaborar con la modernidad o ir a morir en algún lugar calladamente. Yo sentía por ellos algo allende el amor. Sentía una identificación absoluta. Las bien adaptadas colonias de palomas y grajos colaboracionistas del sur de Florida, que comen basuras, y los más majestuosos pero igualmente domesticados pelícanos y cormoranes, ahora me parecieron traidores. Fue aquella variopinta banda de modestos correlimos y chorlos en la playa la que me recordó a los seres humanos que prefiero: los que no se adaptan. Aquellos pájaros podían ser o no capaces de emociones, pero yo me sentía como ellos parecían sentirse allí, sitiados, escasos en

número, mis amigos parias. Me habían dicho que era malo antropomorfizar, pero ya no recordaba por qué. En todo caso, sólo era antropomórfico verte a ti en otras especies, no verlos a ellos en la tuya. Tener hambre a todas horas, estar loco por el sexo, no creer en el calentamiento global, ser miope, vivir sin pensar en tus nietos, dedicar la mitad de tu vida al acicalamiento personal, estar perpetuamente en guardia, ser compulsivo, esclavo de tus costumbres, ser ávido, que la humanidad no te impresione, preferir a los de tu casta: todas ellas eran maneras de ser como los pájaros. Más tarde, aquella noche, en la pija y necropolita Naples, de Florida, en una acera delante del hotel cuyo ascensor tenía las puertas decoradas con ampliaciones enormes de niños muy monos y la monosilábica exhortación sonrío, divisé a dos adolescentes desafectas, dos chavalitas, con todo su plumaje gótico, y deseé haberlas podido presentar a los marginados gris pardo de la playa.

Volví a Texas unas semanas después de haber escuchado a Al Gore en la Ethical Culture Society. De acuerdo con mi nuevo programa informático de listado de aves AviSys 5.0, el martín pescador verde que yo había visto en la última hora de mi viaje con Manley había sido mi ave norteamericana número trescientas setenta. Estaba cerca del hito satisfactorio de cuatrocientas especies, y la forma más fácil de alcanzarlo sin aguardar a la migración primaveral era ir de nuevo al sur.

También echaba de menos Texas. Para una persona que tiene un problema con los pájaros, había algo extrañamente relajante en el lugar. El valle inferior del río Grande contenía algunos de los parajes más feos que he visto en mi vida: muertas extensiones planas de agricultura industrial y una aglomeración de tres al cuarto partida en dos por la carretera 83, que era un viaducto chapucero flanqueado por carreteras de tres carriles, restaurantes de la cadena Whataburger, almacenes, carteleras proponiendo REJUVENECIMIENTO VAGINAL y LA FE AGRADA A DIOS y NO TIRES BASURA («Llévala a un vertedero»), centros urbanos degradados donde sólo parecían funcionar las zapaterías Payless, y galerías comerciales de falso adobe, tan impecablemente desoladas que era difícil decir si todavía las estaban construyendo o si ya habían sido abiertas y se habían arruinado. Y, sin embargo, para las aves el valle era un destino Michelin de tres estrellas: ¡valía la pena el viaje! Texas era la tierra natal del presidente Bush y del líder de la mayoría de la Cámara Tom DeLay, a ninguno de los cuales les habían tomado nunca por ecologistas; sus terratenientes eran conocidos por su hostilidad a la normativa federal; y no obstante era el estado donde, en un largo periplo en coche, podías avistar doscientas treinta especies en un solo día. Había prósperas Audubon Societies, el operador de giras de observación más grande del mundo, cámpings especiales y parques de caravanas para observadores de aves, veinte festivales de observación cada año y el recorrido costero del Gran Texas, que serpenteaba a lo largo de más de tres mil trescientos kilómetros alrededor de instalaciones petroquímicas, cascos de superpetroleros y gigantescas granjas cítricas, desde Port

Charles a Laredo. No parecía que a los texanos les quitase el sueño la división entre cultura y civilización. Hasta los más ardientes amantes de los pájaros en Texas hablaban de ellos colectivamente como «el recurso». A los texanos les gustaba el oxímoron de «gestión de la naturaleza». Les gustaba cazar y consideraban la observación de aves como una versión básicamente no violenta de la caza. Me lanzaron miradas atónitas y desconcertadas cuando les pregunté si se identificaban con los pájaros y sentían una afinidad con ellos, o si, por el contrario, los veían como muy diferentes a ellos. Me pidieron que repitiera la pregunta.

Volé a McAllen. Después de volver a visitar los refugios que descubrí con Manley y de encontrar especialidades como el chotacabras (n.º 374), el mochuelo duende (n.º 379) y el ánade silbón amarillo pardusco (n.º 383), conduje al norte, hasta una franja de tierra estatal donde el vireo de coronilla negra (n.º 388) y el amarillito de Virginia (n.º 390), dos especies amenazadas, delataban servicialmente su ubicación con sus trinos. Un amigo de un amigo de un amigo mío me invitó a recorrer su rancho cerca de Waco, de unas tres mil doscientas hectáreas, y me permitió añadir a dos nuevas especies de correlimos en pantanos que él había creado con fondos cedidos por el gobierno federal. En el King Ranch, cuyas tierras son más grandes que Rhode Island e incluyen cuarenta mil ochocientas hectáreas de un crítico hábitat costero para pájaros cantores migratorios, pagué ciento diecinueve dólares por la oportunidad de ver a mi primer ferruginoso búho duende y mi primer tirano oriental. Al norte de Harlingen, visité a otros amigos de amigos de amigos, un dentista pediátrico y su mujer, que habían creado un refugio natural privado en poco más de dos mil hectáreas de mezquite. La pareja había excavado un lago, convertido antiguos puestos de tiro en atalayas para fotografiar la naturaleza y plantado grandes arriates para atraer a pájaros y mariposas. Me hablaron de sus esfuerzos por reeducar a algunos de sus vecinos terratenientes que, al igual que mis padres en los años setenta, habían sido alienados por burócratas medioambientales. Ser texano era enorgullecerse de la belleza y diversidad de la naturaleza texana, y la pareja creía que era necesario despertar el espíritu conservacionista en la mayoría de los rancheros de Texas.

Esto, por supuesto, era un axioma del movimiento conservacionista —si a la gente le quitas de encima al gobierno, asumirán la responsabilidad gustosos—, y a mí me parecía optimista y potencialmente interesada. A cierta distancia, en Nueva York, a través de la niebla de la política contemporánea, probablemente habría identificado como enemigos al dentista y su mujer, que apoyaban a Bush. Pero la foto, ampliada, era más compleja. De entrada, me gustaban todos los texanos que estaba conociendo. También empezaba a preguntarme si, a pesar de que los pájaros son pobres, no preferirían aprovechar las posibilidades de unos Estados Unidos radicalmente privatizados donde la distribución de la renta es cada vez más desigual, se revoca el impuesto estatal y los rancheros de Texas, orgullosos de sus tierras, pueden conservar sus robledales y vastos matorrales de mezquite y alquilarlos a cazadores pudientes.

¡Sin duda era agradable observar aves en un rancho privado! ¡Lejos de los excursionistas y de los autocares cargados de colegiales! ¡Lejos de los ciclistas, los todoterrenos, los que pasean a perros, los novios que se besuquean, los que tiran basura, los que organizan fiestas, las masas indiferentes a los pájaros! Las vallas que les impedían la entrada no eran un obstáculo para los zorzales y los carrizos.

Así que fue en territorio federal donde conseguí mi especie cuatrocientas. En el pueblo de Rockport, en Arkansas Bay, embarqué en un barco de observación de poco calado, el *Skimmer*, pilotado por un afable joven, amante del aire libre, que se llamaba Tommy Moore. Los demás pasajeros eran unas ansiosas mujeres de edad y sus callados maridos. Si hubieran estado de excursión en un lugar donde yo había localizado una rareza, quizá no les habría tenido simpatía, pero estaban en el *Skimmer* para ver aves. Al surcar las aguas someras y gris cemento de la bahía y acercarnos al lugar donde se habían posado una docena de grandes garzas azules —aves tan comunes que yo apenas me fijaba ya en ellas—, las mujeres empezaron a gritar de asombro y placer: «¡Oh! ¡Oh! ¡Qué magníficos pájaros! ¡Oh! ¡Miradlos! ¡Oh, Dios mío!».

Atracamos al lado de una marisma verde de agua salada y bastante extensa. A lo lejos, medio sumergidas en hierbas de San Cristóbal, había dos grullas cantoras adultas cuyos pechos blancos, cuellos largos y robustos y cabezas rojizas reflejaban la luz del sol que después pasó a través de mis prismáticos y cayó en mis retinas, autorizándome a afirmar que la grulla era mi especie número cuatrocientas. Una de ellas estaba encorvada como si le interesase algo en la hierba alta; la otra parecía escudriñar inquieta el horizonte. Su actitud me recordó a aves padres angustiados que había visto en otro lugar —dos urracas en el Ramble aleteando con una cólera enloquecida e inútil mientras un mapache comía sus huevos; un somormujo nervioso y sumamente alerta, sumergido casi hasta el cuello en el agua junto a la orilla de un lago de Minnesota desastrosamente inundado, insistiendo en empollar huevos que no iban abrirse—, y el capitán Moore explicó que algún daño debía de haber sufrido la cría de aquellas grullas; llevaban más de un día posadas en el mismo sitio, y de su pequeño no había el menor rastro.

—¿Podría estar muerto? —preguntó una de las mujeres.

—Los padres no estarían ahí todavía si hubiese muerto —dijo Moore.

Sacó su radio y llamó para informar a la oficina del refugio nacional de Arkansas, donde le dijeron que el biólogo jefe de las grullas estaba ya en camino para investigar el caso.

—De hecho, aquí está —dijo Moore, guardando la radio.

A unos ochocientos metros de distancia, en el extremo más alejado de una charca somera, con la cabeza gacha y moviéndose muy despacio, había la manchita de una figura humana. Verla allí, en un territorio federal rigurosamente protegido, era desconcertante a la manera en que lo sería una jirafa que se entromete en una escena culminante de una película, un tramoyista que pulula por detrás de Jasón y Medea.

¿La humanidad tiene que intervenir en *todo*? Habiendo pagado treinta y cinco dólares por la entrada, yo esperaba una ilusión más perfecta de la naturaleza.

El biólogo, por su parte, avanzando solo lentamente hacia las grullas con sus botas de goma, no parecía avergonzado en absoluto. Simplemente era su trabajo intentar evitar que las grullas cantoras se extinguiesen. Y, en un sentido, era una tarea bastante imposible. Había en la actualidad menos de trescientas cincuenta grullas cantoras salvajes en todo el planeta, y aunque la cifra representaba una clara mejora con respecto a la población de veintidós que había en 1941, la perspectiva a largo plazo para toda especie con tan pequeña colección de genes era muy sombría. La completa reserva de Arkansas era una capa de hielo derretida de Groenlandia, muy lejana aún de convertirse en apta para el esquí acuático, y una virulenta tormenta, lejos aún de transformarse en un campo de muerte. Sin embargo, como nos informó alegremente el capitán Moore, los científicos habían recogido huevos de los nidos de grullas del oeste de Canadá y los estaban incubando en Florida, donde había ahora una segunda bandada totalmente manufacturada de más de treinta ejemplares, y como las grullas cantoras no conocen de una forma natural el modo de emigrar (cada nueva generación aprende el itinerario siguiendo a sus padres), los científicos estaban intentando enseñar a las grullas de Florida a seguir a un avión hasta un segundo lugar de veraneo en Wisconsin...

Saber que algo está condenado y, no obstante, tratar alegremente de salvarlo: era característico de mi madre. Yo ya había empezado a quererla hacia el final de su vida, cuando llevaba un año sometida a quimioterapia y radiaciones y vivía sola. Admiré su valentía al respecto. Admiré su voluntad de recuperarse y su extraordinaria tolerancia al dolor. Me sentí orgulloso cuando su hermana me dijo: «Tu madre tiene mejor aspecto dos días después de una operación abdominal que yo durante una cena mundana». Admiré su pericia y su conducta implacable en una mesa de bridge, donde adoptaba la misma cara de determinación ceñuda cuando lo tenía todo controlado y cuando sabía que se estaba yendo a pique. El último decenio de su vida, que empezó con la demencia de mi padre y concluyó con su cáncer de colon, le tocaron unas pésimas cartas que ella jugó como una ganadora. Pero incluso hacia el final yo no aguantaba estar con ella más de tres días seguidos. Aunque ella era mi último vínculo viviente con una red de parentescos y tradiciones del medio oeste que empezaría a echar en falta en el momento en que ella muriese, y aunque la última vez que la vi en su casa, en abril de 1999, había aparecido una metástasis y estaba perdiendo peso rápidamente, aun así yo me cuidé de llegar a St. Louis una tarde de viernes y de partir la noche de un lunes. Ella, por su parte, estaba acostumbrada a mis partidas y no se quejó demasiado. Pero pensaba de mí lo que siempre había pensado, que no la querría de verdad hasta que se hubiese muerto. «Odio que estés aquí cuando empieza el horario de verano —me dijo cuando íbamos en coche al aeropuerto— porque significa que tengo una hora menos contigo».

A medida que el *Skimmer* subía el canal, pudimos aproximarnos a otras grullas lo

suficiente para oír cómo aplastaban jaibas, la base de su dieta invernal. Vimos a un par de grullas ejecutando, mitad en el suelo y mitad en el aire, el grácil baile de brincos que les excita sexualmente. Imitando a los demás pasajeros, saqué mi cámara y cumplí el ritual de tomar unas fotos. Pero de repente —quizá fuese porque había llegado a la altiplanicie desierta de las cuatrocientas especies— me cansé de las aves y de observarlas. Al menos por el momento, estaba preparado para volver a mi casa en Nueva York, a casa entre los míos. Cada día feliz con la californiana tornaba un poco más dolorosas las dimensiones de nuestras futuras pérdidas, cada hora dichosa agudizaba mi tristeza por lo rápido que se nos iba la vida, por la rapidez con que la muerte venía a nuestro encuentro, pero a pesar de todo estaba impaciente de verla: depositar las bolsas al cruzar la puerta, ir a buscarla en su estudio, donde probablemente estaría desvelando su cola interminable de e-mails, y oírle decir, como siempre decía cuando yo volvía: «¿Y? ¿Qué has visto?».



JONATHAN FRANZEN. (Chicago, Illinois, 17 de agosto de 1959) es un escritor estadounidense, que saltó a la fama en 2001 con su novela *Las correcciones*, ganadora del National Book Award, de la que ha vendido 2,8 millones de ejemplares en el mundo (datos de 2010).

Franzen, aunque nacido en Chicago, Illinois, creció en Webster Groves, un barrio de San Luis, Misuri. Estudió en Swarthmore College, famosa institución educativa fundada en 1864 por los cuáqueros que queda a unos 18 kilómetros al suroeste de Filadelfia, y también en Alemania gracias a una beca Fulbright. Actualmente vive en el Upper East Side de Manhattan, Nueva York y escribe para la revista *The New Yorker*. Habla con fluidez alemán.

*La ciudad veintisiete*, su primera novela, apareció en 1988 y tuvo buena crítica. Cuatro años más tarde publicó *Movimiento fuerte*, sobre una familia disfuncional.

Para que llegara la auténtica fama hubo que esperar nueve años: en 2001 publicó su monumental *Las correcciones*. Y otros nueve años tuvieron que pasar antes de que apareciera su cuarta novela, *Libertad*, calificada de «obra maestra» por la *Sunday Book Review* del *New York Times*.



## NOTAS

[1] Sleigh (trineo) y slay (matar), así como slough (cenagal) y slew (patinar, entre otras acepciones), se pronuncian igual pero significan cosas distintas. (N. del t.) <<

[2] Liar (mentiroso) se pronuncia igual que lyre (lira). (N. del t.) <<

[3] Peanuts significa «cacahuete»; en sentido figurado, designa algo insignificante, mísero, como en la expresión trabajar por penauts, trabajar por cuatro perras. (N. del t.) <<

[4] En inglés, *Then Joy Breaks Through*, título de un libro del que se habla más adelante. (N. del t.) <<

[5] La tonta Sally. (N. del t.) <<

[6] Un tipo de zapato inventado en escandinavia en los años setenta, de suelas gruesas y talones delgados. (N. del t.) <<

[7] Canción religiosa muy popular que se canta en fuegos de campamento de muchas organizaciones juveniles de Estados Unidos. (N. del t.) <<



[8] Obra teatral de Fred Carmichael. (N. del t.) <<

[9] Siglas que forman uncle, es decir, tío. (N. del t.) <<

[10] Sera difícil convencerme de que la historia del hijo pródigo no es la leyenda de una persona que no quería que la amasen. <<

[11] Rubor, palpitaciones, sentimiento de culpa: son las secuelas de no haber pecado.

<<

[12] *Der* (masculino) Löffel; *die* (femenino) Gabel; *das* (neutro) Messer <<

[13] Despiertas y te agita una fuerte resolución de tender, / en lo sucesivo, hacia la forma de ser suprema. <<

[14] ¿Conoces el país donde florecen los limoneros, / y las naranjas de oro arden en el  
oscuro follaje?... / ¿Lo conoces quizá? <<

[15] Aquí la vista es clara, / el espíritu se exalta. / Allí, alejándose, / una mujeres flotan  
hacia el cielo. <<



[16] «¿Quién me molesta ahora?» <<

[17] «Pasa de una sensación a otra... pero no hay satisfacción.» <<

[18] Se ha cometido un asesinato y a la humanidad le gustaría gritar pidiendo ayuda

<<

[19] Ahora descubrimos que nuestras prohibiciones eran aplazamientos de la naturaleza, nuestros secretos sus oportunidades, nuestra vergüenza su espuela, nuestro peligro su gozo, nuestras defensas su cobertura, nuestras oraciones su estación reproductora... El amor encadenado amaba sus cadenas; el amor golpeado, su dolor; el amor sucio, su suciedad. La venganza del Eros exilado era la magia de convertir en ganancia cada pérdida. <<

[20] Aprendo a mirar. No sé por qué, pero todo penetra en mi interior profundamente y no se detiene en el lugar donde hasta ahora solía ir a parar. Tengo una vida interior de la que nada sabía. Todo va allí ahora. No sé qué ocurre ahí dentro. <<

[21] Hay gente que lleva la misma cara años, naturalmente se les desgasta, se ensucia, se le agrietan los pliegues, se estira como un par de guantes que has usado en un viaje. Son personas ahorrativas y sencillas; no cambian de cara, ni siquiera se la han limpiado nunca. <<

[22] «Dios mío, qué mal has leído, Malte». <<

[23] ... se abalanzó, la agarró, la besó en la boca y luego en toda la cara, de la misma manera que un animal sediento lame con la lengua el agua de manantial tan ansiada. Por último la besó en el cuello, en el lugar de la garganta, y dejó allí los labios posados largo rato. <<



[24] (*Take A Flying Fuck On A Rolling Donghunt*) [Echa un polvo volante en un donut rodante] <<

[25] Pero esta vez será escrito <<

[26] Pero esta vez será escrito <<

[27] Entonces, una mañana fue detenido <<

[28] Un juego de naipes en que la baraja ha sido marcada. <<

[29] El eterno femenino / nos empuja hacia arriba. <<

[30] Observando aves en un tiempo prestado. (N. del t.) <<

[31] «Ownership society»: modelo de sociedad preconizada por el presidente George W. Bush, en que se enaltecen los valores de la responsabilidad personal, la libertad económica y la posesión de bienes. (N. del t.) <<